

Cuentos de «derechos» contados al oído

17 cuentos infantiles, ilustraciones y guías didácticas
para trabajar a partir de la Convención de las Naciones Unidas
sobre los Derechos de los Niños y las Niñas

Colección Docencia y Metodología docente, nº 27

Instituto de Desarrollo Profesional-ICE, Universitat de Barcelona

Colección:

Docencia y Metodología docente (nº 27)

Primera edición:

Octubre 2018

Edita:

Institut de Desenvolupament Professional – Institut de Ciències de l'Educació
Universitat de Barcelona

Passeig de la Vall d'Hebron, 171. Campus de Mundet
08035 Barcelona

Teléfono: (+34) 934 035 175

Correo electrónico: ice@ub.edu

Consejo editor: Xavier Triadó, Carme Panchón, Max Turull y Mercè Gracenea

Con el apoyo de:

Universitat de Barcelona

Organización editorial:

Mercè Gracenea Zugarramurdi

Coordinación del proyecto:

Carme Panchón Iglesias e Isaac Ravetllat Ballesté

Coordinación gráfica y artística:

Eulàlia Grau Costa y Joan Miquel Porquer Rigo

Diseño y corrección ortotipográfica:

Joan Miquel Porquer Rigo

ISBN:

978-84-09-08824-9

Esta publicación está disponible para su descarga directa a través de la siguiente dirección URL:

<http://hdl.handle.net/2445/126060>

Citación recomendada:

Ravetllat Ballesté, Isaac, Panchón Iglesias, Carme, Grau Costa, Eulàlia y Porquer Rigo, Joan Miquel (Coords.) (2018). *Cuentos de «derechos» contados al oído. 17 cuentos infantiles, ilustraciones y guías didácticas para trabajar a partir de la Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Niños y las Niñas*. Barcelona: Institut de Desenvolupament Professional – Institut de Ciències de l'Educació de la Universitat de Barcelona [Edición electrónica]. Disponible en <http://hdl.handle.net/2445/126060>



Esta obra, sus textos y sus ilustraciones están sujetos a una licencia *Creative Commons 3.0 de Reconocimiento-No-Comercial-Sin obras derivadas*, disponible en <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>



**Institut de Desenvolupament
Professional**
UNIVERSITAT DE BARCELONA



Índice

- 5** **Notas preliminares**
- 6** **Prólogo**
Mercè Gracenea Zugarramurdi
- 7** **Introducción al proyecto**
Jordi Cots i Moner, Carme Panchón Iglesias e Isaac Ravetllat Ballesté
- 10** **Un encargo, una oportunidad, una ilusión...**
Eulàlia Grau Costa, Laia Moretó Alvarado, Joan Miquel Porquer Rigo,
Rafael Romero Pineda y Franciso Javier Serrano Navamuel
- 14** **La luz de Andrew**
Texto de Anna Iserte Jené, Fátima Cevallos Correa, Josefina María
Lafosse, Marina Casals Maireles, Nuria Sala Pardo y Sonia Chicharro Terrón;
ilustración de Carla Gallén Esteve
- 23** **Mismo mar, dos miradas**
Texto de Isaac Ravetllat Ballesté, ilustración de Esther Nieto de Sande
- 29** **Un día en el centro comercial**
Texto de Carmen Julia Cabello Matamala, ilustración de Ferran Recio Calderó
- 35** **Piel de durazno**
Texto de Claudia Sanabria Moudelle, ilustración de Maria Casanovas Boada
- 40** **Más allá de los límites**
Texto de Aina Barca, ilustración de Andrea Martínez Arroyo
- 47** **Lucky, un perro muy especial**
Texto de Patricia Tatiana Ordeñana Sierra, ilustración de Sara Marín Arànega
- 53** **Vivir en la sombra**
Texto de Natália Fernandes y Miguel Borges, ilustración de Bernat Organista Roa
- 59** **El deseo de Leyna**
Texto de Cristián Lepín Molina, ilustración de Caterina Bals Allés
- 64** **El niño sin nombre (Cuento caribeño)**
Texto de Silvia Elena Durán Santamaría, ilustraciones de Àlex Gómez González

- 74 Ana Luz, la niña de los dedidos mágicos**
Texto de Rosane Leal da Silva, ilustración de Marina Bergas Aguiló
- 81 El mundo de Jimena**
Texto de Úrsula Basset, ilustración de Marta Llusà Oliván
- 86 René**
Texto de Teresa Picontó Novales y Blanca Picontó Calvo,
ilustraciones de Anaïs Civit López
- 94 Llum – ¡Off! ¡On!**
Texto de Carme Panchón Iglesias, ilustración de Clàudia Niubó Bigas
- 101 Sara, la «rara»**
Texto de Inmaculada Vivas Tesón, ilustración de Rafael Romero Pineda
- 107 Construyendo mundos**
Texto de Marie Pagès Bru y Blanca Borrell Pagès,
ilustración de Iris Araceli Herráiz Batzín
- 113 Hada Luz y el Señor Buho**
Texto de Laura Montañés, Karina Pérez, Luz Chávez y Gustavo Nunes;
ilustración de Alicia May Antón Carreras
- 118 El tesoro**
Texto de Txus Morata García, Eva Palasí Luna y Lourdes Ventura;
ilustración de Micaela Botelho Ferreira

**Este libro está concebido para su lectura con un visor de contenidos
Portable Data Format (PDF) a una sola página.**

Prólogo

Mercè Gracenea Zugarramurdi

*Directora de Publicaciones del Instituto de Desarrollo Profesional-ICE
de la Universitat de Barcelona*

Las niñas... Los niños... Tod@s ell@s...

Nuestro mayor tesoro, nuestra razón de existir.

Pudieran parecer palabras huecas, manidas. Pero nada más lejos de la realidad.

En el Instituto de Desarrollo Profesional-ICE de la Universitat de Barcelona, nuestro principal objetivo es la formación de formadores y formadoras y nuestra principal preocupación es adecuar esta formación a las necesidades de sus alumnos, de las niñas y de los niños, siempre atentos a conseguir que los y las docentes puedan diseñar escenarios de aprendizaje integrales que permitan el desarrollo óptimo de las competencias de su alumnado.

La iniciativa que el Instituto presenta en esta obra constituye todo un hito por cuanto que está específicamente dirigida a la edición de material pedagógico cuya diana es la defensa de los derechos de las niñas y niños. La obra integra las aportaciones de relevantes profesionales del Derecho y de la Pedagogía de once países y presenta un formato original, ya que facilita a los formadores y las formadoras la interpretación de estos derechos en clave de cuento infantil, acompañado por una guía didáctica cada uno de ellos.

El valor añadido radica en la colaboración de estudiantes del Grado de Bellas Artes de la Universidad de Barcelona, quienes en clave de Aprendizaje-Servicio han construido una ilustración para cada cuento, inspirándose en el contenido e implicaciones del mismo.

Como todo texto que se precie, la obra ofrece una mirada poliédrica. Propone una lectura sencilla dirigida a educación infantil, de fácil interpretación, que ayuda a los formadores y a las formadoras a introducir los derechos en las niñas y niños de esta primera edad, para continuar con lecturas más complejas que pueden ayudar a progresar y profundizar en el tratamiento de estos derechos en edades sucesivas. Cada nivel de comprensión encuentra el tratamiento adecuado del tema.

Nuestro Instituto, en estrecha colaboración con las autoras y autores de la obra, edita este volumen poniendo en él todo el trabajo e ilusión que merece... y agradece vivamente su dedicación.

Introducción al proyecto

Jordi Cots i Moner

Primer Adjunto del Síndic de Greuges de Catalunya
por los Derechos de la Infancia y la Adolescencia

Carme Panchón Iglesias

Isaac Ravetllat Ballesté

Coordinadores del proyecto

El proyecto *Cuentos de «derechos» contados al oído* es una compilación de relatos infantiles y juveniles que tienen como objetivo fundamental acercar el texto de la **Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Niños y las Niñas** a un sector de la ciudadanía muy particular, a menudo descuidado por parte de las campañas de sensibilización pública: la niñez y la adolescencia.

Para alcanzar el objetivo propuesto se ha contado con un grupo de profesionales del mundo de la infancia de reconocido prestigio internacional para que, con un lenguaje amable, sencillo y directo, desarrollen uno o varios de los principios, artículos o derechos dimanantes del tratado internacional que marcó un claro antes y después en la conceptualización de lo que social y jurídicamente debe entenderse por infancia, adolescencia y sus capacidades.

En total la obra cuenta con diecisiete relatos procedentes de once países (España, Portugal, Andorra, Brasil, Argentina, Chile, Paraguay, Ecuador, Perú, Nicaragua y Nepal), cada uno de los cuales acompañado de una correspondiente guía didáctica, cuya función es la de permitir sacar el máximo partido al contenido de las diferentes historias. En otras palabras: cuentos y guías para que profesionales de la docencia, de la psicología, de la educación no formal, de la mediación, del trabajo social, del derecho o del mundo de la infancia en general, tengan a su disposición un recurso adecuado para abordar de manera interactiva múltiples temáticas vinculadas con los derechos y las responsabilidades de niñas, niños y adolescentes.

Hay que resaltar también que todos los cuentos van acompañados de ilustraciones realizadas por estudiantes del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, coordinados por un equipo docente dirigido por la Dra. Eulàlia Grau Costa. El objetivo de la contribución de este grupo de alumnos y alumnas yace en la idea de involucrar el arte visual, y no solamente el texto, como forma válida de acercar los derechos a la infancia y la adolescencia.

Por último, y precisamente para ilustrar nuestras palabras, que mejor forma de hacerlo que de la mano de unas palabras del Primer Adjunto del Síndic de Greuges de

Catalunya por los Derechos de la Infancia y la Adolescencia, el Dr. Jordi Cots i Moner, maestro de maestros e inspiración permanente para todos aquellos y aquellas que creamos, de una u otra forma, que es posible construir un mundo más adecuado por, para y con la infancia y la adolescencia:

La *Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Niños y las Niñas* constituye un hito capital en la historia de la infancia y la adolescencia. Pero es una historia inconclusa: su ratificación fue rápida y masiva, quizá en algunos casos sin la conciencia plena de los compromisos que se habían adquirido, ya que la firma de este documento internacional, más que un punto de llegada, supuso y aún sigue suponiendo un punto de partida.

Es un texto todavía poco conocido e incluso poco utilizado, aún entre los profesionales de la infancia; muchos países todavía no han adaptado plenamente su legislación nacional sobre niñez a sus principios y espíritu. El texto no ha penetrado con naturalidad en el cuerpo social y no figura casi nunca en los programas de las escuelas ni en las facultades universitarias.

La Convención, ese *Libro Mágico* como en ocasiones ha sido calificado, quería hacer visible la infancia porque, junto a su valor como texto jurídico, también es un instrumento de carácter pedagógico, ya que pone los fundamentos para iniciar una nueva etapa en la relación entre los adultos y los niños y las niñas. Es cierto que la Convención ha hecho progresar las actitudes hacia la infancia y la adolescencia, pero no hemos pasado completamente todavía del momento de la *protección* al de la *participación*. Este es el reto que tenemos pendiente con el sector más joven de la ciudadanía.

En la Convención hay una evidente voluntad de hacer participar a los niños y las niñas, de darles voz. Lo manifiesta con la incorporación de derechos civiles en el texto. Es una prueba de respeto y el reconocimiento de que los más pequeños tienen competencias para ejercerlos. Ya no han de ser tan sólo protagonistas sino *sujetos* de derecho y, ante todo, sujetos de un derecho a la información.

En uno de sus artículos finales la Convención establece que los Estados se comprometen a dar a conocer ampliamente su contenido, en un lenguaje «adecuado», apropiado no sólo para los adultos sino igualmente para niños, niñas y adolescentes. Y ¿qué lenguaje puede ser el más adecuado para ellos y ellas que el de los cuentos y relatos?

En cuentos universales como *Hansel y Gretel*, *Blancanieves* o *Caperucita Roja* encontramos, aunque expresadas de modo subliminal, serias advertencias sobre los males en el mundo. Los cuentos que presentamos contienen, veladamente, mensajes que ayudan a comprender el sentido de algunos de los derechos reconocidos en la Convención. Vienen a explicar el valor de la diversidad; cómo saber en cada caso qué es lo mejor para un niño o niña; la aceptación del otro; la conservación de la vida; aprender a escuchar; la atención a la diferencia; el respeto a la privacidad, y, si se quiere, compartirla; la salud para todos; el buen trato para prevenir el maltrato.

No todos los derechos reconocidos en la Convención vienen reflejados en la selección de cuentos que ofrecemos, pero sí una buena representación de ellos. Porque no hay que olvidar que en la Convención no existen unos derechos más importantes que otros: hay derechos civiles y derechos sociales, es decir, derechos

de participación y derechos de protección; son derechos que se necesitan los unos a los otros, que se refuerzan y retroalimentan mutuamente. De este modo han de penetrar en la conciencia de los niños, niñas y adolescentes, como una riqueza que les pertenece.

La invitación ya está cursada. A conocer, pues, este maravilloso mundo de los derechos de la infancia y la adolescencia. Pronunciemos entonces, por vez primera en esta obra la mágica, aquella expresión de **«érase una vez...»**

Un encargo, una oportunidad, una ilusión...

Eulàlia Grau Costa

*Coordinadora de actividades de Aprendizaje-Servicio de la Facultad de Bellas Artes
de la Universitat de Barcelona*

Joan Miquel Porquer Rigo

*Miembro del grupo promotor de Aprendizaje-Servicio ICE-ApS(UB)
de la Universitat de Barcelona*

Laia Moretó Alvarado

Rafael Romero Pineda

Francisco Javier Serrano Navamuel

Miembros del grupo de trabajo ICE-ApS(UB) de la Universitat de Barcelona

La oportunidad que nos ofrece la unidad de publicaciones del Instituto de Desarrollo Profesional-ICE, a través de la Dra. Mercè Gracenea, de sumarnos al proyecto **Cuentos de «derechos» contados al oído**, coordinado por Isaac Ravetllat Ballesté y Carme Panchón Iglesias, se convierte para nosotros en un revulsivo para la consolidación de las actividades de Aprendizaje-Servicio (ApS) como ejes transversales de colaboración. Esta propuesta nos anexa con voluntades surgidas en entornos diferenciados en nuestra misma institución, que demasiadas veces se encuentran dispares, y permite que se cohesionen iniciativas en la Facultad de Bellas Artes ya iniciadas por su profesorado involucrado en acción social.

Esta vez, la propuesta de ilustrar los cuentos surgidos desde las distintas voces que defienden los derechos de los niños y las niñas, de los y las profesionales del mundo de la infancia, no se vincula a actividades metodológicas concretas dentro de una asignatura-Grado, sino que se enmarca como una experiencia didáctica adicional, de carácter claramente cooperativo, con reconocimiento académico (2 créditos ECTS) y en el marco de un convenio de prácticas ApS entre el Instituto de Desarrollo Profesional-ICE y el Decanato de la Facultad de Bellas Artes de la Universitat de Barcelona.¹

Los candidatos y las candidatas a ilustrar los cuentos de este volumen son directamente escogidos o escogidas por el profesorado implicado en la coordinación, o surgen de la comunicación entre los mismos estudiantes con un alto grado de motivación y con interés en la ilustración o en los derechos humanos. No se establece ninguna limitación de nivel ni de procedencia y se acaba componiendo un equipo diverso que se mueve entre alumnado de primer y cuarto curso del Grado en Bellas Artes, tutorizado por profesorado de distintas disciplinas vinculado al Grupo de Innovación Docente ATESI (*Arte, Territorio, Estrategia docente, Sostenibilidad e Intervención social - GINDO-UB/162*), y al grupo interfacultad ApS(UB).

Para facilitar la coherencia entre los estilos y las posibilidades gráficas de las ilustraciones, el equipo docente predetermina un documento de criterios generales, de requisitos formales y de requisitos conceptuales. Entre sus párrafos encontramos lo

siguiente: **la persona autora de la ilustración podrá escoger libremente el cuento que desea ilustrar (...) tendrá que comunicar esta decisión y la coordinación artística le confirmará la asignación.** Las TIC facilitarán rápidamente que la elección sea resuelta visualmente entre todos y todas y se vayan asignando los cuentos, todo ello siguiendo las indicaciones previas que sugieren que, por ejemplo: **para establecer una línea de estilo y coherencia narrativa, la ilustración tendrá de componerse con la técnica del Collage (físico y/o virtual), que tendrá que incluir como mínimo una imagen fotográfica (completa o fragmentada) en blanco y negro.** Se abre, también, la posibilidad de incluir elementos gráficos de trazo libre (dibujo artístico), elementos propios del diseño (señalética, infografía), recursos estéticos (texturas, degradados, colores planos) u otros valores plásticos tanto de origen físico digitalizado como de generación digital...

El resultado reúne la diversidad interpretativa y la técnica gráfica, con la consecución narrativa de que las mismas imágenes, además de ilustrar el cuento, nos transportan a aquellos aspectos relevantes que los ilustradores han querido destacar:

Carla se refiere a la necesidad de sumar fuerzas ante los acontecimientos.

Esther defiende la amistad y el deseo de compartir.

Ferran nos da un brote de esperanza para el desarrollo.

María nos enlaza con nuestros orígenes y genealogías, para crear cadenas de interrelación con el mundo, acervando sus vínculos.

Andrea recose papeles para hablarnos de la superación de cadenas impuestas.

Sara nos invita a abrazarnos a la tolerancia y a lo que no es normativo.

Bernat nos aproxima al otro «yo», en un diálogo necesario para su encuentro.

Caterina nos acerca a las pequeñas cosas, imprescindibles para el día a día, y para adunar un trazo de felicidad.

Àlex, desde su excelente narrativa, habla del ser heroico intercultural.

Marina nos detalla aquello que nos hace felices.

Marta navega entre los límites de lo que puede ofrecer la unidad familiar.

Anaïs nos sumerge en los espacios de confluencia donde las realidades enfrentadas intentan convivir.

Clàudia nos invita a adentrarnos en nuestros miedos, desde la identidad.

Rafael habla de la adversidad entendida desde la superación personal.

Iris ensalza la fraternidad y la libertad como necesidades globales.

Alicia nos traslada a la fuerza de la naturaleza como arraigo necesario para las generaciones futuras, un reto ecológico...

Micaela habla de la participación en el juego como elemento fundamental para la vivencia compartida del imaginario.

Nuestro primer encuentro con Isaac para concretar maneras de propiciar nuestra colaboración y la de nuestro alumnado puso de relieve los muchos núcleos de interés que nos unen. Su planteamiento de interseccionar muchas voces en un mismo volumen, traspasar la temática compleja de los derechos a través de la creatividad literaria y desde una visión imaginaria que facilite al lector el debate, nos devuelve el reflejo de otras muchas de nuestras propuestas realizadas estos últimos años.

La incorporación de las guías didácticas, que se proponen como eje de difusión y traslado a la sociedad de los contenidos de los cuentos, nacidas de cada relato (*literatura*)

y de cada «derecho» (*temática*), también nos acerca, pues desde tiempo atrás venimos trabajando en tratar de trasladar los métodos de creación (de obras, acciones artísticas, performances...) a actividades de enseñanza-aprendizaje y a la didáctica de la creatividad –una labor que ha quedado recogida en diversas publicaciones en formato libro y en fichas didácticas, así como en exposiciones y otros eventos realizados con alumnado.² Esa coincidencia conceptual y metodológica nos anima a avanzar y nos compromete en algo más que a participar en una ilustración: nos implica en querer profundizar en una metodología docente que mueva conciencias y que origine crítica social.

Deberíamos preguntarnos si esta experiencia ha preparado mejor a nuestros alumnos y alumnas en algún aspecto para su conocimiento del mundo profesional (¿cómo se han posicionado y sentido ante los cuentos? ¿Cómo han planteado su aportación reflexiva en la ilustración? ¿Cómo incluyen sus pensamientos en sus grafías?). Pero quizás lo que más nos puede acercar a sus respuestas sea revertir en vosotros, personas lectoras/actoras/creadoras, su lenguaje como revulsivo de reflexión, diálogo y acción. Por ello os proponemos que deis continuidad a sus modos de explicarnos a través de unas pocas pautas (abiertas) de actuación. Como nos interesa que la lectura de los cuentos genere un debate y propuestas de intercambio disciplinar, también queremos sumarnos –como si de un juego se tratase– a la continuidad del despliegue imaginario... Así que, aquí, os lanzamos a una nueva aventura:

Actividad didáctica:

- **Enunciado:** Siguiendo los métodos usados por los y las ilustradoras y sus mismas pautas de trabajo iniciales, construid un discurso ilustrado sobre la opinión que sugieren los cuentos.
- **Para ello:** Haced un listado de palabras claves y recortad fotografías (propias o ajenas) que puedan acompañarlas (si puede ser, respetad la pauta de que algunas sean en blanco y negro). Mezclad las fotografías en una superficie extensible (ya sea por pliegues, formando un rollo continuo, a través de una suma de superficies proporcionales, etc.) y enlazadlas conceptualmente a través de grafías concretas y determinadas conscientemente. Reordenad las palabras e incluidlas en la superficie de imágenes (en forma de caligrafía, de sonido, de mancha, etc.). Completad el discurso narrativo a través del trazo y su disposición en el espacio.
- **Condicionante:** Trabajad siempre en complicidad con el prójimo.
- **Presentación:** Construid el discurso con tecnologías reproductivas eficientes para su difusión mediática: elaborad un vídeo, un *facsimil*, una edición de postales, una entrada en redes sociales...

Notas:

1. Los componentes del equipo de coordinación artística del proyecto han sido: Eulàlia Grau Costa, Laia Moretó Alvarado, Joan Miquel Porquer Rigo, Francisco Javier Serrano Navamuel y Rafael Romero Pineda. Los ilustradores y las ilustradoras del proyecto han sido: Alicia May Antón Carreras, Caterina Bals Allés, Marina Bergas Aguiló, Micaela Botelho Ferreira, Maria Casanovas Boada, Anaïs Civit López, Carla Gallén Esteve, Alex Gómez González, Iris Araceli Herraiz Batzín, Marta Llusà Oliván, Sara Marín Aranega, Andrea Martínez Arroyo, Esther Nieto de Sande, Clàudia Niubó Bigas, Bernat Organista Roa, Ferran Recio Calderó y Rafael Romero Pineda. El equipo de coordinación artística quiere transmitir su agradecimiento a: Maria Dolors Tapias Gil, Mar Llop Padilla, Jaume Ros Vallverdú, Joaquim Cantalozella Planas, Grupo ATESI, Grupo ApS(UB) e Instituto de Desarrollo Profesional-ICE de la Universitat de Barcelona.

2. Muchas de estas acciones se hacen constar en la edición: Grau Costa, Eulàlia y Porquer Rigo, Joan Miquel (Eds.) (2018). *Dimensiones XX. Genealogías comunitarias. Arte, investigación y docencia. Volumen 3*. Barcelona: Edicions Saragossa.



La luz de Andrew

Texto de Anna Iserte Jené, Fátima Cevallos Correa, Josefina María Lafosse, Marina Casals Maireles, Nuria Sala Pardo y Sonia Chicharro Terrón,
Estudiantes del Master Universitario en Modelos y Estrategias de Acción Social y Educativa en la Infancia y la Adolescencia de la Universitat Ramon Llull, España.

Ilustración de Carla Gallén Esteve,
Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.

Con la respiración agitada y el corazón reventándole en el pecho saltó detrás de un tronco caído y se quedó quieto como una piedra, escuchando atento, a ver si distinguía algún indicio de haber sido descubierto. En un minuto eterno de espera escuchó el inconfundible sonido de la nariz que husmeaba el suelo, las ramitas y hojas que crujían al ser pisadas y, enseguida, el ladrido de Terry que lo había encontrado. El enorme animal le saltó encima y comenzó a lamerle la cara frenéticamente. Andrew se reía por las caricias torpes y húmedas de su amigo, mientras intentaba salir de debajo suyo. Sucio de pies a cabeza, se levantó y emprendió la vuelta a casa. Se habían alejado bastante de la zona habitual y sus padres se iban a preocupar si no volvía pronto.

De repente se dio cuenta de que caminaban en medio del silencio y un escalofrío le recorrió por la espalda. «Seguramente asustaste a los pájaros con tus ladridos, Terry», dijo en voz alta, más para convencerse a sí mismo y juntar coraje que otra cosa. Apuró el paso, pero entonces escuchó una risa a la distancia. Y luego otra, seguida de gritos y jaleo. Se quedó escuchando en una mezcla de fascinación y pánico: no era la primera vez que las escuchaba y cada vez lo intrigaban más, pero el susto le ganó a la curiosidad y salió disparado a su casa, con Terry siguiéndolo. Apenas vio a lo lejos la casa conocida, se relajó y empezó a caminar tranquilo.

Se tiró en la cama a mirar el techo y pensar. Cuando le había contado a su familia sobre esas voces que escuchaba en el bosque le habían dicho que no era nada, que seguramente era la imaginación jugándole una mala pasada, que había confundido un animal. Pero a él eso le sonaban a excusas. Siempre pensó que los únicos habitantes en esa parte del mundo eran él y su familia, jamás había visto a nadie más. Esta vez no le contó a nadie lo que había escuchado, pero se prometió que la próxima vez iba a investigar.

En los días que siguieron volvió a salir al bosque. A veces recorría las zonas habituales, a veces se adentraba en algún rincón más profundo o exploraba zonas que no conocía aún. Hasta que finalmente, un atardecer, los volvió a escuchar. Se acercó lo más silenciosamente posible a los sonidos y espió desde atrás de un matorral. Era un grupo

ruidoso de sujetos de su estatura, pero ¡tan distintos a él! Nunca había visto tal variedad de formas y colores en su vida.

En aquel momento uno de ellos se tapó los ojos y empezó a contar en voz alta, mientras los demás corrían desparramándose por el bosque. Antes de que Andrew pudiera reaccionar, la chica de cabello color zanahoria corrió hacia donde él se encontraba. Se hizo lo más pequeño posible en su escondite, pero de nada sirvió porque ella fue directa hacia ahí, sin duda para esconderse también. Andrew la miró aterrada y ella le devolvió la mirada, sorprendida. Se quedaron como congelados un momento, hasta que ella se agachó a su lado, le hizo un gesto para que se quedara en silencio y señaló al chico que estaba contando. Cuando éste terminó y se alejó a buscar a los chicos escondidos en otro lado, la chica lo tomó de la mano y lo llevó corriendo hasta el lugar libre que antes había ocupado al grito de «¡GANAMOS!». Cuando los vieron, los demás chicos olvidaron el juego y salieron de sus escondites.

—Ey, Male, ¿y ese quién es?

—No sé. Me lo encontré escondido allá atrás y no lo iba a dejar ahí —respondió ella con una sonrisa pícaro.

—Tú no eres de la escuela —dijo uno de los chicos.

Andrew bajó la mirada, nunca había oído hablar de «escuela» ni había visto tanta gente junta en su vida. Un sentimiento de inquietud e incerteza le hizo vibrar, a la vez que su voz interna se preguntaba: «¿Por qué nunca he ido a esa *escuela* de la que hablan? ¿Será que en el bosque hay más casas?» No lograba entender lo que estaba sucediendo en aquel instante, mas no quiso quedar en evidencia y así cambió de tema rápidamente:

—Tendría que irme, está anocheciendo.

Los chicos lo interrumpieron y lo animaron a seguir jugando con ellos. Andrew los volvió a mirar y los enfocó con su linterna para verlos mejor. Eran cinco niños y niñas, aparentemente de la misma edad que él.

Estaba la niña a la que había oído que llamaban Male, con el cabello de color zanahoria, ojos grandes y verdes, manchas bajo los ojos y cerca de la nariz y una sonrisa perfecta. Luego reconoció a otro chico (que más tarde supo que se llamaba Jack), altísimo, con la piel oscura, piernas infinitas, y que cuando sonreía mostraba unos dientes blanquísimos. Hanna tenía una tela brillante que le envolvía la cabeza, unos cristales rodeados de un plástico de colores y la piel un poco más oscura que la de Male, pero menos que Jack. Lian era un chico curioso: iba sobre una extraña silla que tenía unas ruedas estrechas, las cuales hacía girar con sus pequeñas manos; también tenía un rasgo que llamó la atención de Andrew, sus diminutos y alargados ojos (se preguntó si podría ver bien con ellos). Por último se fijó en Max, un chico que se escondía tras sus amigos y que llevaba el pelo largo («¡como las chicas!», pensó). No logró ver mucho más de él.

—¡Venga va ahora te toca a ti Andrew!— le dijo Jack, a la vez que salía corriendo a esconderse. Los demás no dudaron en seguirle disparados, cada uno en una dirección distinta.

Andrew empezó a contar -1, 2, 3...- y cuando llegó a 10 salió corriendo en busca de sus nuevos amigos. Se asomó al rincón donde había conocido a Male, alumbró con su linterna y vio a Hanna. Aumentó el tamaño de la luz y -¡sorpresa!- pudo ver mucho mejor como era la chica: se le aparecieron imágenes de la niña rodeada de un montón más de niños, muy parecidos a ella; una mesa llena de comida que parecía riquísima; ella

misma jugando a fútbol y una última imagen donde aparecían todos rezando. Volvió a enfocarla de cerca, gritó «¡te pillé!» y emprendió a correr hacia otra dirección donde le había parecido escuchar ruidos.

Por suerte había oído bien: un poco más allá se encontró a Jack, tratando de recoger sus largas piernas para no ser visto. Repitió el mismo proceso que con Hanna: amplió el tamaño de la luz y entonces se le apareció Jack en una cocina con un delantal; a su lado apareció una mujer también muy alta con el pelo muy rizado recogido con una coleta. Ambos estaban amasando. «¡A Jack le gusta cocinar!», dijo Andrew para sí mismo. Luego vio imágenes de Jack jugando con una niña pequeña, paseando un perro y otra donde abrazaba a un hombre mucho más alto que él (cosa que le parecía imposible) vestido con un traje militar. Andrew sonrió y volvió a enfocar tan solo su cara. Se echó a reír cuando volvió a ver como Jack trataba de esconder sus piernas.

—Eres bueno Andy, ¡a por otro ahora! —le animó Jack.

Le gustó que lo llamara así, le recordó a como su mamá le llamaba cariñosamente. El siguiente al que encontró fue Lian. Para moverse con esa extraña silla, a Andrew le parecía que sabía esconderse muy bien. Cuando amplió la luz de su linterna para descubrir un poco más sobre él le sorprendió muchísimo lo que vio. «¿Lian puede jugar a basket?». En la imagen aparecía Lian encestando canasta rodeado de más chicos que montaban en sillas como la suya. Quiso saber más de él y amplió un poco más la luz: Lian era muy inteligente y se le daban genial las matemáticas —¡él las odiaba!—. Pensó que ya era suficiente y, cuando volvió a enfocar su cara, se encontró a Lian entornando sus pequeños ojos y con una gran sonrisa. Le devolvió la sonrisa y fue a por Male.

Male era la que mejor sabía esconderse. Era encantadora. Parecía que le gustaba estar con ella más que con los demás. Por fin logró encontrarla. Sentía mucha curiosidad por saber de ella. La enfocó y quedó hipnotizado por su belleza. «¡Vaya! Me has encontrado...», dijo ella devolviéndolo a la realidad. Antes de que ella pudiera salir corriendo con los demás, la enfocó con su linterna especial. Male parecía feliz en las imágenes, pero cuando amplió el foco pudo ver que añoraba tener un hermano con quien jugar. Descubrió que le encantaba dibujar y que... ¡le había dibujado a él! No lo podía creer. Siguió ampliando y vio como Male se miraba en el espejo y observaba cómo su cuerpo cambiaba a medida que crecía. Se puso colorado y dejó de mirar. Encontró a Male sonriéndole pero, antes de que ella pudiera decir nada más, Andrew salió corriendo. Solo le faltaba encontrar a uno y, la verdad, es que era al que más ganas tenía de conocer.

Max se escondía en una especie de cueva que se había formado entre rocas y árboles. Parecía más asustado que decepcionado por ser descubierto. Esta vez Andrew tuvo que ampliar muchísimo la luz para poder ver más allá de los largos cabellos de Max. Y entonces comprendió por qué Max se mostraba tan tímido y descubrió que a veces no todos nos sentimos cómodos con el cuerpo que tenemos. Andrew vio a Max delante un espejo vistiendo ropa de su mamá, pintándose las uñas con Hanna y con Male, y observó cómo agachaba la mirada ante unos niños que lo miraban extrañados y se reían. Andrew decidió que quería que fuera Max quién le explicara más, así que apartó la luz y le sonrió. Volvieron juntos con los demás.

Esa tarde fue una de las mejores de su vida y a partir de entonces volvió a ver a los chicos muchas veces más. Se ponían de acuerdo para encontrarse en el claro y, cuando llovía y se suspendía el encuentro, para Andrew eran los peores días de la semana. Les

presentó a su perro Terry, que se hizo amigo del nuevo grupo tan rápido como él (que le dieran de comer cosas ricas seguro lo convenció rápido de que eran buena gente). Era fácil hablar con sus nuevos amigos. Andrew aprovechaba todas las oportunidades posibles para conocer sus costumbres y gustos. Cuando no se daban cuenta usaba su súper linterna para saber más de cada uno de ellos.

Una noche decidieron quedar todos y todas para hacer una excursión por el bosque. Habían decidido preparar un picnic y comerlo justo debajo de un gran árbol que había en medio, alrededor del cual la espesura de la vegetación dejaba un espacio perfecto para extender sus mantas y toda la comida que habían preparado.

Todo transcurrió con total normalidad: comieron y bebieron mientras hablaban y compartían experiencias, explicaban anécdotas y reían. Pero justo cuando estaban a punto de terminar la cena el ambiente empezó a cambiar. Sonó un trueno y de repente pareció que la luz de la luna se apagaba, que el viento dejaba de soplar y que los ruidos del bosque empezaban a enmudecer. Todos quedaron paralizados por un momento, observando todo lo que estaba cambiando a su alrededor. Andrew metió la mano en su bolsillo y sacó su linterna para poder alumbrar y ver a sus nuevos amigos y amigas. De repente, sus figuras se empezaron a desdibujar, a cambiar y a transformarse. Dentro de las mochilas del resto de niños y niñas empezó a moverse algo.

Estaban todos asombrados. Poco a poco, todos empezaron a atreverse a mirar en sus mochilas y descubrieron que cada uno tenía su propia linterna. Empezaron a probar y cada una de ellas conseguía efectos muy diferentes. Algunas hacían que se borraran las características relacionadas con el género o que estas pasaran a un segundo plano para dejar más protagonismo, por ejemplo, a los intereses de cada uno. Otras actuaban igual con la edad, con la procedencia, con los gustos a la hora de vestir y dejaban más a la vista otras partes de los chicos y las chicas. Algunas de las linternas iban también cambiando conforme pasaban los minutos y permitían a todos y todas explorar partes de sus amigos que hasta ahora habían permanecido invisibles a sus ojos. Cuando se juntaban las luces de dos o más focos conseguían efectos nuevos e interesantes que hacían que todos se transformaran de nuevo.

Estuvieron casi tres horas así. Entonces volvió a sonar otro trueno, la luz de la luna volvió a hacerse poco a poco más intensa, los ruidos del bosque volvieron poco a poco a oírse como al principio de la noche, las linternas empezaron a dejar de funcionar y todo volvió otra vez a la normalidad. Todo, excepto ellos mismos. Habían recuperado su apariencia anterior, pero no podían evitar mirarse de una manera más amable y real, de ver en los demás y en ellos mismos cosas que antes les habían pasado desapercibidas. Estaban todos emocionados por haber podido verse a ellos mismos y a sus amigos de aquella manera, de haber podido mostrarse tal y como eran y de haber quedado transformados casi para siempre.

Esa noche cambió para siempre la forma en que los amigos se veían entre ellos y a sí mismos. Andrew había aprendido con los años que algunas cosas no se preguntaban para evitar el mal humor y la incomodidad de los demás. Pero ahora los secretos ya no le daban más miedo. Todo esto daba vueltas por su cabeza y aprovechó la próxima ocasión en la que se quedó solo en casa para investigar.

Había un desván lleno de cajas cerradas, que jamás de los jamases se podían abrir. Eran «las cajas que quedaron cerradas de la mudanza», según decían sus papás, pero

siempre las trataban con evasivas. Así que decidió que era un buen lugar para empezar a revolver el misterio.

Sacó todas las cajas y las fue abriendo una por una. A medida que iba sacando los objetos que contenían, una sensación extraña le recorría el cuerpo: eran cosas que no recordaba haber visto nunca en su vida, pero que tampoco le eran ajenas. Estaba tan ensimismado que no escuchó la llegada de su familia, que lo encontró con todos los tesoros desparramados por el suelo alrededor suyo. Las miradas de Andrew y sus padres se encontraron llenas de desconcierto. El rostro de sus padres expresaba tristeza, no el enojo que Andrew había anticipado.

—Ay, hijito... ¡no tenías que enterarte de esta forma! —dijeron mientras se sentaban a su lado.

—¿Reconoces todo esto? —Andrew asintió, mudo. —Estas cosas eran tuyas, las mandaron contigo cuando viniste a vivir con nosotros. Eras pequeñito y, a pesar de que nos dijeron que habían, no sabemos como, borrado todo rastro de tu memoria para evitarte confusiones y sufrimiento, tú te acordabas de todo. Sabías cómo jugar y usar cada cosa... A veces incluso nos hablabas con palabras que no entendíamos. Entonces decidimos guardar todo, sacarlo de circulación. No sabíamos cómo explicarte cuando comenzaras a preguntar...

—Bueno, fueron muchas cosas... —interrumpió su papá. —Nos dio miedo que quisieras conocer a tu otra familia, o que alguien más pidiera explicaciones de cómo habías llegado a casa... Y eso de la memoria borrada... *ufff*...

En ese punto Andrew estaba totalmente perdido y preguntó:

—Lo de la adopción lo entiendo, pero eso de la memoria borrada... ¿De qué estáis hablando? ¡No estoy entendiendo nada!

Sus papás se miraron antes de continuar.

—Es que no fue una adopción en sí... Andrew: tú llegaste a nuestra casa en una curiosa cápsula, con un mensaje que decía que tu familia era de un planeta inimaginable. Te enviaron con nosotros, ya que había pasado algo que te ponía en peligro y quisieron protegerte. ¡Nos confiaron tu vida! No podíamos poner toda esa movilización en peligro. Por eso decidimos guardar las cajas y mudarnos a esta casa alejada de todo: alguien podía darse cuenta o incluso tú podías llegar a contar algo si seguías recordando. ¡No podíamos permitir que tuvieras que pasar por eso!

—Pero papá... Es mi historia, mi vida... ¿Cómo pudisteis decidir algo así por mí? Era obvio que me iba a dar cuenta tarde o temprano... ¡Y todas las cosas que me perdí por esto! La escuela, mis amigos... —se calló de golpe porque se dio cuenta de que se había puesto en evidencia. Pero ahora no era momento de guardar más secretos. Pasaron el resto de la tarde entre sus anécdotas del bosque y los recuerdos de sus papás de antes de mudarse, destapando historias no contadas. Fue la primera de muchas conversaciones, porque digerir toda esa información no era sencillo.

Andrew tenía la cabeza y el corazón llenos de emociones e información que quería compartir con sus amigos, pero no sabía por dónde empezar. Un día se le ocurrió llevar uno de los objetos de las cajas a uno de los encuentros. Cuando le preguntaron de dónde lo había sacado dijo simplemente que «estaba guardado en las cajas de antes de la mudanza». Se entretuvieron durante horas investigando el objeto y descubriendo sus usos. Así, poco a poco, fue compartiendo con sus amigos objetos, tradiciones y

anécdotas que iba descubriendo de su pasado. Así, hasta que finalmente les contó toda su historia. Sus amigos sin duda se sorprendieron... Pero más sorprendido se quedó él cuando ellos empezaron a contar cosas que ellos también encontraban extrañas en sus familias. Secretos y rarezas. ¡Nunca los había sentido tan cerca!

Fue tan bien recibido que se animó a pedir a sus padres que lo dejaran ir a la escuela al final del verano. Todavía tenían un poco de miedo, pero tras conocer al resto de los chicos (y con mucho trabajo de convicción por parte de Andrew), aceptaron que su hijo tenía derecho a vivir su historia sin miedo ni vergüenza y a ser reconocido. Los secretos sólo le habían hecho perder una parte de sí mismo, que era tan valiosa como todo lo que había construido en sus años en la Tierra.

Aquél fue el verano más difícil y más feliz que Andrew podía recordar. Le llevó mucho tiempo contarle a alguien más su secreto. Algunas personas lo miraban con intriga y otras, al principio, pensaban que su historia no era real. Había otras que lo acribillaban a preguntas ingenuas. Los que mejor lo conocían lo aceptaban abiertamente, sin tantos miramientos. Pasó el tiempo y, de boca en boca, se fue enterando todo el pueblo.

Con los años Andrew elaboró un registro de todo lo que sabía de su planeta de origen y las autoridades idearon un plan para comunicarse con ellos. El plan está actualmente en marcha: requiere mucha información y equipos muy complejos de altísima tecnología que aún se están construyendo, pero sin duda va a ser uno de los grandes avances de la historia de la humanidad y la ciencia.

Mientras tanto, Andrew está terminando la escuela. Sigue encontrándose con sus amigos y Terry en el bosque y disfruta plenamente de su historia, tan llena de riqueza humana, y de su vida tan maravillosa, que inspira y transforma a quién la conoce.

Guía didáctica

Temas tratados: diversidad, derecho a la identidad, amistad, respeto, inclusión.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 2, 7 y 8.

Actividades:

1. *Mi identidad en una caja mágica*

- Cada integrante del grupo de clase deberá imaginarse que es Andrew y que se encuentra una pequeña caja mágica que guarda todo tipo de objetos, recuerdos y hasta vivencias que le permiten identificar a las demás personas del grupo. La actividad consta de dos partes: una más introspectiva y personal y otra de exposición grupal y reflexión compartida.
- La primera parte se inicia estableciendo una caja mágica común, en donde cada estudiante deberá aportar, en secreto, algún objeto estimado (fotografía, dibujo, etc.) que facilite o dé pistas al grupo para identificarle. El grupo deberá, en conjunto, tratar de descubrir quien ha depositado qué objeto y justificarlo. Si al finalizar el turno no se ha conseguido identificar a la persona depositaria, ésta se desvelará y explicará el porqué ha elegido el objeto y porqué le define. Una vez hayan participado todos y todas, se procederán a las posibles preguntas que tengan los participantes en relación a los objetos que les definen entre sí. Se concluirá con una reflexión grupal sobre una pregunta: *¿qué es la identidad?*
- La segunda parte cuenta con que cada estudiante tenga una caja mágica propia llena de objetos y que los exponga al público. Se trata, sobre todo, de compartir las experiencias, vivencias y emociones que nos despiertan los objetos, los elementos que contienen, y lo que hace que sean especiales. Este punto de vinculación entre objeto y vivencia es importante porque permite traspasar la mera función de identificación del objeto y expresar la propia identidad.
- **Variantes:** una primera posibilidad consistiría en que el contenido de las cajas se exprese mediante la narrativa de un texto que explique, describa y argumente qué cosas deberían estar dentro de ellas; otra posibilidad, más creativa, sería que se explorara la identidad mediante elementos abstractos y simbólicos con olores, texturas, ruidos, etc. realizados a partir de materiales facilitados; por último, también se podría preparar una caja que combinara ambas variantes. Esta propuesta debería realizarse en días diferentes para que los chicos y las chicas preparen las cajas en casa y llevarlas a los centros educativos.

2. *Las linternas*

- La actividad consta de tres partes: *Construcción de linternas*, *Experimentación* y *Debate*.
- *Construcción de las linternas:* los niños y las niñas del grupo podrán construir sus propias linternas, como la del cuento, utilizando diferentes materiales. Se propondrá a cada miembro del grupo que realice una o varias linternas a las que podrán incorporar diferentes ideas relacionadas con la identidad. Cada niño y/o niña podrá incorporar estas ideas previamente o simplemente construir su linterna para averiguar su función durante las siguientes partes de la actividad.

- *Experimentación:* se dejará a los niños y las niñas un espacio para poder experimentar con sus linternas y sus compañeros y compañeras. Se les propondrá que imaginen que son Andrew y sus amigos en el bosque y que intenten ver cuál es el funcionamiento de la linterna que han construido.
- *Debate:* se propondrá un debate grupal en el que los niños y las niñas podrán explicar qué han podido descubrir sobre sus linternas y sobre la experimentación con ellas: ¿han cambiado la visión que tenían de alguno de sus compañeros o de ellos mismos? ¿Qué reflexiones han podido hacer durante la actividad? ¿Cómo se han sentido?...
- **Variantes:** se puede escoger un tema más específico y concreto sobre el que profundizar como, por ejemplo: el género y como éste nos influye a la hora de definir quiénes somos, cómo percibimos a los demás, la posibilidad de identificarse con un género no binario, etc.

Apoyo audiovisual:

Boileau, Jean y «Jung» (Jung Henin) (Dir.) (2012). *Couleur de peau: Miel*. Francia, 110 mins.
Chadha, Gurinder (Dir.) (2002). *Quiero ser como Beckham*. Reino Unido, 110 mins.



Mismo mar, dos miradas

Texto de Isaac Ravetllat Ballesté,

Subdirector del Centro de Estudios sobre Derechos de la Infancia y la Adolescencia (CEDIA) de la Universidad de Talca, Chile, y Secretario General de la Asociación para la Defensa de los Derechos de la Infancia y la Adolescencia (ADDIA).

Ilustración de Esther Nieto de Sande,

Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.

«El mar es inmenso, azul y maravilloso», pensó Lluna mientras lanzaba una piedra rojiza desde la pasarela de madera que unía el viejo paseo marítimo de su pequeño pueblo costero con un islote formado por dos grandes rocas calizas que se levantaban majestuosas ante la fuerza inconmensurable del mar. «¡Juguemos a piratas!», gritó Oriol desde la distancia, mientras ponía todo su empeño en seguir con la mirada el trazado curvilíneo marcado por el pedazo de roca proveniente de las manos de su fiel compañera de aventuras. «¡Síiiii!», respondió entusiasmada Lluna agitando su cabeza arriba y abajo en señal de aprobación.

Desde ese instante y hasta la puesta de sol, nuestros incansables amigos soñaron despiertos estar sobre la cubierta del barco pirata del Capitán Garfio combatiendo a ese malvado y maloliente villano junto al intrépido *niño de niños*, más conocido como Peter Pan, y a la perspicaz hada Campanilla.

El mar era parte de su mundo, representaba algo mágico, misterioso y lo amaban hasta lo más profundo de su corazón. Lo veían al levantarse, camino a la escuela, en sus juegos vespertinos, e incluso durante las noches más oscuras, aquellas en las que su tía Claudia solía asustarles con terroríficas historias acerca de extrañas criaturas procedentes de los fondos marinos. El simple hecho de saber que estaba allí, que sus plácidas aguas les aguardaban pacientes hasta los primeros rayos de luz del nuevo día, les reconfortaba.

A unos miles de kilómetros de esa escena, al otro extremo de esa gran alfombra azul, Astrid observaba pensativa la ida y venida de las olas sobre las playas de Tartus. Astrid era una pequeña niña siria que contaba ya con ocho años de edad, a quien le encantaba aprender kurdo con su abuela, elevar volantines sobre la cálida arena del Mare Nostrum y sobre todo, por encima de cualquier otra cosa, salir a pescar con su *bav*, como cariñosamente solía llamar a su padre.

«Mamá, mamá, dice mi *bav* que un galeón turco se hundió cerca de aquí con un cargamento de oro y piedras preciosas en su interior», vociferó la niña mientras abría la puerta de casa con un balde lleno de pescados que aún vivos aleteaban sin parar.

«¡Otra vez con eso!», sonrió mamá al tiempo que se cubría la tez con su mano derecha en señal de desesperación.

Eran para Astrid tiempos de luz, de alegría, de paz y, porqué no decirlo, de felicidad. Pero... ¡qué lejos quedaba todo aquello! Desde que la guerra estalló en Siria todo había cambiado. Papá dejó de sonreír, mamá ocultó su mirada y la abuela, su dulce y amable abuela, olvidó, como por arte de magia, el tarareo exacto de las antiguas canciones kurdas que a ella tanto le gustaban. En Tartus el tiempo se había detenido: el azul del mar dio paso a una gélida tonalidad grisácea que impregnaba todos y cada uno de los rincones del que una vez, no hace tanto, había sido un pueblo lleno de vida y esperanza.

«¡Una botella!», gritó entusiasmada Lluna mientras arremangaba veloz su nueva polera roja para rescatar de las aguas tan preciado botín de cristal. «¿La rompemos?», propuso al instante Oriol esbozando una sonrisa mitad traviesa mitad malvada. «¡Nooooo! ¿Te has vuelto loco?», le contestó Lluna atravesándole de arriba abajo con la mirada. «Mejooooor... ¡escribamos un mensaje! ¡Uno secreto! ¡Uno que solo ambos conozcamos! Y vete tú a saber a qué remotos parajes pueda llegar y en manos de qué misteriosos personajes pueda caer... Bueno, más que caer, ¡flotar!», rectificó Lluna, fundiéndose acto seguido en una estruendosa carcajada junto a su inseparable Oriol.

«¡Síiii, un mensaje con deseos!», le respondió entusiasmado Oriol, al tiempo que abría su puño izquierdo liberando la piedra que tenía lista para hacer saltar en mil pedazos esa fortaleza flotante de vidrio transparente que se acercaba sigilosamente por estribor. «¿Con deseos?», irrumpió Lluna sorprendida. «¡Claro! Imagina que nuestra botella arriba a una genia, ¡una de esas que hacen que tus sueños se conviertan en realidad!», exclamó Oriol mientras gesticulaba con su cuerpo, tratando de imitar el momento exacto en que esa «presunta» genia transformaba la ficción en realidad.

En ese mismo instante, solo que lejos de allí, Astrid se sentó apesadumbrada cerca de la orilla del mar y hundió con rabia sus pies en la arena. Fijó su mirada en el infinito y le habló al Mar: «¿Por qué lo hiciste? Yo confiaba en ti. Prometiste que cuidarías de él y, sin embargo, te lo llevaste. ¡Te odio!»

Justo al pronunciar esas palabras una avalancha de recuerdos se agolparon en su todavía joven y dúctil memoria. De repente, viajó de nuevo a esa mañana, a ese maldito amanecer en que su *bav*, portando una vieja maleta cargada de ilusiones y esperanzas, se había perdido en el horizonte a bordo de una destartada barcaza en busca de una mejor vida. Pero papá nunca regresó. Astrid lloró, lo hizo como nunca antes ninguna otra niña en Tartus lo había hecho. Derramó lágrima tras lágrima, gota tras gota, hasta desplomarse, exhausta, sobre el manto cálido ofrecido por las arenas de la playa.

Y fue en ese preciso instante, cuando todo parecía perdido, el momento en que recordó una vieja leyenda kurda que su mamá solía contarle, no hace tanto, justo antes de acostarse.

«¿Y si lo intento...? ¿Y si no me rindo?», balbuceó Astrid mientras relamía sus labios resecos por el salitre del mar. Se puso en pie, sacudió sus rodillas, acomodó su pelo tostado y tomó la firme decisión de mandar un mensaje a su papá. Tal vez si lo escribía en un papel bien bonito, lo introducía en una botella, pronunciaba las palabras mágicas que mami le había enseñado, y lo arrojaba al mar, éste, en un desesperado intento de hacer las paces con ella, lo conduciría hasta él. Y así lo hizo.

«Escribe con buena letra, ¿ehhhh?» Oriol inquirió a Lluna al tiempo que se abalanzaba sobre ella para obtener una mejor perspectiva del papel, aún en blanco, en el que la niña se disponía a escribir. «Sí, sí, tranquilo», respondió Lluna con voz firme, segura de sus actos. A medida que la mano izquierda de Lluna se desplazaba ágil y veloz sobre el pedazo de papel, las palabras iban cobrando forma:

Deseo 1: una tablet nueva para Oriol y otra para mí. Los colores los dejamos a tu elección.

Deseo 2: una camiseta del Barça. La mía que sea talla S, por favor.

Deseo 3: un inmenso pastel de chocolate, uno tan tan grande que nos alcance para todas nuestras amigas.

Por cierto Genia, en caso de dudas contacta con nosotros a lluna@gmail.com o me agregas al Facebook, quizás eso sea más rápido.

Los días pasaron, uno tras otro, otro tras uno, hasta sumar sesenta y uno, y durante esos dos largos meses Oriol, Lluna y Astrid, si bien desde distintas orillas, no dejaron de acudir cada tarde al salir de la escuela, a su fiel cita con el Mar.

«¡Botella a estribor! ¡La veo, la veo!», vociferó un nervioso Oriol rastreando la superficie azulada del líquido elemento a través de un pedazo de vieja cañería abandonada que usaba a modo de catalejo pirata. «¡Es nuestra botella...! ¡Tiene que serla! ¡Los deseos! ¡Mi tablet! ¡Chocolate! ¡Azulgrana!», repetía Oriol sin parar, lanzando palabras sin sentido, embargado por la emoción. Lluna corrió por el embarcadero, tumbó su alargado cuerpo sobre las maderas reseca por el sol, alargó su mano derecha y tras un par de intentos, *zaaasss*, tomó la escurridiza botella. La abrieron sin perder un solo segundo y extrajeron de su interior un pergamino arrugado y amarillento. ¿Sería la respuesta de la genia a sus requerimientos? ¿Les indicaría, tal vez, el lugar exacto donde recoger sus merecidos regalos?

¡Sorpresa!

La botella contenía un mensaje distinto al suyo, unos pocos párrafos escritos en inglés ilustrados con un bonito dibujo que mostraba la escena de un señor con rostro triste adentrándose en el mar. Ambos se miraron, tomaron la botella y corrieron a casa, rápido muy rápido. Sabían que algo importante se escondía entre esas líneas. Desconocían el qué, pero su instinto así se lo decía. Seguro que tía Stefi, que siempre lo sabía todo, les traduciría la nota y, de esta forma, descubrirían el secreto que se escondía oculto tras ese misterioso dibujo.

Y así es como Lluna y Oriol conocieron la historia de Astrid, su sufrimiento, su pena, su enfado con el Mar: ese mismo al que ellos tanto amaban y asociaban con risas, juegos y diversión. Y lo más importante: el mensaje contenía una dirección de correo electrónico, un lugar al que el papá de Astrid pudiera escribir si éste, al recibir el mensaje, hubiera perdido la memoria o se hubiera simplemente desorientado –*astrid@gmail.com*–.

Esa misma noche, junto con su queridísima tía Stefi que, aunque refunfuñando, siempre les terminaba ayudando, escribieron un *mail* a la pequeña niña siria. Le explicaron quiénes eran, dónde vivían, su juego de las botellas, qué les gustaba y un montón de cosas más.

Astrid contestó, y Lluna re-contestó y Oriol tri-contestó... Y más y más. Los correos iban y venían sin parar: primero uno, después dos... Más tarde llegó *Instagram*, y luego *Skype* y, casi sin darse cuenta, se hicieron inseparables.

El mar les unió.

Y, por si no os habías percatado, la genia, esa a la que nuestros amigos habían invocado, sin duda había actuado. No con camisetas, ni tartas, ni *tablets* para Lluna y Oriol, sino ofreciéndoles algo mucho más preciado y duradero que todos esos objetos materiales: la amistad de Astrid, una nueva amiga con la que intercambiar historias y de la cual aprender una forma distinta de ver la vida.

Y por lo que a Astrid se refiere, cierto es que el Mar nunca le trajo de vuelta a su papá... Pero sí le ofreció valor, fuerza y amor para seguir creyendo en un mundo más justo. En uno en que un mismo mar no signifique cosas distintas, no separe risas y llantos, riqueza y pobreza, luz y color, sino uno en que sus dos orillas puedan acercarse tanto tanto que sean del tamaño de un pequeño mensaje que pueda caber en una simple botella de cristal.

Guía didáctica

Temas tratados: diversidad e inclusión, personas refugiadas, niños y niñas afectados por los conflictos armados, amistad, barreras culturales.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 2, 10, 22 y 38.

Actividades:

1. *La botella mensajera*

- Los y las estudiantes traen una botella de plástico a clase, escriben un mensaje, lo colocan en su interior y simbolizan que lo arrojan al mar. En realidad, se intercambian las botellas unos con otros y leen en alto los mensajes que contienen cada una de las mismas.
- Los mensajes deben hacer referencia a la pregunta «¿qué deseos le pedirías a la genia que habita en las profundidades marinas?» Cada uno de esos deseos tiene que estar vinculado con uno de los derechos trabajados en clase y que aparecen en la historia de *Mismo mar dos miradas*. Una vez leídos los mensajes en alto, se inicia un debate grupal acerca de las principales cuestiones surgidas.
- Finaliza la actividad con un mensaje simbólico que la clase, a modo de conclusión, introduce en una botella. La misma se le entrega al Director del establecimiento educacional y, en la medida de lo posible, a alguna ONG que esté trabajando con niñez migrante y refugiada.

2. *El mar cambiante*

- Tras leer la historia, el profesor o profesora insta a la mitad de sus estudiantes a que se pongan en la piel de Astrid y a la otra mitad que imaginen ser Oriol y Lluna. Deben buscar en internet noticias vinculadas con la crisis de los refugiados (sea en Europa o sea en el continente Americano) y extraer las distintas lecturas y posicionamientos sobre la cuestión.
- Finaliza la actividad con un debate grupal acerca de los derechos humanos que entran en escena en este tipo de situaciones.

Apoyo audiovisual:

Lioret, Phillip (Dir.) (2009). *Welcome*. Francia, 110 mins.

Minghella, Anthony (Dir.) (2006). *Breaking and Entering*. Reino Unido, 120 mins.

Quemada-Díez, Diego (Dir.) (2013). *La Jaula de Oro*. México, 110 mins.

Apoyo literario:

Canal, Eulàlia (2006). *Un beso de mandarina*. Barcelona: Barcanova.

Rabi, Stephanie, Peirano, Daniela, Gómez, Francisca, Ayala, Álvaro, Orrego, Celeste y Flisfisch, Diego (2017). *El viaje de Kelmy. La integración local desde la mirada de niños y niñas refugiados, migrantes y chilenos*. Santiago de Chile: Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados y Fundación Ciudad del Niño.

Rodríguez, Mónica (2016). *Alma y la isla*. Madrid: Anaya.



DECLARACION UNIVERSAL
DE Derechos del Hombre
Niño

UNIDAS

Un día en el centro comercial

Texto de Carmen Julia Cabello Matamala,

Juez Suprema de la Corte Suprema de Justicia del Perú y Profesora Ordinaria Principal de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica, Perú.

Ilustración de Ferran Recio Calderó,

Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.

Se acerca el fin de semana y con ello el Día del Padre. Les saluda Fernanda: tengo doce años, vivo con mi mamá, José y mis hermanas y voy a contarles un día especial de nuestras vidas.

Todo sucedió así. Estábamos en la habitación con Manuela y Adrianita, prestas a acostarnos. Comentábamos sobre nuestros padres y les dije que, al estar empezando el frío en Lima, quisiera comprar unas medias de lana para mi papá –él es friolento y además como también es medio calvito tampoco le vendría mal una gorra poderosa para que duerma-. Mis hermanas rieron imaginándose a mi papá, como si fuera Papa Noel, vestido de pijama con gorra y medias de lana. En medio de ese bullicio, ingresó mamá y nos preguntó: «¿qué tal mis chicas? ¿Qué están confabulando esta vez?». «Estamos pensando en los papis», le contestamos. «Ah, me parece muy buena idea. Ya me dirán cómo sorprenderemos a vuestro padre y, por supuesto, a Javier también. Les sugiero que el centro comercial es un buen lugar para encontrar cosas bonitas».

Llegó el sábado y desde temprano nos duchamos y vestimos. Tomamos nuestro desayuno y cuando ya estábamos por salir con mamá al centro comercial, José salió de su habitación y, con su vozarrón, preguntó: «¿a dónde van?». «¿A dónde vamos...?» Las cuatro lo miramos y no supimos qué decir. Entonces dirigiéndome a José exclamé: «creo que la Barbería te está reclamando. ¿Qué tal si te acompañamos al Centro Comercial, tú vas a la peluquería y nosotras damos unos paseítos por allí?». Adriana, la más pequeña, haciéndonos unos guiñitos, nos dijo: «¡fantástico! Además podemos comer un pollo a la brasa con sus papitas fritas». Y mamá añadió: «sí, con una rica súper porción de ensalada», a lo que expresamos al unísono, «¡noooooo, eso nooooo!»

En camino al centro comercial, la ruta estaba muy congestionada, la vía expresa estaba casi paralizada. A unos metros vimos a un grupo de niños que vendían caramelos y chocolates, y a que otros limpiaban las lunas de los autos. Les pregunté a mis padres porqué ellos estaban en la pista, más aun exponiéndose al acercarse a los carros en mo-

vimiento, pues podían atropellarlos y hacerles daño. En esos instantes escuchamos unos gritos. Un señor iracundo le dijo a uno de ellos: «oye chico, ¿qué te pasa? No pongas tu trapo sucio en mi carro». Mi mami muy molesta me respondió: «esto ocurre porque los padres de estos niños no son responsables y los hacen trabajar. Ellos deberían estar estudiando y, en un sábado como hoy, descansando y recreándose como ustedes. Pero es todo lo contrario: si miran por detrás del árbol hay unos adultos, los están vigilando para ver cuánto ganan. No sé si serán sus padres pero, sean o no, los están explotando. Algunos de los chicos seguramente incluso han huido de sus casas por maltrato o abandono y estos adultos se aprovechan de ellos. En esas circunstancias, además son maltratados por alguna gente. Como ven nada puede justificar ofender a un niño, y menos si está desprotegido en la calle».

Mi mamá nos contó que deberíamos saber que los derechos de los niños, niñas y adolescentes deben ser respetados en todo el mundo, que los países de todos los continentes acordaron en el año 1989 el *Convenio sobre los Derechos del Niño* y que cada país se obligó a adecuar sus leyes a sus principios. En la capacitación que había recibido en su trabajo le informaron de que además aquí, en el Perú, hay una ley especial para los niños que se llama el *Código de los Niños y Adolescentes* y que es el Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables el que se encarga de dictar las políticas públicas a favor de la infancia. A cargo de este último se encuentra el Programa Integral Nacional para el Bienestar Familiar (INABIF); en los Municipios hay las Defensorías Municipales del Niño y Adolescente (DEMUNAS), y también la Policía, los fiscales y jueces están especializados para atender y defender los derechos de los niños, niñas y adolescentes. Por último, la sociedad civil como nosotros, tenemos organizaciones para defender los derechos de los niños y las niñas.

«Ya ven. Hay muchas instituciones públicas y privadas que se encargan de la promoción de los derechos de los niños y, sin embargo, aún muchos niños y niñas como los que vimos están desatendidos. Por ello nos corresponde a todos esforzarnos para defender sus derechos, en nuestros hogares y familias, con nuestros vecinos, en la escuela y donde nos encontremos», concluyó mamá.

En ese preciso instante, José intervino y nos dijo, «por eso, chicas, debemos tener la confianza de comunicarnos si alguien nos maltrata o vemos que a algún compañerito o compañerita lo molestan».

«Papi,» intervino Manuela, «en mi colegio hay unos chicos del salón que molestan a Luis, mi amigo desde la inicial. Empezaron diciéndole gordo y tonto. Lo he visto llorar en el patio. Está solo y los otros chicos no quieren juntarse con él, tienen miedo que también se burlen de ellos, porque ahora no solo lo ven y lo insultan, sino que en el grupo de *WhatsApp* del salón envían *memes* horribles. Dicen muchas cosas feas de Lucho».

José nos dijo a todas: «eso es maltrato psicológico, le llaman *bullying*. No debemos permitirlo, hay que informar a la profesora, a la psicóloga y a la directora de la escuela. Yo hablaré con sus padres para apoyarlos. Es un tema que debe preocuparnos a todos y en el que debemos participar, porque no sólo debe recibir ayuda tu amigo, que es la víctima de los maltratos, sino también los otros niños, *los agresores*, pues deben estar aquejados de otros problemas, y muy posiblemente sean víctimas en sus familias u otros grupos. Cierto es que tenemos que acabar con la indiferencia en estos casos».

De repente, Adrianita nos avisó del cruce al centro comercial. Estacionamos el auto y al bajar acordamos con José dejarlo en la peluquería. Mientras nosotras iríamos a hacer unas compritas y luego nos encontraríamos, a la una de la tarde para ser exactos, en la pollería del segundo piso.

Mi mamá, las chicas y yo dimos las vueltitas necesarias y encontramos una linda casaca deportiva rojiblanca con un Perú grandazo en la espalda para José. Apenas la vi les dije a mis hermanas «¡vas a ver que la tendrá puesta todos los días de los partidos del Mundial. ¡Le va a encantar!».

A la hora acordada, nos encontramos en la puerta de la pollería y, al ingresar, nos percatamos de una niña que salía muy triste del local. Le preguntamos qué le pasaba, que porqué lloraba, a lo que nos respondió que solo estaba mirando los postres y que la señorita del mostrador le gritó, le dijo cosas muy feas y la botó porque ella no podía estar allí, que «no era una niña decente». Yo no la entendí, pero debía ser algo muy feo porque lo dijo gritando. Debía ser un insulto.

Miré a mis padres y les pregunté si podíamos tener una invitada especial para el almuerzo. Todos nos miramos y nos pareció una excelente idea, así que ingresamos juntos a la pollería. Encontramos una mesa amplia y le pedimos al mozo dos riquísimos pollitos a la brasa con abundantes papitas, la ensalada de mamá y, por supuesto, el correspondiente ajicito.

José, acto seguido, identificó a la persona que había maltratado a la niña y fue a conversar con ella. Lo cierto es que la señora se acercó a la mesa y le dijo a Míriam, nuestra pequeña invitada, que lo sentía y que se había equivocado. Ella la miró con unos ojos inmensos: no podía creerlo. Cuando se retiró la empleada del local, José nos explicó que cuando nos equivocamos debemos disculparnos, y que hay que saber perdonar. Míriam se rio de la cara de la señora, porque parecía que se estaba atorando cuando le hablaba, a lo que mamá comentó «¡es que a los adultos nos cuesta más reconocer nuestros errores!».

Pasamos una linda tarde, comimos riquísimo y jugamos, porque en el segundo piso de la pollería habían algunos juegos, como laberintos, en los que subíamos y bajábamos. Cuando nos dimos cuenta habían pasado más de dos horas y vimos en la puerta del local a una señora que estaba parada como si esperara a alguien, Míriam la vio y dijo: «¡es mi mamá!».

Entonces bajamos y mis padres conversaron con ella. Estaba preocupada porque no salía su hija de la pollería, pero tenía mucho miedo de entrar. Mi mamá le contó cómo nos conocimos y le preguntó por Míriam. La señora había sido abandonada por el papá de su hija, quien venía de vez en cuando y les amenazaba con pegarles sino le daban el poco dinero que tenían. Mi mamá le dio su número telefónico y le dijo que le iba contactar con un amigo que trabajaba en el Colegio de Abogados, que era especialista en Derecho de Familia, para que la orientara a fin de que un juez dispusiera medidas de protección a favor de ellas.

No me di cuenta y ya la tarde se había evaporado. Me sentía contenta por haber estado con mi familia y haber compartido con una niña que aprendí a respetar y apreciar. La observaba y me preguntaba cómo era posible que siendo menor que yo tuviera ya tantas responsabilidades y penas sobre sus espaldas. No obstante, era una niña muy alegre y tenía una sonrisa tan grande que llenaba su cara. Me dijo que quería ser mujer policía para defender a su mamá y a otras niñas como ella. «¡Seguro que lo va a lograr!».

Al mismo tiempo como pasaba la tarde me empecé a alegrar y apenar: a las 7 de la noche debía encontrarme en el cuarto piso del Centro Comercial con mi papá. Íbamos a ir al cine a ver *Infinity War*. Él es fanático del hombre araña y yo de *Thor*, así que era la película perfecta. Luego del cine iríamos ambos a ver a mi abuelita y a mi tía Nelly, y ya mañana volveríamos a encontrarnos para pasar el Día del Padre juntos.

Me despedí de mi mamá y mis hermanas y a José lo abracé fuerte y le dije: «me da pena no estar con ustedes hoy, pero quiero que sepas que te quiero mucho». José me respondió: «¡te vamos a extrañar, pero estamos contentos porque tú también vas a estar contenta con tu papá. ¡Ya sabes que te esperamos para cenar juntos y seguir celebrando!». Me despedí dándoles un besito a todos.

Me fui hacia las escaleras eléctricas, subí dos pisos y cuando al final de la escalera vi a mi gordito calvito con los brazos abiertos esperándome, lo abracé y pensé: «qué lindo va a ser estar juntos». Llevaba mis calcetines y gorra de regalo, pero además tenía un regalito sorpresa que sabía que a mi papá le iba a encantar. Le había preparado una tarjeta especial, muy para él, futbolero, llena de balones blanquinegros, un *Arriba Perú* con letras rojas y un *Feliz Día Papá* de muchos colores; y adentro le pegue un corazón enorme, muy enorme, en el que le escribí *¡Papi te quiero muchísimo!*

En fin, ¡que fue un gran día en el centro comercial!

Guía didáctica

Temas tratados: Derecho del niño a ser protegido contra toda forma de perjuicio o abuso físico o mental, descuido, trato negligente, malos tratos o explotación. Derechos vinculados: vida, supervivencia, participación y desarrollo. Lucha contra la violencia en la familia, escuela y comunidad.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 2, 6 y 19.

Actividades:

Te proponemos algunas actividades a realizar después de la lectura del cuento. Puedes realizarlas en el orden que tú decidas, elegir algunas o todas y sería muy importante, si lo consideras, proponer y realizar otras. Voy a apreciar mucho tu opinión sobre el cuento, por lo que te doy mi correo electrónico (ccabello@pucep.pe) para que me escribas y compartas tus comentarios sobre la historia que hemos preparado especialmente para ti.

1. **Juego de roles y debate:** en casa o en el colegio reúnete con tu familia o compañeros/as, e indistintamente elijan una pequeña historia del cuento y escenifíquela. Acto seguido comenten las diversas situaciones expuestas y emitan su opinión al respecto.
2. **Elabora un dibujo y redacta tu propio cuento:** luego de leer el cuento y comentarlo dibuja una escena que te haya motivado de esta narración, y elabora un pequeña historia a partir de tu dibujo.
3. **Escucha una noticia y relaciónala con el cuento:** comparte con tu familia y compañeros alguna noticia que haya ocurrido en tu ciudad, país o en el mundo, que se vincule con alguno de los temas tratados en el cuento y coméntenla, distingue sus diferencias y similitudes.
4. **Cine Fórum:** reúnete con tu familia o tus amigos y elijan una película vinculada al derecho de los niños a no ser maltratados y ser respetados en su dignidad y desarrollo. Te ponemos algunos films interesantes, coordínalo antes con tus padres o profesores que pueden darte también otras sugerencias. Luego de ver el film identifiquen las situaciones atentatorias de los derechos de los niños y cómo han sido abordadas por los diversos personajes y qué propuestas plantearían ustedes.

Apoyo audiovisual:

Balthazar, Nic (Dir.) (2007). *Ben X*. Bélgica, 93 mins.

Corcuera, Javier (Dir.) (2004). *Hijas de Belén*. España, 26 mins.

Daldry, Stephen (Dir.) (2000). *Billy Elliot*. Reino Unido, 111 mins.

Espinoza, Fernando y Legaspi, Alejandro (Dir.) (1988). *Juliana*. Perú, 94 mins.

Apoyo literario:

Carranza, Maite (2010). *Palabras envenenadas*. Barcelona: Edebé.

Ibarrola, Begoña (2008). *El club de los valientes*. Madrid: Ediciones SM.

Romigüère, Cécile (2011). *La niña silencio*. Buenos Aires: Edelvives.



Piel de durazno

Texto de Claudia Sanabria Moudelle,

Encargada de promoción de los derechos del niño y de la niña del Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social, Paraguay.

Ilustración de Maria Casanovas Boada,

Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.

Diana era una mujer joven que había encontrado el amor de su vida lejos de su tierra guaraní, lugar donde había crecido feliz junto a su familia. Isaac, que así se llamaba el joven de ojos verdes, tez blanca y rostro parecido a Peter Pan que había encandilado a la bella Diana con su inteligencia, simpatía y habilidad para volar, sonreía apacible consciente de su dicha. Diana provenía de un país caluroso, tropical, sencillo, con gente amable y él surcaba los cielos de medio mundo cada verano para ir a visitarla.

Cuando estaban juntos, las horas no pasaban y aprovechaban para escapar de todo y sobrevolar la ciudad. Él la agarraba de la mano, repetía un par de palabras mágicas y así pasaban horas disfrutando de aquel hechizo... Cuentan que una noche de esas, incluso, se posaron sobre uno de los edificios más altos de Asunción y al ritmo de una lejana canción bailaron hasta el amanecer.

Pasaron los años y la pareja decidió instalarse en el país de las Talcas, una pequeña porción de tierra situada a los pies de una inmensa montaña. Isaac tampoco era de allí. Había viajado desde muy lejos para dar rienda suelta a su verdadera pasión: enseñar a volar a los y las más jóvenes. Ambos vivían lejos de sus respectivos hogares, pero lo hacían juntos. Diana aprendió la lengua de Isaac, una extraña combinación de sonidos que pronunciados de forma convincente poseían el extraño poder de provocar sonrisas. Isaac, por su parte, hizo lo propio con el idioma de su amada, pero no tan hábil con las lenguas, inventaba letra sí y letra también, generando las carcajadas de quien tuviera oídos para escucharlo.

Tras un tiempo en el país de las Talcas, una mañana fría y con niebla, como muchas otras en esa ciudad, Diana sintió que no estaba sola... Sintió algo que venía de sus adentros: una fuerza, una luz que no se veía por fuera, pero que la iluminaba toda, sentía una nueva energía, una grata compañía, algo presente que se hacía sentir.

Pasaron los días y decidió comentarlo. Estaba preocupada por lo que pudiera pasar. Era nueva allí y todavía no tenía muchas amigas con quien hablar, no conocía mucho y tampoco contaba con el seguro de salud. Así que salió decidida a encontrar respuestas.

Preguntó a sus conocidas del mercado donde estaba el centro de salud más cercano. Una de las amables señoras que siempre le vendían el pescado, le dijo: «no te preocupes, yo te acompaño». Entraron al lugar. El piso era tan blanco que su resplandor cegaba un poco... Estaba algo asustada: al final era extraña, de otro país, no sabía que le iban a decir.

Para su alegría, la recibieron de manera abierta y se mostraron atentos a su situación. La atendió el Dr. Bueno, que se interesó por su historia, sus antecedentes, su procedencia, su cultura, su bienestar y sus deseos. Al finalizar la consulta la tranquilizó diciendo «no veo nada que no sea normal, aunque te haré unos estudios para confirmar mi sospecha...». Unos minutos más tarde, le contó con júbilo que estaba esperando un niño.

Ese momento quedó en una fotografía para Diana que se levantó de un impulso y abrazo al Dr. Bueno agradeciendo su amabilidad. «No hay tiempo que perder» dijo y corrió a la escuela de vuelo para dar la noticia a su Peter Pan. «¿Y el Profesor Isaac...!?» iba gritando por aquel interminable pasillo de piedras y cemento. «¡En el despacho 201!», le gritó Calu, la asistente de limpieza. Entró al despacho y le anunció: «¡vamos a tener un niño!»

Paró el tiempo y se abrazaron por horas... Toda la esperanza, todo el amor, toda la alegría estaban en un solo lugar, no cabía nada más.

En ese preciso instante, en medio de tanta emoción, un poco a oscuras y estrecho la verdad, pues allá abajo no había mucha luz y el espacio era algo reducido –más aún en medio del efusivo abrazo entre Diana y su amado– yacía un pequeño ser mitad guaraní mitad catalán. «¡Qué estarán haciendo ahí fuera!» se preguntaba, mientras extendía sus pequeños brazos hasta topar con un límite inquebrantable. «¿Dónde estoy? Bueno al menos sé nadar, aunque no recuerdo haber tomado un curso alguno».

Petit Nil, como así le llamaban, aún en la pancita de su Diana, empezaba a tomar conciencia de sí. Ahora podía reconocer las voces que venían desde afuera y quería saber más. Estaba ansioso por entender mejor todo: ¿por qué papa le contaba tantos cuentos? ¿Cómo hizo para inventar aquella canción de cuna que repetía cada noche? ¿Y por qué mamá se acariciaba su pancita con tanto cariño...? Era tan agradable... Pero el quería saber por qué... ¿Quiénes eran todas esas personas que llamaban por *WhatsApp* y le decían «te estamos esperando»? «Pero si ya estoy aquí» decía. «No lo entiendo... ¿Acaso no pueden verme?».

De repente, una mañana, una suave caricia paso rozando su piel... O al menos eso sentía. Esperó la siguiente. Luego de un rato... otra más. Una dulce voz le dijo: «hijo te amo mucho, ya quiero conocerte... Papá está trabajando en la universidad, pero cuando venga te va leer los cuentos que tanto te gustan y te va a cantar tu canción favorita... A ver cuantas pataditas nos das hoy».

Petit Nil estaba feliz. Todo eso que escuchaba le gustaba mucho y sentía como cosquillitas en todo el cuerpo. También estaba ansioso, así que se prometió elegir algunas actividades para desarrollar cada día mientras esperaba salir de aquel lugar en donde se estaba tan bien y calentito. «Voy a probar» dijo. Primero notó que podía dar unos giros seguidos. «¡Qué habilidoso soy!», reflexionó. Después encontró algo parecido a una cuerda. «¡Qué interesante, con esto voy a saltar!» Y así agarrado de ella, iba de arriba abajo, en un impulso tras otro. «¡Esto es lo más!», se decía. Cada día Diana, su madre, e Isaac, su padre, le cantaban, le contaban cuentos, caminaban mientras le relataban el paseo, hablaban con él y le ponían a tomar el sol –aunque él no podía todavía verlo, pero

sí sentirlo-. Estaban encantados con su venida. Así pasó la primavera, luego el verano, hasta que al fin una mañana de otoño, Diana sintió unas presiones en la pancita: el momento había llegado.

«¡Isaac, es hora de ir al hospital!», le dijo.

Petit Nil, al escucharlo, pensó «de esto me hablaron bastante ya... Estoy preparado, me pongo cabeza abajo y ahí voy... Es algo nuevo para mí, pero al fin voy a probar el lanzamiento boca abajo. Es lo único que me faltaba en mi agitada rutina».

Al llegar al hospital, llevaron a Diana directamente a una sala muy acogedora e iluminada, todo estaba listo... Esa mañana verían a Petit Nil *piel de durazno*. El calificativo quedó agregado a su nombre, después del control del cuarto mes de embarazo, cuando el Dr. Bueno le dijo a Diana, «este mes tu bebé tiene en toda la piel una pelusa muy fina, similar a la piel del durazno».

Isaac se puso una bata y empezó a grabar con el móvil. «¿¡Cómo va esto!?» -le preguntó al Dr. Bueno- «¡De la emoción no sé ni cómo encenderlo...!» Mientras los *whatsapps* llegaban de todo el mundo sin parar: ¿Cómo vamos? ¿Ya llegó? ¿Cuánto pesa? Pasaron unos minutos y... ¡sí! Allí estaba *el Petit*... El doctor lo agarró y dijo: «Diana, Isaac, abran sus ojos, *el Petit* ya les está mirando».

Acto seguido, Petit Nil subió a los brazos de su mamá y tomó un poco de leche. Al final, con tanto ajetreo le había entrado hambre... y además quería probar un poco de aquel brebaje del que tanto hablaban en todas las consultas: que si previene infecciones... que si fortalece el apego... que si ayuda al desarrollo cognitivo... que si asegura el crecimiento saludable... «¡Todo eso quiero yo!», pensaba Petit Nil mientras mamaba sin parar.

Unos minutos después los llevaron a una habitación para controlar que todo estuviera bien antes de ir a casa. Allí llegó una enfermera, llamada Ana y dijo: «¡Qué niño más rozagante y saludable! Se nota que estuvo bien cuidado en la pancita afirmo... Diana e Isaac, les voy a contar algunas pautas que serán necesarias para estos primeros meses con su pequeño».

»Recuerden que deben tenerlo libre, sus bracitos y piernitas deben moverse para tener buena motricidad. Hablen con él todo el día, como cuando estaba en la guatita... Es importante la lactancia a libre demanda... Y no olviden ir al Registro Civil: la identidad es uno de los derechos facilitadores para el acceso a los servicios que tenemos aquí.

Los nuevos papis agradecieron sus recomendaciones y se quedaron felices y orgullosos con su pequeño. Ni bien le dieron el alta, emprendieron el viaje a casa, esta vez volando, como no podía ser de otra manera, a su país de Nunca Jamás...

Guía didáctica

Temas tratados: Derecho a la salud, participación, desarrollo integral.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 3, 4, 12 y 13.

Actividad:

1. *¿Qué viene, qué viene?*

- El o la docente divide a los y las estudiantes en grupos de cuatro personas y les propone analizar los siguientes puntos: a) ¿Qué estimula el desarrollo infantil desde el vientre materno?; b) ¿Qué beneficios podría tener la participación y presencia del padre en la vida del niño?; y c) ¿Cómo puede ser tomado en cuenta el niño desde el primer momento?
- A continuación, los grupos plantean sus conclusiones en un texto colectivo que presentan ante los demás estudiantes.

Apoyo audiovisual:

Materiales didácticos y audiovisuales del programa *Crece Contigo* del Ministerio de Desarrollo Social del Gobierno de Chile:

- *Apoyo a la gestación y nacimiento:* <http://www.crececontigo.gob.cl/material-de-apoyo/gestacion-y-nacimiento/>
- *Ser mamá y papá:* <http://www.crececontigo.gob.cl/tema/ser-mama-papa-y-familia/>
- *Corresponsabilidad en la crianza:* <http://www.crececontigo.gob.cl/video/paternidad-activa-y-corresponsabilidad-en-la-crianza/>



Más allá de los límites

Texto de Aina Barca,

Trabajadora social, Fundadora de la ONG Familia de Hetauda, España, y Hetaudeli Paiwar, Nepal; Fundadora de la Escuela de Educación Especial Asha School, Nepal.

Ilustración de Andrea Martínez Arroyo,

Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.

Seema es una joven nepalí de veintitrés años que vive en Barcelona con sus padres y su hermano pequeño. Marchó de su país, Nepal, cuando tenía sólo trece años. A pesar del tiempo que ha pasado desde que emigró con su familia, aún no ha podido olvidar el día que se despidió, entre lágrimas, de sus primos, tíos y amigos en busca –como decía su padre– de una vida mejor. En aquel momento ella no entendía el significado de «una vida mejor», pero con el paso de los años ha sido plenamente consciente de lo que querían decir aquellas palabras. En Barcelona ha podido crecer rodeada de unas facilidades que su país no le brindaba.

Hace pocos meses, Seema ha terminado la carrera de Magisterio y ha empezado a trabajar en una escuela de educación especial para niños y niñas con diversidad funcional intelectual. Está muy contenta con su trabajo. Pero aún está más contenta de saber que este verano, después de diez años, viajará por primera vez con su familia a Nepal. Aunque Seema suele participar en las diversas actividades que organiza la comunidad nepalí de Barcelona, porque quiere seguir manteniendo el contacto con su cultura, echa mucho de menos Nepal y su gente. Pero, por suerte, ahora ya queda muy poco para que llegue el verano.

El día que aterrizaron en Nepal, Seema estaba muy ilusionada y no podía dejar de sonreír. Desde el aeropuerto de Katmandú, la capital del país, hasta Kanda, su pueblo natal, hay un largo camino. Seema y su familia tuvieron que viajar primero en un autobús y después en un *jeep*, y realizar un recorrido de veinticinco horas por una carretera de montaña. Seema ya no estaba acostumbrada a aquellas carreteras y durante el viaje se mareó mucho. Pero, a pesar de todo, ella no dejaba de sonreír. Tenía muchas ganas de reencontrarse con todos sus familiares y amigos pero, sobre todo, ansiaba volver a ver a Indira, su mejor amiga. Desde que se había marchado de Nepal había seguido manteniendo contacto telefónico con ella de vez en cuando. Sabía que, a los dieciocho años, había contraído un matrimonio concertado y que, poco después, había tenido un hijo. También sabía que Indira vivía con la familia de su marido y que éste había encontrado

un empleo en Arabia Saudí poco después de que ella se quedara embarazada. Indira trabajaba ayudando a sus suegros a cultivar la tierra y a cuidar del ganado.

Lo primero que hizo Seema tan pronto como se instaló en Kanda fue visitar a su amiga. Al llegar a la casa fue recibida por el suegro de la chica, quien le informó que Indira había salido a comprar hacía un rato y la invitó a tomar una taza de té nepalí mientras la esperaba.

«¿Cómo son los países extranjeros? ¿Qué has hecho allí durante tantos años? ¿Tienes un buen trabajo? ¿Te has casado?» le preguntaba el hombre a Seema.

Seema iba respondiendo a todas las preguntas sin prestar demasiada atención. En la entrada de la casa había visto una jaula dentro de la cual había un niño encerrado, y no podía apartar la mirada de allí.

«¿Cómo se llama este niño?», preguntó Seema.

«Se llama Kujo», respondió el suegro de Indira.

«¿Cómo?», inquirió nuevamente Seema, muy sorprendida por lo que acababa de escuchar. Y es que la palabra *kujo* en nepalí significa «discapacitado».

«Se llama Kujo y es el hijo de Indira», repitió aquel hombre, con total normalidad. Seema calló y no dijo nada más. Sabía que en Nepal es muy habitual llamar a los niños con diversidad funcional con el tipo de discapacidad que tienen, en vez de ponerles un nombre propio. Así, por ejemplo, un niño con sordera podía llamarse *Sordo*, un niño con ceguera podía recibir el nombre de *Ciego*, y a un niño con discapacidad intelectual, como el hijo de Indira, podían decidir ponerle *Discapacitado*, o incluso *Loco*, como nombre de pila.

Cuando Indira llegó a casa, encontró a Seema tomando té en el patio. ¡Qué gran sorpresa! No podía creer que, después de tantos años, Seema, su gran amiga de la infancia, hubiera vuelto. La abrazó efusivamente y la invitó a entrar en su habitación. También sacó a aquel niño llamado *Kujo* de la jaula para llevarlo con ella. Los tres se sentaron en la cama.

«Estás muy guapa. Se te ha emblanquecido la piel desde que te fuiste», dijo Indira para romper el hielo.

Seema sonrió tímidamente.

«Cuéntame todo. ¿Cómo es Europa? ¿Qué estás haciendo allí? Quiero saberlo todo, Seema», rogó Indira a su amiga, muy emocionada aún por el reencuentro.

«Pues... vivo en España. Hace poco que he finalizado mis estudios en la Universidad y he empezado a trabajar en una escuela de educación especial con niños como tu hijo. Me gusta la profesión que tengo y la verdad es que no puedo quejarme de nada. ¿Y tú, Indira? Cuéntame, ¿cómo han sido estos años?», dijo Seema.

Indira se puso a llorar desconsoladamente.

«No nos quieren, Seema. No nos quieren aquí », balbuceaba Indira entre sollozos. Sin embargo, Seema no acababa de entender lo que quería decir su amiga.

«¿Quién no os quiere?», pidió Seema.

«No nos quiere nadie. Ya sabes cómo es la gente aquí. Piensan que es culpa mía que el niño tenga discapacidad. Y la comunidad habla mal de nosotros; también lo hacen mis suegros.», explicó Indira a su amiga.

«Y tu marido, Indira, ¿qué dice sobre lo que te sucede?», preguntó Seema.

«¿Mi marido? Mi marido hace cinco años que está trabajando en Arabia Saudí. No me habla. No se preocupa de nosotros, Seema.»

«¿Y el gobierno? ¿No podrías obtener algún tipo de ayuda?», se aventuró a preguntar Seema, muy triste de ver a su amiga en aquella situación.

«¿El gobierno, Seema? ¿Qué gobierno? Hace años que no tenemos un gobierno estable. ¿No lo recuerdas?», respondió Indira.

Seema conocía perfectamente la inestable situación política de Nepal. Un año antes de su nacimiento había estallado una guerra civil que duró diez años. Ella, igual que Indira, también había vivido la guerra. Desde que finalizó aquella contienda nunca fue posible mantener un gobierno estable y, cada pocos meses, se convocaban nuevas elecciones. Pero, a pesar de todo, Seema necesitaba creer que habría alguien que pudiera ayudar a su amiga.

«Supongo que ya has visto la jaula», continuó explicando Indira. «La construí yo misma. Antes, cuando iba a trabajar al campo ataba a mi hijo. Ahora, al menos, dentro de la jaula puede moverse un poco. No me gusta dejarlo en la jaula, pero, ¿qué otra cosa puedo hacer, Seema? Si no lo pongo allí dentro, el niño se lo lleva todo a la boca y es muy peligroso.»

«¿No hay ninguna escuela en la zona donde puedas dejar al niño mientras trabajas?», preguntó Seema.

«En todo el distrito de Rukum no hay ninguna escuela de educación especial como la escuela donde tú trabajas en Barcelona. Ya he intentado matricular a mi hijo en muchas escuelas ordinarias, pero no lo aceptan porque no puede controlar sus esfínteres y nadie quiere responsabilizarse de su limpieza. Hace un año conseguí matricularle en una escuela, pero la maestra le pegó porque el niño se hizo sus necesidades encima», explicaba desconsolada Indira.

Seema abrazó a su amiga durante un largo rato. Tenía muchas ganas de ayudarla pero no sabía cómo. ¿Qué podía hacer por ese niño?, se preguntaba a sí misma.

Aquella noche Seema no pudo dormir. No podía dejar de pensar en *Kujo*. También recordaba a Marta, a José, a Óscar, a Judith y a todos los demás niños y niñas con diversidad funcional con los que trabajaba en Barcelona. Ellos eran iguales que el hijo de Indira, pero su vida era muy diferente. En primer lugar, todos tenían un nombre propio. También tenían una escuela adaptada a sus necesidades donde adquirían diversos aprendizajes como matemáticas, lengua y ciencias, y realizaban actividades culturales y recreativas. Todo esto les permitía ser más independientes. Además, el gobierno ayudaba a las familias de estos niños y garantizaba sus derechos. En cambio, *Kujo* no tenía nombre, no tenía escuela y no contaba con el apoyo del gobierno. Su madre le quería mucho, pero no podía reclamar ninguna ayuda porque desconocía derechos de los niños con discapacidad. *Kujo* se pasaba todo el día encerrado en una jaula y aquello no era vida, pensaba Seema.

A la mañana siguiente, Seema volvió a visitar a Indira.

«He estado pensando en tu hijo durante toda la noche y creo que tenemos que hacer algo por él. Merece tener una vida mejor», le dijo Seema a Indira.

Indira, muy sorprendida por las palabras de Seema, preguntó: «¿Qué quieres que hagamos?»

«En primer lugar, tenemos que darle un nombre de verdad a tu hijo. No me gusta

Kujo. Si te parece bien, podría llamarse *Asim*, que significa “sin límites”. ¿Te gusta este nombre?», interrogó Seema a su amiga.

«Sí. Me gusta mucho», respondió Indira con una gran sonrisa.

«Y en segundo lugar, me gustaría que el significado que tiene el nombre *Asim*, fuera una realidad para tu hijo. Ya sé que es difícil y que en Rukum no hay ninguna escuela de educación especial. También sé que no cuentas con el apoyo de tu familia, ni de la comunidad ni del gobierno. Pero creo que tú y yo juntas podríamos conseguir que tu hijo *Asim* viviera sin límites», concluyó Seema.

Las dos amigas se fundieron en un fuerte abrazo. Estaban convencidas que, si se lo proponían, llegarían a conseguir que *Asim* pudiera crecer más allá de los límites que le marcaba su entorno y alcanzara a vivir una vida plenamente feliz.

El reto no era fácil y el camino que las dos amigas emprendieron para lograrlo ya es toda otra historia.

Guía didáctica

Temas tratados: el derecho a la supervivencia y al desarrollo, la diversidad funcional, la exclusión social, la vulnerabilidad de los derechos, el desconocimiento de los derechos, las diferencias entre los países del Norte y del Sur, la amistad.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 5, 6, 7, 23, 27, 28, 29 y 42.

Actividades:

1. *Ponte en mi piel*

- Cada estudiante adquirirá un rol que simboliza los diferentes tipos de diversidad funcional. El profesor o la profesora atará las manos y los pies, tatará los ojos con una venda o tatará la boca de los y las estudiantes.
- Una vez estén todos preparados, el o la docente les indicará distintas tareas a realizar: ir hacia el patio de la escuela y volver a clase; explicar a un compañero o compañera donde viven; sacar todas las cosas de la mochila y volverlas a poner; llenar un vaso de agua y bebérselo; escribir su nombre en un papel... Para lograr realizar estas actividades los y las estudiantes pueden ayudarse entre ellos.
- Al finalizar la actividad se realizará un debate donde los y las estudiantes expondrán cómo se han sentido al realizar las diferentes actividades.
- Los objetivos a alcanzar con esta actividad son: a) experimentar las limitaciones de las personas con diversidad funcional a la hora de realizar acciones de la vida cotidiana; b) reflexionar sobre qué soluciones pueden adoptar las personas con diversidad funcional para conseguir realizar estas actividades y cómo puede ayudar su entorno; y c) reflexionar sobre los conceptos de diversidad, inclusión social, igualdad de oportunidades y compañerismo.

2. *El final de la historia*

- Los y las estudiantes se juntarán en pequeños grupos y pensarán qué podrían hacer Indira y Seema para conseguir que los derechos de Asim no se vieran vulnerados.
- A continuación, expondrán delante de toda la clase lo que consideran más conveniente y se realizará un debate conjunto con todos los grupos.
- Los objetivos a alcanzar con esta actividad son: a) desarrollar la capacidad de reflexión, análisis y toma de decisiones; y b) reflexionar sobre las desigualdades existentes entre el Norte y el Sur y la importancia del cumplimiento de los derechos básicos.

Apoyo audiovisual:

Pastor, Álvaro y Naharro, Antonio (Dirs.) (2009). *Yo también*. España, 105 mins.

Fesser, Javier (Dir.) (2018). *Campeones*. España, 124 mins.

Rebollar, Raisa (Dir.) (2014). *Olvidados de los Dioses*. España, 30 mins. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=YYAYaqdY7_U

Apoyo literario:

Durán, Cristina y Giner Bou, Miguel Ángel (2011). *Una posibilidad entre mil*. Madrid: Ediciones Sins Entido.

Sierra i Fabra, Jordi (2002). *El niño que vivía en las estrellas*. Madrid: Alfaguara.



Lucky, un perro muy especial

Texto de Patricia Tatiana Ordeñana Sierra,

Jueza de la Corte Constitucional de la República, Ecuador.

Ilustración de Sara Marín Arànega,

Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.

Victoria tenía unos zapatos rosas con estrellitas en sus puntas. Los usaba todo el tiempo, eran sus preferidos... y es que fueron un regalo de su madrina Carmen por su cumpleaños número seis. Cierta día, su madre reprochó lo viejos y sucios que estaban sus zapatos, y ordenó que los botase y pidiese a los reyes magos unos nuevos.

«Victoria», exclamó la madre, «dámelos que los tiro a la basura». A la madre de Victoria le disgustaban las cosas desgastadas y con agujeros. Siempre tenía la casa limpia, reluciente y con olor a pino. Se despertaba muy temprano todos los días a barrer y preparar los alimentos para su familia. Su obsesión por la limpieza y el orden hizo que rechazara la idea de mascotas en el hogar.

«Perros en esta casa, ¡jamás!», exclamaba enérgicamente. «Los perros ensucian, rompen todo y traen pestes». En casa de Victoria no había perros, únicamente una tortuga. Y no es que Victoria no le tuviera cariño a la tortuga Pancha. Pero la tortuga Pancha era medio aburrida, y se la pasaba durmiendo en su caja. Lo que Victoria realmente quería era un perro al que le enseñaría hacer piruetas y muchas cosas admirables, que le lamiera la mano y esperara cuando ella volviera de la escuela. Un perro que le saltara encima para robarle sus galletitas. Por eso Victoria pidió un perro a los Reyes Magos de Oriente. Y los Reyes se lo iban a traer, porque siempre le traían lo que pedía. «¿Y su mamá? ¿Qué diría su mamá del perro?», se preguntó Victoria y el corazón le hizo tic-tac, tic-tac, tic-tac.

A Victoria no le gustaba ayudar a su madre en la limpieza, especialmente odiaba sacar la basura. Pero hoy tenía que portarse muy bien porque era un día súper especial: era la noche de Reyes. Así que agarró la bolsa de basura, con sus zapatos rosas y, sin protestar, atravesó el pasillo y la dejó en la vereda, al lado del arbolito.

A la mañana siguiente, Victoria se despertó temprano y emocionada fue a ver los regalos de Reyes y allí estaban sus zapatos rosa brillantes y, junto a estos estaba un perro –pero de juguete–.

«¿Viste, hija?», dijo la mamá, «¡un perro, como tú querías! Mira, si le prendes el botón

rojo, mueve la cola y las orejas. ¿Estás contenta?», inquirió nuevamente la madre con cara de sorpresa.

Victoria le contestó: «¡No! Los Reyes se equivocaron. Yo quería un perro de verdad», prosiguió la niña un tanto contrariada.

Para remediar tan tremendo disgusto, la mamá de Victoria le dio unas monedas para que se comprara un helado. Victoria salió a por su helado y en su mente pensaba que los Reyes Magos nunca se equivocaban. Y de pronto regresó a ver al árbol. Y allí estaba, con un zapato entre los dientes y el otro entre sus patas. Era un perrito.

El perrito miró a Victoria y, sin soltar el zapato, movió rápidamente su cola. Entonces Victoria lo agarró en brazos y corrió a su casa gritando: «¡Mamaaaaá! ¡Mamaaaaá! ¡Los Reyes me pusieron un perro de verdad en los zapatos!». La madre salió al pasillo y lo único que dijo fue: «¡Ay, mi Dios querido!», y después de un rato de mirar a la hija y al perrito, agregó: «este perrito necesita un baño urgente».

Victoria era muy feliz cuidando de su perrito, al que llamó Lucky. Fueron muy unidos. Victoria dedicaba su tiempo libre a enseñar a Lucky trucos y habilidades que eran muy raros en los perros, ya que se dio cuenta que su compañero era muy inteligente. Una tarde después de hacer los deberes del colegio llevó de paseo a Lucky y le presentó a las mascotas de sus amigos del barrio. Le presentó al señor gato, que se llamaba Misi-fú, al gallo de la señora de enfrente al que le llamaban Kiriki y también al pájaro de Don Pedro, el tendero, al quien habían puesto de nombre Piolín.

Un día la mamá de Victoria, mientras pasaba la escoba por el salón, escuchó y empezó a espiar en la habitación de la niña.

«¿No tendrás un pájaro Victoria?», preguntó su mamá preocupada. «Sabes bien que tu padre es alérgico a las plumas».

«No mamá», respondió Victoria, «es Lucky. El perrito hizo pío-pío».

«¡Dios mío!», exclamó la madre de la niña. «Este perro no es normal, ¡está loco!»

«No mamá, es que...» Pero la madre no dejó terminar la frase a la niña, dio media vuelta y salió del cuarto de Victoria llevándose las manos a la cabeza.

Otro día el padre de Victoria estaba leyendo el periódico en su sillón preferido y oyó maullar: *Miau, miau, miau...* El papá preguntó a Victoria: «¿no tendrás un gato en la habitación? Sabes que mamá y tu hermana son alérgicas a ellos».

«No papá», respondió Victoria, «es Lucky». Y el perrito maulló de nuevo.

El padre muy sorprendido dijo: «¡Dios mío este perrito está enfermo! ¡No puede ser!»

«No papá, es que es...» Su padre no dejó terminar la frase a la pequeña y salió de la habitación murmurando: «Esto no puede ser cierto. Un perro no puede decir *miau*, los perros dicen *guau*».

A pesar que Victoria se sentía un poco desilusionada porque sus padres jamás terminaban de escuchar su explicación, continuó entrenando a su cachorro en esta habilidad tan especial que había adquirido. Una mañana muy temprano los padres de Victoria se despertaron asustados al oír a un gallo cantar. Corrieron a la habitación de la niña. Y sobre el velador estaba Lucky dando los buenos días con su *kikiriki*.

«Esto no puede continuar así: tendremos que llevarlo al veterinario. Este perro está loco», dijo el padre de manera tajante a Victoria.

Y así fue como padres, niña y perro fueron a visitar al veterinario. Al verlos con cara de preocupación, el doctor preguntó: «¿Qué está pasando aquí?». Los padres contaron al veterinario el extraño comportamiento de Lucky en los últimos días. Éste se dirigió al perro y le preguntó:

«Dicen que puedes hacer miau». Y el perrito hizo *miau*.

«Y piar, ¿sabes piar?». Y el perro pió.

El veterinario estaba desconcertado. No podía creer lo que escuchaba, así que llamó a la niña. «Victoria, ¿por qué crees que tu perro es tan raro? ¿Qué le puede pasar?»

«Nada», dijo la niña, «no le pasa nada».

«¿Nada?», preguntaron padres y veterinario en coro.

«¡Nada! Lucky no es raro, es un perro muy listo porque sabe muchos idiomas que yo le he enseñado: el idioma gatuno, el idioma de los pájaros y también el de las ovejas. Porque también sabe decir...» En ese mismo instante Lucky se expresó con un fuerte *beeeeee, beeeeee, beeeeee*.

Todos rieron al escuchar al perrito comportándose como una verdadera oveja.

«Pues sí que es inteligente tu perrito, Victoria» dijo el veterinario.

«Guau, guau, guau, guau», contestó Lucky.

Y de pronto Victoria dijo: «Eso es lo que he querido decirles, que mi perrito es el más especial de todos los perros del barrio».

El veterinario les sacó una foto a todos, incluido Lucky. Quería tener un recuerdo de aquel día, ya que jamás había conocido un perro como él.

Los padres de Victoria comprendieron lo importante que era escuchar a su hija. Entendieron que desde el inicio el deseo de la niña por tener un perrito era muy grande y que no escuchar su petición de regalo de reyes fue un error, pues había demostrado ser responsable en el cuidado de su mascota, al punto que desarrolló lazos sentimentales que implicaron un afecto especial entre Victoria y Lucky. Ella le abrió su corazón y enseñó a expresarse de otras formas, su perro la escuchaba y aprendían juntos.

Los padres aprendieron a escuchar a Victoria, sus explicaciones del porqué de las cosas y sus deseos. También entendieron que no se deben asumir propios criterios y sacar conclusiones precipitadas, ya que todos los miembros de la familia tienen el derecho de opinar y ser escuchados: la comunicación fortalece la relación familiar permitiendo estrechar vínculos con las personas, para dar o recibir información, expresar o comprender lo que pensamos, transmitir nuestros sentimientos, comunicar pensamientos, ideas, experiencias o información con el otro, y para unirnos a través del afecto y empatía.

Guía didáctica

Temas tratados: derecho de los niños y las niñas a ser escuchados.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 5, 12, 13.

Actividades:

1. *¿Qué quieres decirme?*

- Los y las estudiantes se dividirán en varios grupos. Cada grupo se responsabilizará de elaborar un plan de acción, coordinado por su profesor o profesora, para preguntar a los alumnos y alumnas más pequeños de su establecimiento educativo cómo les gustaría que fuera su escuela: qué les gusta, qué mejorarían, cómo es la escuela de sus sueños...
- Una vez tengan el plan de acción elaborado lo pondrán en práctica y, de una forma «amigable» con los más pequeños y pequeñas, tratarán de conseguir la información estipulada. Por ejemplo, pueden ayudar a los niños y niñas a dibujar la escuela de sus sueños o, incluso, pueden construirla con cartulinas y papeles. La idea es conseguir que los más pequeños se sientan escuchados y valorados y, al mismo tiempo, instruir a nuestros y nuestras estudiantes en la importancia de adaptar las preguntas y las metodologías de trabajo a las personas a quienes se dirige. La actividad finalizará con una puesta en común de la experiencia por parte de los diferentes grupos de trabajo.

2. *Aprendices y aprendizas de periodistas*

- Los alumnos y las alumnas formarán grupos de cuatro o cinco miembros. Cada uno de los grupos deberá actuar como si se tratara de la redacción de un periódico. En primer lugar, deberán elegir un tema a tratar que tenga incidencia y relevancia en su escuela y sobre el que puedan emitir una opinión. Por ejemplo: qué piensan de las últimas reformas arquitectónicas que se han realizado en el establecimiento; o qué opinan del uso de los teléfonos móviles en el interior del centro educativo.
- Acto seguido, tratarán de recabar información al respecto, entrevistando a compañeros y compañeras, a docentes, a la dirección de la escuela... Podrán tomar también alguna fotografía para ilustrarlo.
- En tercer lugar, redactarán la noticia. Una vez terminados los artículos pueden pegarse en cartulinas u hojas grandes de papel y exponerse en el aula. Si existe la posibilidad de hacerlo, puede fotocomponerse un periódico partiendo del ejemplo de uno real.
- Por último, cada grupo expondrá el resultado de su trabajo ante sus compañeros y compañeras en el aula.

Apoyo audiovisual:

Renner, Estela (Dir.) (2016). *El comienzo de la vida*. Brasil, 120 mins.

DeVito, Danny (Dir.) (1996). *Matilda*. Estados Unidos de América, 98 mins.

Apoyo literario:

Woodson, Jacqueline (2014). *Brown girl dreaming*. New York: Penguin Random House.

Kolu, Siri (2017). *Los Bandídez*. Madrid: Nórdica Libros.

Kinney, Jeff (2008–2018). *El diario de Greg* [serie]. Barcelona: Molino–RBA.



3 4



Uivir en la sombra

*Texto de Natália Fernandes y Miguel Borges,
Miembros del Instituto de Educação da Universidade do Minho, Braga, Portugal.*

*Ilustración de Bernat Organista Roa,
Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.*

En la pantalla electrónica parpadeaba ahora el número 34. Había llegada su turno. Ayan –así se llamaba el joven– dirigió su mirada hacia el pequeño papel que tenía en la mano y confirmó que también allá estaba escrito el número 34. Todavía en la sombra se levantó dudoso, miró hacia sus padres y hacia Farik y Sonya, sus hermanos mayores, quienes por haber nacido en Siria no habían pasado aún por aquello que él pasó.

Ellos lo vieron y sonrieron orgullosamente. Ayan comenzó a recorrer el espacio entre la silla donde estaba sentado y el escritorio donde iba a ser atendido. Desconocía lo que le esperaba, pues no sabía lo que era vivir en la luz: siempre había vivido en la sombra e invisibilidad. Se dirigió a la mesa 11, por encima de la cual se agigantaba, en un neón rojo, el número 34. Y fue, en ese corto trayecto, que Ayan vio toda su vida desfilarse ante sus ojos. Dicen que, como en las películas, en situaciones límite la vida nos pasa por la mirada y eso es, precisamente, lo que le aconteció a Ayan. Fueron 19 años de vida y recuerdos que desfilaban ante sí.

Ayan había nacido en un campo de refugiados situado en una isla del Mediterráneo, lugar al que sus padres habían llegado huyendo de la guerra que azotaba su país natal. Ayan no había venido al mundo como un ser en sombra, como un ser invisible, pues todas las niñas y niños, cuando nacen, son iguales –o al menos eso dicen los mayores–. Pero desde el momento en que tuvo conciencia de sí mismo percibió que era diferente, porque le habían sido arrebatados algunos derechos con los que sí contaban otras niñas y niños.

Por ejemplo, al contrario que sus hermanos, nunca fue vacunado. Bien, esa parte hasta le agradaba, pues hundir aquella aguja enorme en su brazo debía de ser doloroso. Había muchos otros niños y niñas como él: invisibles. ¡No existían! Tal como Ayan, habían nacido en campos de refugiados o en países que no reconocían su nacionalidad. Y, como no tenían registro de nacimiento, no podían solicitar la nacionalidad o la identidad. ¡Eran apátridas! ¡Sin país, sin existencia, sin derechos!

Ayan empezó a sentirse verdaderamente invisible a los 4 años, cuando la familia se mudó a un país de acogida. En el campo de refugiados se limitaban a sobrevivir, siendo

sombras de aquello que, por derecho, deberían ser. Aún recuerda perfectamente el día que abandonaron el campo. Aquella mañana había salido a buscar agua y, cuando regresó a la tienda, la alegría era inmensa. Les había sido permitido vivir en un país europeo, donde podrían tener una vida normal: trabajar, estudiar, soñar...

Y fue en ese país, en una pequeña villa, lejos de la capital, que Ayan se transformó en una sombra y empezó a deambular por la vida. A pesar de ello, ¡todo parecía tan maravilloso! Apenas llegaron fueron alojados en una casa independiente. Ayan compartía el cuarto con Farik, pero la casa era preciosa, con una cocina-sala con televisión y dos cuartos de baño.

El traductor, el Señor Duval, se apresuró a exaltar el barrio, destacando como méritos dentro de sus cualidades el hecho de que el mismísimo Alcalde, el Señor Renaud, también vivía en ese vecindario y que, curiosamente, también tenía 3 hijos. Los padres de Ayan rápidamente encontraron empleos, de muchas horas y poco sueldo... Pero como decía su padre: «¡Tenemos que ser agradecidos a Alá, por darnos esta oportunidad! Por eso pórtense bien, sean tolerantes y hagan siempre lo mejor que puedan... ¡Tenemos que merecer esta oportunidad!»

En los días subsiguientes, los hermanos fueron a la escuela. Ayan se quedó en casa. No tenía papeles y no podía ir a la escuela, pues no existía...Y eso provocó que su sombra se fuera alargando, agigantando y poco a poco le fue robando color y vida.

Todo le estaba prohibido. Como aquella vez que contrajo varicela y no pudo tener tratamiento médico. Por eso, todavía hoy, tenía algunas marcas de la enfermedad en su rostro. En otra ocasión la Alcaldía ofreció una visita gratuita al Zoo a las niñas y niños de su edad, pero a Ayan no pudo ir pues no tenía seguro de salud.

En la villa las personas eran agradables y simpáticas. Ayan asistió a la escuela a pesar de ser una sombra, de no existir como alumno. No estaba matriculado y, por eso mismo, no tenía los mismos derechos que sus amigos tenían. No tenía apoyo para los libros ni para las actividades extracurriculares. Era un niño que se portaba bien y aprendía rápido y, sin embargo, al final del año, lo que él hacía no contaba para nada. De nuevo, ¡era invisible!

En todo lo demás, Ayan era un niño como cualquier otro. Veía televisión, jugaba y le encantaba, especialmente, ir a nadar en el río que discurría a unos 500 metros de su barrio. Debido a esa proximidad, desde que se mudaron a ese lugar el padre los había enseñado a nadar para evitar cualquier accidente. Y le encantaba el fútbol: era aficionado del club de la región y de su selección nacional, donde destacaban hijos de emigrantes. Soñaba, un día, poder formar parte de ese grupo de elegidos. Pero no tenía «papeles». Esos «papeles» que prohibían los sueños. ¡No tenía nacionalidad, no tenía identidad!

Una existencia sombría, de tristeza y angustia, tornó a Ayan en un joven taciturno. Vivía en una invisibilidad social, ¡excluido de todo!

En la familia todos vivían la angustia de Ayan. Los hermanos, que estaban estudiando, sentían una tristeza profunda por ver como a su hermano se le negaba esa oportunidad. Sonya, la mayor, trabajaba como auxiliar educativa en un jardín de infancia y Farik había obtenido un curso profesional de mecánico y trabajaba en la oficina del Señor Benoit, su futuro suegro. Ayan amaba a los animales. ¡También él habría soñado con ser veterinario si se le permitiera tener sueños!

A los 16 años consiguió encontrar un trabajo muy mal pagado. Tenía que limpiar y arrojar los desperdicios del restaurante del Señor Clement, quien le pagaba 1,5 euros por hora. ¡Era tomar el trabajo o dejarlo! A veces no recibía ni una moneda, cuando el Señor Clement argumentaba que había sido una semana mala, con pocos clientes... Pero el trabajo era el mismo. Ayan no protestaba. Tenía suerte de tener aquel trabajo. También trabajaba para el Señor Pierre en su heladería. Ayan era un buen trabajador. Trabajaba mucho y bien, si bien es cierto que ganaba poco y no disfrutaba de vacaciones, fines de semana libres o feriados laborales. Pero se conformaba, aun sabiendo que era explotado por aquellos que sabían que era un apátrida, que no tenía identidad. Como acostumbraban a decir en casa: ¡podía ser peor!

En el verano pasaba mucho tiempo en el río, su más fiel confidente. Allí podía llorar sin que nadie se diera cuenta. Si somos hijos de un mismo Dios, ¿por qué es que solamente él había sido condenado a la invisibilidad? ¿Por qué él? ¿Qué mal había hecho para merecer semejante castigo?

Quien también iba mucho al río era Juliette Renaud, la hija menor del Alcalde. Paseaba por sus orillas y ensayaba danzas graciosas con los árboles. Y fue en uno de esos días, que aconteció un encuentro fortuito y que generó la situación que lo trajo hoy a la sala donde la pantalla electrónica parpadeaba el número 34.

Un cálculo mal hecho al ensayar una de esas piruetas con un árbol a la orilla del río, Juliette se desequilibró y cayó en sus aguas. No se sabe si fue por la aflicción o si no sabía nadar, pero fue arrastrada por la corriente hacia la parte más profunda y habría perdido la vida si no fuese por el joven, apátrida e invisible, que la observaba entre los arbustos.

Ayan no dudó. Se desvistió la camisa vieja y se quitó los zapatos sin desamarrar los cordones mientras corría en dirección al río. Apenas llegó a la orilla, fijó los pies, impulsó su cuerpo y se lanzó... Nadó con la ligereza del vuelo de un ave de rapiña y rápidamente alcanzó a la joven, que luchaba desesperadamente contra la fuerza de la corriente. También él tuvo que detenerla para evitar que sus brazos, que intentaban agarrarlo, no lo alcanzaran. Primero consiguió asegurarla por el cabello, evitando que ella lo agarrara y después le pasó el brazo por debajo de la axila y de la quijada. Le colocó la boca fuera del agua, quedando con el otro brazo libre para nadar y las piernas para impulsarse.

Cuando llegó a la orilla ya se encontraban varias personas y de inmediato socorrieron a Juliette. En medio de la confusión, Ayan se había alejado y regresó a casa, a su invisibilidad de siempre. Después de tres días un vehículo fue a buscarlo a su casa. Farik y Sonya también quisieron ir. En los otros dos coches, al frente del automóvil, iban el Alcalde, Juliette, uno de sus hermanos, su madre y otros señores encorbatados.

En ese momento, se oyó una voz, que lo trajo de vuelta a la realidad.

—¿Número 34? Buenos días. ¿En qué puedo serle útil? ¡Ah! Usted es el joven valiente que apareció en todas las emisoras de televisión del país por haber salvado la vida de Juliette Renaud... ¡Vamos entonces a tratar de sus «papeles»! Supongo que tiene las tres fotografías tipo pasaporte...

Ayan no consiguió hablar. Las lágrimas le corrían por la cara como si fuesen dos fuentes en pleno invierno. Comenzó a sollozar. Era una existencia de sombras que estaba pronta a desaparecer. Se volteó para los padres y hermanos y todos ellos lloraban.

Ayan, sabía que aquellas lágrimas apenas limpiarían algunas de las sombras que lo cubrían. Pero lo que sí es cierto es que nunca volvería a su invisibilidad como apátrida y a todo aquello que esa situación le había comportado.

Cuando se dio cuenta de que existían más de 10 millones de personas apátridas y que cada 10 minutos nacía una niña o un niño sin nacionalidad, se sintió impulsado a ayudar a los que no habían corrido su misma suerte. Fundó así la *Asociación de los Niños Invisibles*, un lugar en el que intentan resolver los problemas de otros niños y niñas apátridas; un espacio de luz para alejar todas las sombras de la vida de las niñas y niños sin patria.

Guía didáctica

Temas tratados: diversidad e inclusión, derecho a la identidad.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 6 y 7.

Actividades:

1. *Ayan y los otros*

- Actividad para concienciar a los niños y niñas acerca del significado del derecho a la identidad y los diferentes aspectos que ayudan a definirla. Esta dinámica, a ser posible, debe desarrollarse en un espacio abierto.
- Se insta a los y las estudiantes para que formen diferentes grupos de no más de cuatro personas y se les entrega una tarjeta que contendrá alguna de las siguientes informaciones: a) *soy una persona que vive en un país en guerra*; b) *soy una persona que vive en un planeta diferente*; c) *soy una persona que vive en el futuro*; d) *soy una persona que vive en la ciudad*; d) *soy una persona que vive en el campo*.
- A cada uno de los grupos se le solicita que explique como es un día en la vida de esa persona.
- Finalmente, el profesor o la profesora pedirá a los niños y niñas que reflexionen sobre estos aspectos tratando de percibir cuáles son las similitudes y las diferencias que se derivan de las propuestas de cada una de las tarjetas.

Apoyo audiovisual:

Lacuesta, Isaki (Dir.) (2016). *La próxima piel*. España, 99 mins.

Spielberg, Steven (Dir.) (2004). *La terminal*. Estados Unidos de América, 128 mins.

Apoyo literario:

Devetach, Laura, Averbach, Márgara, Méndez, Mario, Jäger, Nina, Grubissich, Jorge, Lertora, Paula, Schuff, Nicolás, Lacabe, Nilda, Bialet, Graciela, Rabinovich, Luciana, Kelisek, Magdi y Bombara, Paula (2017). *Identidades encontradas*. Buenos Aires: Norma.

Meunier, Henri y Choux, Nathalie (2004). *¡Al furgón!* Barcelona: Takatuka.



El deseo de Leyna

Texto de Cristián Lepín Molina,

Profesor de Derecho Civil de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, y Miembro del Consejo Asesor del Centro de Estudios sobre Derechos de la Infancia y la Adolescencia, Chile.

Ilustración de Caterina Bals Allés,

Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.

Leyna vivía con su abuela Kiana en la ciudad de Puerto Príncipe, Haití, a casi seis mil kilómetros de distancia de Santiago, Chile. Su madre Jovanca, agobiada por las deudas, había decidido viajar a Chile en busca de mejores oportunidades laborales.

Leyna y su querida abuelita vivían en un pequeño departamento. No era muy grande, pero a ella le agradaba. Todas las mañanas, bien tempranito, partía veloz hacia el colegio. Una vez allí estudiaba, jugaba, reía, se enojaba... en fin, todas esas cosas que se hacen en las escuelas. Una vez terminada la jornada escolar, Leyna acompañaba a su abuelita a vender dulces en un carrito, por el centro de la ciudad.

«¿Leyna no te comas tú los dulces?», siempre le decía su abuela con una sonrisa entre la comisura de sus labios. «Nooooooo, yo nunca haría eso», respondía ella mientras masticaba uno de esos dulces de guayaba que tanto le gustaban.

Y así pasaban los días, uno tras otro. Y abuela y nieta vivían felices, aunque extrañando mucho a Jovanca. Hacía más de un año que había partido y, a pesar de que charlaban con ella por internet todos los fines de semana, la distancia les partía el corazón. El sábado era el día elegido. Leyna se ponía sus mejores ropas, incluso se pintaba un poco –a escondidas– sus ojitos y partía junto a abuelita hacia el único locutorio con conexión a internet que había en su barrio. Sin duda, ese era el mejor momento de la semana.

Un día, mientras Leyna ayudaba a su abuelita a cocinar, escuchó a su vecina Veriana vocear su nombre en la calle... «¡Leyna! ¡Leyna! ¡Apúrate, vamos!» Era su mamá, que llamaba desde Chile. Leyna corrió las dos cuadras que separaban el locutorio de su humilde morada rápido, muy muy rápido. «¡La llamada podía cortarse!», pensó ella. Fue tan veloz que olvidó peinarse, vestirse de manera elegante, incluso calzarse... ¡Pero qué importaba ahora eso... era mami! En un par de minutos ya estaba sentada delante de la pantalla del ordenador.

«¡Mami! ¡Mami! Hacía muchos días que no conversábamos», dijo la niña con unas lágrimas que se derramaban por sus mejillas.

«Sí, hija», respondió Jovanca, quien llevaba doce largos meses en Chile trabajando cuidando a unos niños y recién había podido ahorrar un poco de dinero con sus primeros sueldos.

«Hija», dijo Jovanca, «ahora voy a poder pedir un permiso para vivir acá, la señora para la que trabajo me prometió que me iba a ayudar».

«Te echo mucho de menos mami», le contestó Leyna secándose las lagrimas de sus mejillas y tratando de ofrecer una de sus mejores sonrisas a mami.

«Hijita, estoy trabajando mucho para estar juntas nuevamente. ¿Sabes eso, verdad?», le dijo Jovanca.

En ese momento se cortó la imagen y el sonido, y fue imposible comunicarse nuevamente. Leyna regresó muy triste a casa de su abuela, quien la esperaba en la puerta. Jovanca, por su lado, volvió caminando a su trabajo, con una gran pena, pero con muchas esperanzas de volver a estar con su pequeña hija pronto.

Ya en su trabajo, la esperaban Gabriel y Fabiola, los niños que tenía que cuidar Jovanca mientras la madre de éstos, la señora Liliana, trabajaba en un banco muy importante de Santiago de Chile. Llegó casi justo para recibir a los niños del colegio, quienes venían peleando. Fabiola quería ocupar la *tablet* de Gabriel, ya que la suya no tenía batería. Acostumbraban a pelear por todo, principalmente por los juguetes y por cada una de las cosas que sus padres les compraban. Eran niños muy estudiosos, pero también egoístas y consentidos. Sus padres se dedicaban a trabajar de manera excesiva, lo que les permitía tener mucho dinero, pero casi no veían a sus hijos. Pasaban gran parte del tiempo de viaje en el extranjero.

El trabajo de Jovanca consistía en cuidar a los niños desde que salían del colegio hasta que llegaran sus padres, por lo que pasaba mucho tiempo con ellos: se preocupaba de todas sus cosas, los ayudaba a hacer sus tareas, les daba su comida, se preocupaba de su ropa... en fin, de todas sus cosas. En ocasiones Jovanca, pensaba en lo difícil que era su vida, ya que tenía que trabajar cuidando a niños, y no podía cuidar a su propia hija. Y, sin embargo, se daba ánimo pensando que con el dinero que ganaba podría traer a su pequeña a vivir con ella.

El día 15 de septiembre, para el cumpleaños de Leyna, su abuelita le preparó una pequeña torta y había invitado a unos amiguitos del barrio. Era una sorpresa para su única nieta. Cuando Leyna regresó del colegio, estaban todos escondidos en el living del departamento.

«¡1,2,3, cumpleaños feliz te deseamos a ti...!», cantaban los invitados, mientras Leyna emocionada agradecía a su abuelita. Se encontraba totalmente sorprendida, miraba a cada uno de los invitados y, frente a ella, a una pequeña torta con ocho velas.

«¡Antes de apagar las velas tienes que pedir un deseo!», señaló la abuela Kiana.

La pequeña Leyna, tenía muy claro lo que quería pedir. En ese momento, con todas las ganas del mundo, pensó en su deseo de cumpleaños: «quiero vivir nuevamente con mi mamá». Y sopló muy fuerte apagando de una vez todas las velas. Por un instante pareció detenerse el tiempo y, ahí delante de ella, se apareció un hada madrina. Era una mujer joven y muy linda, y su nombre era Belén.

«¡Tu deseo será cumplido! Eres una niña buena, te preocupas por tu familia y por tus amigos, siempre ayudas a quien lo necesita, estudias hartito y ayudas a tu abuelita. ¡Esta vez yo te voy a ayudar a ti!», dijo el hada mientras agitaba un pequeño tronquito de madera sobre la cabeza de la niña.

En ese instante el hada le mostró un sobre, y le preguntó: «¿sabes que tengo en este sobre? ¿No te imaginas que puede ser?» Leyna, completamente sorprendida y con una sonrisa nerviosa, respondió: «¡no, no lo sé!»

¡Sorpresa! Eran dos pasajes en avión para Chile, uno para ella y otro para su abuela. Al tomar el sobre, el hada madrina se desvaneció como por arte de magia. En ese preciso instante, y a la distancia se escucharon unos gritos: «¡Leyna! ¡Leyna!». Era, como siempre, la vecina. «¡Leyna! Es tu mamá, ¡te llama desde Chile!»

Leyna corrió muy rápido, había esperado todo el día de su octavo aniversario para hablar con su mamá. Necesitaba por lo menos escuchar su voz en un día tan especial como ese. «¡Hija, que tengas un feliz cumpleaños! Espero que pronto podamos estar juntas nuevamente. Estoy trabajando mucho para que puedas vivir conmigo en Chile!»

En ese instante, llorando de alegría, Leyna le contó a su madre que una mujer le había regalado los pasajes para viajar a Chile. Ambas estaban muy felices, su alegría era inmensa.

Jovanca le contó a su jefa, Doña Liliana, quien le dijo que Leyna podía vivir en su casa un tiempo, mientras encontraban otro lugar. Sin embargo le advirtió de un problema: las autoridades chilenas habían colocado una serie de trabas para la entrada de extranjeros a Chile, debido al alto ingreso de estos en el último tiempo. Jovanca se asustó y por un momento creyó que no podría volver a ver a su hija, pero después de pensar un rato la Señora Liliana llamó a sus sobrinos, María José y Joaquín, dos jóvenes abogados que se dedicaban a estos temas.

Fue así que Jovanca junto con la Señora Liliana fueron a visitar a estos abogados, en pleno centro de Santiago. Reunidos, Jovanca, desesperada, les preguntaba una y otra vez si podría volver a ver a su pequeña hija Leyna.

«¡No se preocupe señora Jovanca! Todos los niños del mundo tienen el derecho a vivir con su familia, lo que significa que ninguno puede ser separado de sus padres, aunque vivan en distintos países», le respondió con voz firme la abogada María José.

«¿Y qué debo hacer entonces para traer a mi hija a vivir conmigo?», le inquirió Jovanca un tanto nerviosa.

«Tranquila, ¡nosotros la ayudaremos!», concluyó la abogada, abrazando a Jovanca.

Al día siguiente, los abogados fueron a los Tribunales a solicitarle a un Juez que autorizara el ingreso de Leyna y su abuelita a Chile. El juez lo autorizó. Jovanca podría reunirse al fin con su hija. A la semana siguiente, Leyna y su abuelita Kiana viajaron a Chile a reunirse con Jovanca. Al aterrizar en el aeropuerto la vieron esperando sola y muy nerviosa al costado de un pilar. Leyna corrió a abrazarla y ambas lloraron de la felicidad. Se abrazaban después de meses sin verse. Jovanca, acariciándola le susurró: «¡nada volverá a separarnos, hija mía!»

¿Y qué fue de la hada madrina?, os preguntarán. Esa sería ya otra historia. Sólo puedo decirles que Doña Liliana, la señora para la que trabajaba Jovanca, algo sabe de lo ocurrido... Y de cómo ella contactó con unas amigas de la familia en Puerto Príncipe y quiso hacerle un regalo muy especial a la pequeña Leyna... El resto, lo dejo a vuestra imaginación.

Guía didáctica

Temas tratados: derecho del niño/a a vivir en familia; derecho a la reunificación familiar.

Artículo de la Convención a tomar en consideración: 10.

Actividades:

1. *Biblioteca humana migrante*

- Cada uno de los y las estudiantes pensará en una historia migrante que le sea cercana. Puede tratarse de una experiencia personal, de un familiar cercano (progenitores, abuelos) o de un amigo o amiga. Con esa historia armará un relato de no más de diez minutos. Puede acompañar el relato con fotografías, mapas e imágenes. Además tiene que darle un título a esa historia.
- Acto seguido, cada estudiante comunicará el título de su historia al profesor/a, quien los agrupará en un catálogo unificado y se lo ofrecerá a los estudiantes de otros cursos.
- La dinámica a partir de ese momento es bien sencilla: los y las estudiantes de esas otras clases elegirán, guiados por el título, uno o varios de los relatos que quieren escuchar –como elegir un libro en una biblioteca– y se reunirán con la persona que ha preparado la historia para que se la cuente.

2. *Canciones para pensar*

- Los alumnos y alumnas forman grupos de cuatro o cinco miembros. Cada uno de los grupos debe elegir una canción que trate sobre el tema de la migración (por citar dos ejemplos, *Clandestino* de Manu Chao o *Contamíname* de Pedro Guerra).
- Acto seguido, cada uno de los grupos presenta su canción en el aula y conversan sobre la letra de la misma: ¿qué instrumentos y ritmos identifican? ¿Qué piensan que quiere comunicar el autor con esa canción? ¿Qué piensan acerca de los inmigrantes?
- En tercer lugar, una vez escuchadas todas las canciones, todos los grupos unidos pueden tratar de escribir la letra de la que será su canción.

Apoyo audiovisual:

Cáceres, Juan (Dir.) (2016). *Perro bomba*. Chile, 90 mins.

Lioret, Phillip (Dir.) (2009). *Welcome*. Francia, 110 mins.

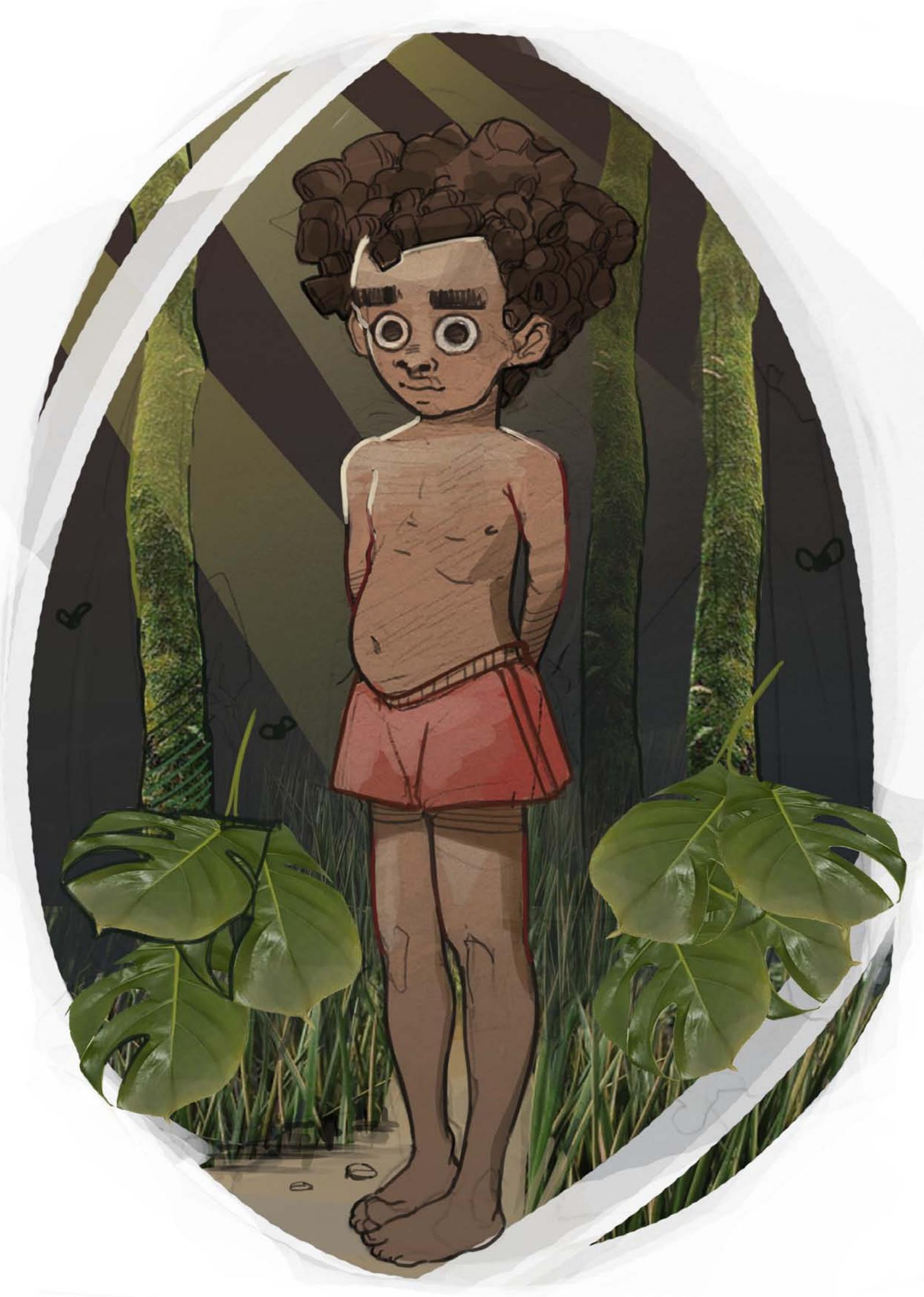
Apoyo literario:

Greder, Armin (2002). *The Island*. Sydney: George Allen & Unwin.

Rabi, Stephanie, Peirano, Daniela, Gómez, Francisca, Ayala, Álvaro, Orrego, Celeste y Flisfisch, Diego (2017). *El viaje de Kelmy. La integración local desde la mirada de niños y niñas refugiados, migrantes y chilenos*. Santiago de Chile: Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados y Fundación Ciudad del Niño.

Schimmel, Lawrence y Rivera, Alba Marina (2010). *Vamos a ver a papá*. Barcelona: Ekaré.





iSAUL!







El niño sin nombre

(Cuento caribeño)

Texto de Silvia Elena Durán Santamaría,
Profesora del Departamento de Pedagogía y Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, León, Nicaragua.

Ilustraciones de Àlex Gómez González,
Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.

Había una vez un pueblo llamado Yulú, en el Caribe Norte de Nicaragua, enclavado al oeste de la Reserva de Yulú en Puerto Cabezas –un municipio de la Región Autónoma de la Costa Caribe Norte de Nicaragua, cuya cabecera departamental es *Bilwi*, palabra de origen sumu o mayangna, que significa «muda de culebra o serpiente»–.

Pues allí, en Yulú, nació un niño de padres ignorantes y sin oportunidades que, por sus creencias mayormente religiosas, eran gobernados por un *sukia*, un chamán miskito intermediario entre lo terrenal, los hombres y los espíritus, quien los mantenía sometidos y sumergidos en la ignorancia.

Hacía mucho, mucho tiempo, en el mismo Yulú, un *sukia* ancestral había hecho mal uso de sus poderes y, utilizando todo tipo de sortilegios de magia negra, trató de dominar totalmente a su comunidad y hacerlos sus esclavos para la eternidad. Para lograrlo realizó un ritual donde su cuerpo fue poseído por espíritus, para aumentar su poder. Pero el ritual no resultó como esperaba y desencadenó una maldición para el pueblo a la que llamarón *Grisi Siknis*, o «locura en la selva», una alteración de histeria colectiva en la que los jóvenes corrían despavoridos, sin propósitos, creyendo que el diablo los perseguía, los atacaba e, incluso, los violentaba sexualmente.

Las víctimas de la maldición, además, podían ver a las personas que les rodeaban como demonios que les atacaban, por lo que buscaban desesperadamente con qué defenderse: buscaban palos, machetes o lo que fuera para estar a salvo de los atacantes, invisibles. La lucha duraba un tiempo corto y luego quedaban cansados y desorientados, desconociendo todo lo que había sucedido.

El día que en el pueblo de Yulú nacía un niño miskito, de inmediato el *sukia* visitaba a los padres, obligándolos a creer que no debían darle nombre al niño para que, de este modo, el demonio no lo identificara. De lo contrario moriría al instante, se convertiría en *Lasa Saura* –o sea, un espíritu malo–, sería llevado hacia los infiernos y... ¡lo perderán! Los padres vivían con miedo y los niños no salían de sus casas, no asistían a clases ni

se comunicaban con los demás niños de la comunidad. Vivían aislados de todos por el temor que tenían a perderlos, negándoles así todos los derechos a los niños por la ignorancia y el misticismo religioso que los tenía atrapados.

El *sukia* les había pedido a los padres de un niño sin nombre –o *nanina* en miskito– que no le dieran uno a cambio de beneficios que obtendría el colectivo. En realidad lo que él quería era tenerlos sometidos en la ignorancia y, pasado el tiempo, cuando regresara un día muy especial en el que habrían lluvias, truenos y mucha tormenta, le daría su nombre por ser un niño privilegiado, prodigio, con muchos dotes para beneficios de la comunidad, que los sacaría de la pobreza a sus padres y a todos.

Pasaron los años y ese niño no tenía nombre... era como si no existiera. Pero la familia tenía miedo, mucho miedo de lo que les dijo el chamán aquel día de su nacimiento. Sus padres lo adoraban como un tesoro y había crecido: era delgado, negrito, panzoncito, de pelo rizado, muy característico de la zona donde vivía; ya estaba atrasado para ir a la escuela, debía asistir y era imposible que no tuviera nombre para hacerlo. ¿Qué harían? Era una gran incertidumbre. Los padres se preguntaban: «¿Y la maestra cómo lo llamará y como lo distinguirá de los demás niños?»

Un día la madre, buscando frutas, se alejó de casa sin querer y se encontró con una conocida de la infancia que vivía en una comunidad cercana. Le comentó la situación de su niño sin nombre y sin poder ir a la escuela. La conocida le aconsejó sobre los derechos de los niños y le habló de unos procuradores de la niñez y la adolescencia, que le proporcionaron un *Código de la Niñez* traducido al miskito. La conversación la dejó inquieta con la idea y, aún con mucho temor, decidió que sería bueno llevar a su niño a la escuela en la otra comunidad.

Cuando el niño finalmente asistió por primera vez a la escuela, conoció a otro chico, llamado Saúl, que le preguntó por su nombre. El niño sin nombre le respondió: «no tengo».

«¿Y por qué no tienes nombre?», preguntó Saúl.

«Es verdad», pensó el niño. «Si otros tienen nombre, ¿porqué yo no?» E inmediatamente preguntó a Saúl: «amigo, ¿cuál es tu nombre?»

«Saúl», respondió el otro.

«Saúl... ¿puedo llevar tu nombre?», dijo el niño sin nombre.

«¡Saúl y Saúl! ¿Como haremos si compartimos el mismo nombre?», preguntó el otro.

¿Sería muy confuso cuando les llamara la maestra para pasar a la pizarra o cuando estuviera en recreo? ¿Y en los juegos con los compañeritos estando ellos dos juntos? Y así pensaron en toda posible situación que se les pudo ocurrir en ese momento.

Una noche lluviosa, de tormenta y con muchos truenos, el niño se despertó exaltado después de tener un sueño extraño. Luego quería que amaneciera rápido, ansioso de contarle a Saúl el sueño que tuvo.

Saúl estuvo a la espera del sin nombre y, una vez que se saludaron, iniciaron el camino a la escuela. Finalmente le comentó el sueño, en el que una voz le decía: «tienes que ir con tu nuevo amigo Saúl a la orilla del río Wawa. Ahí estará alguien esperándote sobre una gran piedra de color rojo, cuando termine la clase.»

En tanto, Sin Nombre y Saúl se encontraban muy inquietos y no prestaban atención en clase porque en el encuentro pensaban, y pensaban a qué hora terminarían. Hacían

de todo para disimular pero no lograban ocultar su inquietud. Llego un momento en el que la profesora le pidió a Sin Nombre que pasara a la pizarra. Lo llamo tres veces y no respondió hasta que Saúl lo tocó y le dijo que la profesora le pedía que pasara a la pizarra. Fue hasta entonces que se puso en pie y caminó con lentitud a la pizarra... y al menos resolvió el problema de matemáticas que le había indicado la profesora.

Sin nombre estaba ansioso de escuchar la campana como muestra de que la clase había terminado, hasta que por fin llegó el momento. Le tomó el brazo a Saúl y juntos salieron despavoridos en busca de la ribera del río Wawa, como alma que se los llevara el diablo al encuentro tan esperado.

Fue un largo caminar entre el monte verdoso y clima tropical, húmedo por la lluvia copiosa de la madrugada por la vasta llanura, con olor a flor de pino. En el caminar acelerado sudaban a chorros, pues no habían vientos del norte –al que los miskitos denominan *pastara*, cuyo significado es «viento fuerte»–. En ese andar encontraron a jóvenes corriendo sin rumbo aparente, definitivamente con *Grisi Siknis*. Ocultándose Sin Nombre y Saúl de los afectados, después que pasaron, iniciaron la marcha nuevamente. Fue en ese momento que Sin Nombre vio a una serpiente dejando atrás la piel que recientemente había mudado, y que con dificultad pasaba sobre un alambre de púas, llamándole la atención.

Luego llegaron al río y se encontraron con una curandera, que se hallaba sentada sobre una piedra roja en una gruta, como quien estuviera viendo a Aladino sobre su alfombra maravillosa, con los brazos cruzados, el izquierdo sobre el derecho. Y ella les dijo: «no teman, Sin Nombre y Saúl». Y los niños preguntaron: «¿cómo sabe nuestros nombres si antes no nos había visto?».

«No se preocupen», respondió, «que yo sé de ustedes y de muchas cosas de Yulú, y de los cambios que tendrá esta comunidad, y de la aparición de *Grisi Siknis*. Hoy es el gran día de un encuentro tan esperado y por fin serán liberados. Tú tendrás nombre y habrá salud y prosperidad. Siéntense para que me escuchen», les indicó. «He colocado piedras alrededor de la mía. Y presten mucha atención de lo que les diré».

Se dispusieron a sentarse en las piedras colocadas alrededor de la curandera, con mucho susto y expectación. La curandera tomo un coco seco –muy abundante en la región–, con adornos en su contorno. Tenía un corte en su parte superior simulando, la tapadera de un joyero. Le pidió a Sin Nombre que revolviera las misteriosas fichas de su interior, con nombres en miskito de la A a la Z, y que tomara el que quisiera con los ojos cerrados. Sin Nombre tomó una de color rojo, en donde su nombre estaba escrito calcado con tinta de color negro.

El corazón de Sin Nombre latía a toda velocidad, como una locomotora sin control. Al sacar su nombre del coco saltó de alegría, gritando. Era como si una corriente de energía se desplazara por su mano y como si tuviera audífonos a través de los cuales escuchara su nombre. De inmediato se dio cuenta que tenía un nombre verdadero: era Jacobo. Y ahora, con nombre, gritaba a los cuatro vientos: «¡Ahora tengo nombre y de ahora en adelante me llamaré Jacobo! ¡Jacobo! ¡Jacobo!...». Lo dijo hasta el cansancio.

Jacobo, después de escuchar a la curandera, sintió una energía que le descendía de la cabeza a los pies. Y en ese momento tuvo entendimiento, en toda su visión y sueños, para dar respuesta a la crisis en Yulú.

Saúl, que observó con asombro lo que le sucedía a su amigo y se sentía paralizado, le dijo a la curandera: «yo quiero que nos hables del sueño del que habló mi amigo». La curandera respondió: «ten paciencia, muchacho, que hay tiempo para contártelo.» A lo que respondió Saúl: «señora, señora curandera... No tenemos tiempo porque andamos sin permiso de nuestros padres y, sí llegamos tarde, nos van a regañar o empezarán a buscarnos por toda la comunidad de Yulú... ¡y eso sería muy malo para nosotros!»

A pesar del origen desconocido de la curandera, sus palabras llenarían de beneficios a la comunidad. Informó a los niños sobre su clarividencia benigna. Le dijo a Jacobo: «tú serás quien alivie los males y las quejas a la población de Yulú, porque tú serás el que sanará la familia, atenderá a los afectados. Sobre tus hombros recaerá la salud de Yulú. Tú llevarás la iniciativa al pueblo y, con apoyo de los ancianos, tú serás quien lo administre y vele por la comunidad».

Y luego dijo: «Y tú, Saúl, serás responsable de la reserva indígena y velarás por la naturaleza de Yulú. Ustedes dos transformarán Yulú, dándole bienestar y salud y teniendo el reconocimiento de toda la región.»

Fue así como Jacobo comenzó a ser apreciado y reconocido, como todo niño: con derecho a ser respetado en su identidad, su comunidad, vecindario y en la escuela de Yulú. Y fue así como Jacobo obtuvo su nombre y como su madre, a raíz de su encuentro con su conocida y con los procuradores de la niñez y la adolescencia, abolió la idea maligna expresada por el chamán. Y también fue así como Jacobo logró velar por la salud de Yulú, y rescatar a la comunidad en crisis del *Grisi Siknis*, eliminando «la locura de la selva» con la tradicional medicina natural aprendida en su comunidad.

La economía se hizo prospera, con caminos carreteros y con mucha productividad –ya no solo para consumo personal, sino para la nación–. Jacobo y Saúl cumplieron sus sueños, al recibir los derechos de privacidad y el respeto a la confidencialidad; al ser cuidados y amados, aún a escondidas o con conocimiento de causa. Yulú fue liberado por la curandera de la maldición del chaman *Sukia*, que había mantenido en la ignorancia a la comunidad que un buen día despertó.

Guía didáctica

Temas tratados: derecho a la libertad de pensamiento, conciencia y religión.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 7, 8 y 14.

Actividades:

1. *Ya no tengo nombre*

- Los y las estudiantes harán el ejercicio de pensar cómo cambiaría su vida si, de repente, como por arte de magia, se levantaran un día y ya no tuvieran nombre.
- El profesor o la profesora recogerá en un listado las ideas que vayan surgiendo en el aula y, al finalizar la lluvia de ideas, debatirá una por una con sus estudiantes.

2. *Quiero ser... (católico, musulmán, ortodoxo, budista...)*

- Los y las estudiantes se dividirán en diversos grupos y a cada uno de ellos se les asignará una creencia religiosa (católica, musulmana, ortodoxa, budista, etc.).
- Acto seguido, les corresponderá investigar acerca de esa creencia (qué ritos suelen celebrar, qué tradiciones suelen asociárseles, qué simbología utilizan, etc.)
- Por último, moderado por el o la docente, se debatirá sobre cada uno de estos cultos.

Apoyo audiovisual:

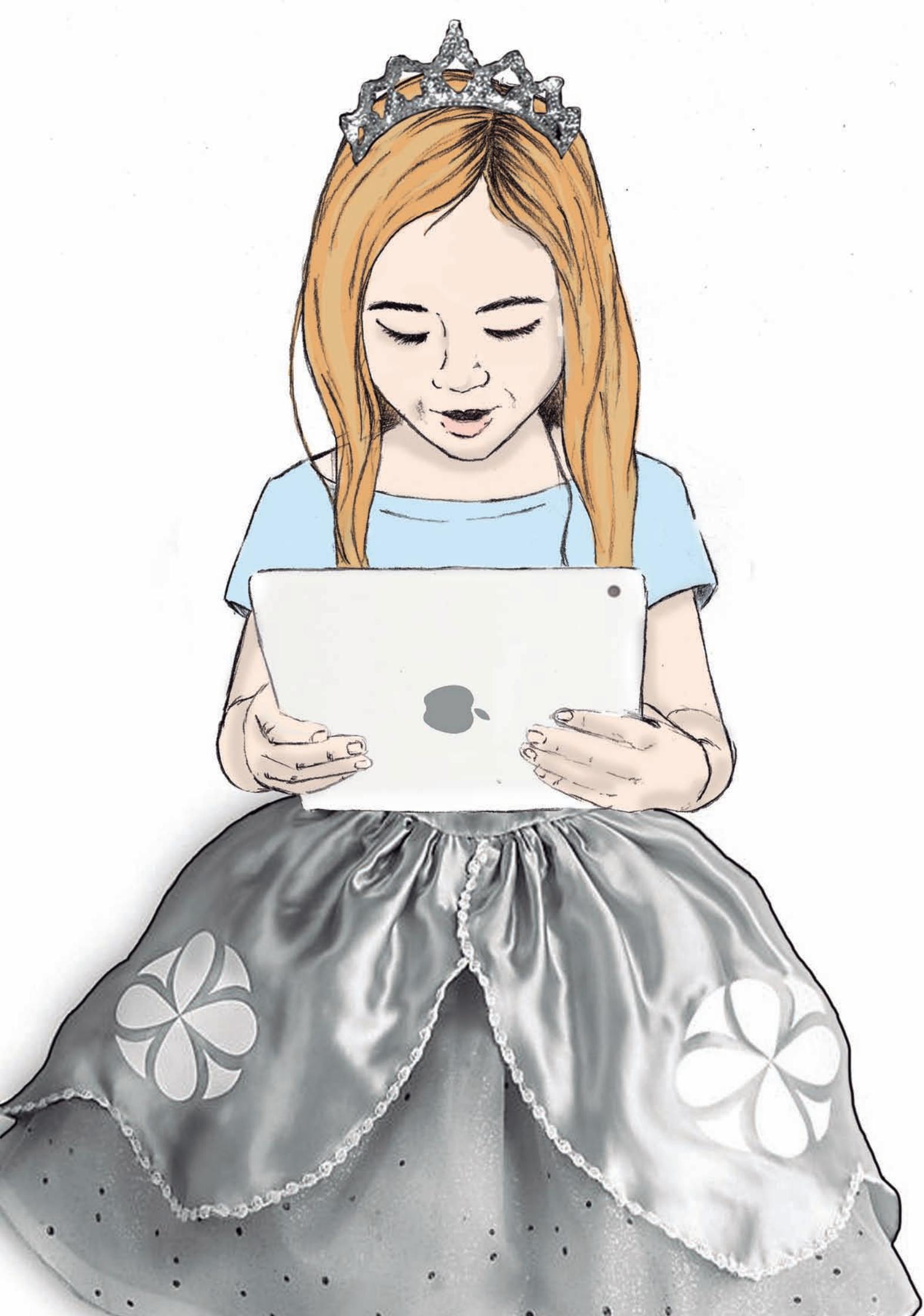
Davis, Garth (Dir.) (2016). *Lion*. Australia/Estados Unidos/Reino Unido, 118 mins.
Mercadante, Katina y Mercadante, Daniel (Dir.) (2015). *Five*. Estados Unidos de América, 5 mins. Disponible en <https://vimeo.com/124385005>

Apoyo literario:

Bertrand, Sara y Olea, Francisco Javier (2015). *Cuando los peces se fueron volando*. Medellín: Tragaluz Editores.

Carmi, Daniella y Palomino, Juan (2014). *Samir y Yonatan*. Ciudad de México: Ediciones Castillo.

Pierson, Pierre y Falcone, Fernando (2008). *La tribu Guanama y el Alma del invierno*. Managua: Hispamer.



Ana Luz, la niña de los deditos mágicos

Texto de Rosane Leal da Silva,

Profesora Asociada de la Universidad Federal de Santa María, Rio Grande do Sul, Brasil.

Ilustración de Marina Bergas Aguiló,

Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.

Ana Luz es una niña muy bonita y lista, que desde su nacimiento trajo mucha alegría para toda su familia. Desde bebé ya estaba atenta a todo lo que sus padres y su hermano hacían, especialmente cuando ellos usaban algún aparato tecnológico. Tenía una verdadera pasión por las tecnologías y sus ojos azules quedaban muy animados y muy abiertos con lo que veía, con los colores y el movimiento de los muñecos que saltaban de un lugar a otro dentro de la pantalla. La niña no se contenía de alegría y sacudía frenéticamente sus pequeños bracitos cada vez que veía que alguien estaba usando un teléfono móvil o una tableta. «¡También quiero este juguete!», pensaba la pequeña, sin saber articular aun correctamente las palabras.

Desde el momento que tuvo capacidad para agarrar objetos firmemente, su papá la dejó jugar con el teléfono móvil. Primero usó el teléfono para escuchar músicas infantiles animadas por graciosos animales bailarines. No entendía muy bien, ¿cómo aquellos animales podían ser tan divertidos? «¡Qué bonito!», pensaba en su ingenua cabeza de niña. «¿Cómo vinieron a parar dentro del teléfono?» Independiente de la magia que había ocurrido, Ana Luz quedaba encantada con todo lo que salía de esa pequeña pantalla.

A medida que sus brazos se hicieron más fuertes y sus manitas más seguras, su papá la dejó agarrar su tableta por vez primera. Él le dijo muy solemnemente: «Mira, Ana Luz, ahora tú eres grande, como tu hermano Juan y, por eso, ya puedes ver dibujos animados y jueguitos en la tableta...»

La pequeña, dando saltitos de alegría, ni esperó a que su padre concluyera la frase para muy agitada decir: «¿Puedo? ¡Yo quiero jugar con mis amigos!»

«¿Tus amigos?», dijo el padre un poco confuso, rascándose la cabeza.

«Los amigos de la Gallina Pintadita», socorrió la madre, que asistía de lejos a aquella escena y ya conocía los gustos de su hija pequeña.

Y así ocurrió. Durante los meses siguientes Ana Luz jugaba diariamente con la tableta y cada día tenía nuevas habilidades. Si un dibujo o un juego no le gustaban, la niña

pasaba su dedito por la pantalla y ¡zas!, todo cambiaba a la velocidad de la luz. Al no entender todavía la razón de esos cambios tan rápidos, Ana creyó lo que su padre le había contado: ¡sus dedos eran mágicos! Y así, siempre que un dibujo o historieta estuviera triste, bastaba con pasar el dedo sobre la pantalla y ¡boom!, inmediatamente se transformaba en un relato más alegre y positivo.

Su creencia en el poder mágico de sus dedos era tal que, una vez, al ver a su hermano Juan llorar por haberse caído y lastimado, la niña corrió hasta él y empezó a pasar el dedito por su rostro. «¡Ana Luz, me lastimé el pie y no el rostro!», exclamó el hermano, entre un hipo y otro, sin entender lo que su hermanita intentaba hacer.

A la niña parecían no importarles las palabras del hermano y siguió pasando su mano por su rostro, reproduciendo el típico gesto usado para ir de un sitio a otro. «¡Jajaja!», rió la mamá. «Es que ella piensa que puede hacer contigo lo mismo que hace con los dibujos animados. Cambia de historia cuando el personaje está triste o llora. Deja que ella haga eso», le dijo a Juan, gustándole ver la solidaridad entre los hermanos.

Y el gesto acabó dando resultado, pues los deditos de Ana Luz produjeron cosquillas en el rostro de Juan y el niño inevitablemente acabó riéndose. Al ver la sonrisa la pequeña se rió y aplaudió, pues finalmente había conseguido «cambiar» la imagen del niño entre lágrimas por la de una cara sonriente. «¡Ahora sí!», pensó la alegre Ana Luz, creyendo firmemente en la magia que le había sido enseñada por su papá.

A medida que crecía, Ana permanecía más y más horas jugando con la inseparable «tableta de los niños», como la llamaba su madre. Aquel equipamiento electrónico era su verdadera niñera, haciéndole compañía ante la ausencia del hermano, que ya estaba en la escuela de los «grandes». La rutina de trabajo de sus padres fuera de casa imposibilitaba que la niña conviviera con ellos durante el día y Ana Luz dividía su tiempo entre quedarse en casa con Fernanda, su cuidadora, y frecuentar la guardería. Cuando no estaba en la guardería se quedaba en su mundo encantado, rodeada de muñecos animados, dibujos virtuales, músicas, juegos electrónicos y mucha diversión.

Ana Luz veía tantas veces las mismas historias que ya era capaz de repetir parte de los diálogos de sus personajes favoritos y, cuando estaba sola en su dormitorio, reproducía su habla y gestos, como si ella misma fuera parte de la historia.

Ana todavía no sabía leer, pero intuitivamente identificaba las historias y los juegos que le interesaban. Conseguía entrar en los sitios web porque su papá había seleccionado una lista de direcciones electrónicas con dibujos, juegos y músicas infantiles, dejándolos almacenados en la tableta. Bastaba con que la niña deslizara su dedito y listo: una nueva historia estaba lista para empezar.

Además de usar los equipamientos para ver sus programas favoritos, los niños de la familia López también disfrutaban tomándose fotos unos a otros de manera divertida. Perseguían a los animales de la casa y les sacaban fotos, no dejando ni siquiera que los gatitos comieran sosegados. Todo transcurría normalmente hasta que un día algo inesperado ocurrió: ¡el dibujo favorito de Ana Luz tenía ahora un nuevo narrador! A la niña le encantó la nueva historia, especialmente porque era interactiva. Se trataba de ir ganando estrellitas y con ellas poder ir accediendo a nuevos niveles del juego. «¡Qué bueno!», pensó ella, mientras su niñera le leía las instrucciones online que traía la nueva aplicación.

Durante los días siguientes Ana Luz jugó y jugó, tratando de obtener las tan ansiadas estrellitas y poder así conocer cada vez más la historia que contenía esa fascinante aplicación. Cada vez que accedía al programa oía la voz en *off* del narrador que le decía: «Hola, princesa. Esta animación fue hecha especialmente para ti, para que seas princesa por un día en el Reino Imaginario. Ponte tu vestido más bonito, tu adorno de cabello favorito y corre hacia el espejo... Ahora te vas a transformar en la princesa más linda».

Ana Luz, ansiosa, seguía al pie de la letra las instrucciones del narrador. Ella tenía que sacarse fotos vestida de princesa y solamente conseguiría ganar su primera estrellita si mandaba sus fotos *online*, y lo hacía «sin que sus padres lo supieran», tal y como le había exigido el narrador. De lo contrario no ganaría nada de nada y, aún peor, estropearía la sorpresa final que el juego deparaba para sus padres.

El primer día Ana Luz intentó e intentó enviar las fotos y no lo consiguió. Pidió ayuda a su hermano Juan. «En realidad, él no es mis padres, ¿verdad?», pensó la pequeña, imaginando el momento en que recibía su primera estrellita como premio. Juan, con sus 8 años, ayudó a su hermana, pero le dijo: «¿Eh? ¿No era mágico tu dedo? Entonces, ¿por qué precisas del mío? Te voy a ayudar solamente por esta vez y espero que aprendas donde debes apretar para enviar las fotos».

Al día siguiente, Ana Luz pasó la mañana entera en su dormitorio, en frente del espejo. Sobre la cama, un montón de vestidos, trajes de baño, pijamas y ropas íntimas dejaban una pista de lo que la pequeña andaba haciendo. Ningún adulto prestó atención, ya que parecía que aquel desorden era tan solo una más de las travesuras de la agitada niña.

De tanto intentarlo, Ana Luz había conseguido, sola, sacar las fotos y enviarlas al sitio web indicado por el narrador de la historia. Recibió su primera estrellita y ¡todavía sería princesa en una de las historias!

La siguiente tarea exigida por el narrador de la aplicación era aún más desafiante, pues ahora tenía que dramatizar una «escena de verdad» y filmarla, tal y como había sido dicho por el narrador: «¡ahora será el gran momento! Nuestro personaje tendrá que colocarse trajes de baño, pues estará en la playa y será atacada por un pez. Como el pececito entrará en el biquini de la princesa, ella rápidamente va a sacarse el traje de baño y se moverá, como si estuviera bailando».

¡Ana Luz se quedó preocupada! «¡Precisaría de mucho ensayo!», pensó. «Y, además, no sé usar la filmadora», meditó la pequeña con lágrimas en los ojos. Veía el sueño de transformarse en un personaje infantil muy lejos. «¡Qué lástima!», pensó. «Ahora que ya había aprendido todos los pasos de la danza, que ya había elegido el biquini adecuado...»

Estaba inmersa en sus pensamientos cuando de repente oyó la voz de su niñera que le decía: «Fernanda podría ayudarte». Tras escuchar esas palabras, la niña corrió para encontrar a la ya anciana cuidadora y le explicó lo que precisaba. De tan animada que estaba, atropellaba las palabras y mezclaba los asuntos, y eso provocó que a Fernanda le llevara cierto tiempo entender realmente por qué Ana Luz necesitaba usar la filmadora de la tableta.

Cuando la niñera finalmente comprendió, le pidió a Ana Luz que hiciera para ella esa representación y repitiera exactamente lo que el narrador le había solicitado. De este modo, Fernanda sabría desde que ángulo era mejor tomar las imágenes. Fue en ese momento cuando Fernanda se alarmó profundamente.

«¡No puede ser!», pensó la cuidadora. Aquellos gestos no eran de un personaje infantil. La forma de mover el cuerpo, de bailar mientras se sacaba la ropa... «¡Para ya con eso, Ana Luz!», le dijo Fernanda. «Ese no es comportamiento adecuado para una niña», habló de forma ríspida la niñera.

Ana Luz se sentó en la cama, sin entender absolutamente nada. «¿Cómo que no?», pensó la niña con lágrimas en los ojos. «Pero si eso es parte de la historia...», retrucó, sin entender el motivo por el cual su niñera le estaba hablando de esa manera.

Rápidamente Fernanda tomó la tableta de entre sus manos. Miró, intentó entender lo que estaba ocurriendo en la historia, pero solamente logró acceder a las instrucciones del narrador. Quedó muy, muy desconfiada y salió corriendo de la habitación llevando el equipamiento consigo, dejando atrás, en la habitación, a una niña parcialmente sin ropa, medio aturrida y casi sin esperanzas de recibir su nueva estrellita que le permitiera realizar su sueño de ser el personaje principal de su dibujo favorito.

«Es preciso mostrar todo esto a la patrona, y sin demora», pensó Fernanda. Y así lo hizo: luego que los padres de Ana Luz llegaran a casa, Fernanda les contó lo sucedido. Asustados, los padres no sabían qué pensar, pues aunque el sitio pareciera infantil y aparentemente fuera inofensivo, la narrativa y el enredo no se aproximaban en nada de nada a un inocente dibujo infantil.

«Vamos a hacer contacto con el sitio», sugirió la madre.

«El sitio debe ser falso», retrucó el padre.

«¿Qué está ocurriendo? ¡Decidme!», hablaba Juan.

Mientras todo eso pasaba, Ana Luz se encogía en una butaca de al lado, cierta de que la culpa por todo aquello era suya. «¿Por qué todo ese nerviosismo...?», pensaba. «Solamente quiero ganar una estrellita y ser princesa del próximo dibujo animado... ¿Qué mal hay en eso?»

La familia intentó y intentó y, sin conseguir entender lo que realmente estaba acaeciendo, llevaron el equipamiento y la historia para el conocimiento de la policía. Allí la sorpresa fue aún mayor: encontraron otros vecinos y amigas cuyas hijas, todas niñas y de la edad próxima a la de Ana Luz, habían sido engañadas.

A medida que el delegado especializado en asuntos tecnológicos iba explicando lo que había ocurrido, muchas madres lloraban, mientras los padres se ponían muy furiosos. Finalmente todo se había aclarado: «un grupo de criminales habían *hackeado* el sitio web de los dibujos animados infantiles y juegos virtuales, transformando el guión de las historias, tratando así de aprovecharse de las niñas. Finalmente, las niñas tenían que fotografiarse y el próximo paso era filmar y enviar las imágenes», les contó el inspector.

En ese momento los López comprendieron que su hija había sido víctima de un grupo criminal que actuaba con pornografía infantil en internet. «¡Qué horror!» susurró la madre, entre lágrimas. «¿Cómo nos pudo ocurrir...?»

Aquel mismo día, cuando los López volvieron a su casa, tenían en sus manos libros, álbumes de figuritas, varios sobres con adhesivos, CDs con historias y músicas infantiles, lapiceros coloridos, pinceles, cuadernos de dibujos. Los pequeños miraron los paquetes con los ojos bien abiertos, pues nunca habían visto aquellas cosas. Eran los juguetes de los padres de Ana y Juan, con lo que ellos se divertían cuando chicos.

Superada la sorpresa inicial, toda la familia empezó a divertirse con esos nuevos artilugios, «haciendo diabluras», como decía su papá cuando a ellos se les volcaba tinta o manchaban el sofá con lápices de colores. Y así, nuevas prácticas fueron vividas entre los hermanos de la familia López. Mientras Ana coleccionaba figuritas de jugadores de fútbol, Juan, su hermano, ganó un delantal nuevo y, ambos, incentivados por su mamá, cambiaron las historias virtuales por historias en papel: dibujaron y pintaron, con la promesa de que su primer cuaderno de historietas sería transformado en un libro. Ana Luz ya no tomó más fotos en el celular y su álbum virtual dio paso al viejo y buen álbum de papel, donde todos podrían admirar sus «caras y muecas».

En la Navidad de aquel año los abuelos y tíos tuvieron una grata sorpresa: su regalo era el primer libro de dibujos, que contaba la historia de una princesa muy linda y pícara, con poderes para transformar todo a su alrededor con un simple toque.

Y fue así que una mala experiencia en internet sirvió para que todos quedaran más atentos a los riesgos del uso de la tecnología en la niñez y, debido a ese susto nació una pequeña escritora de historias.

Guía didáctica

Temas tratados: derecho a la libertad de pensamiento, conciencia y religión.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 14.

Actividades:

1. *El juego de las imágenes*

- Los y las estudiantes traerán su celular a clase. Se tomarán una fotografía de una parte de su cuerpo que quieran sin que el resto de compañeros y compañeras les vean y sin que aparezcan sus rostros: una oreja, una mano, un pie, un dedo...
- El o la docente recogerá las imágenes y las proyectará en el aula, y lo que tendrá que hacer el grupo de estudiantes es relacionar las partes del cuerpo con el nombre de cada uno de sus compañeros y compañeras. Es importante que el grupo compruebe la facilidad con la que podemos ser identificados en una imagen y reflexione en torno al número y características de las fotografías que subimos a la red.
- Finalizar la actividad con una fotografía del grupo clase. Esta imagen no será publicada en las redes, sino que presidirá el aula durante todo el semestre.

2. *El perfil indiscreto*

- Cada uno de los y las estudiantes accederá al perfil *Facebook* o *Instagram* de alguno de sus compañeros o compañeras. Una vez allí, tratará de obtener el máximo de información que las redes le aportan sobre esa persona (lugar donde vive, comidas que le gustan, deportes que practica, películas y libros preferidos, comidas, viajes...).
- Una vez finalizada esta tarea de investigación el o la estudiante construirá un perfil completo de su compañero o compañera y lo confrontará con el o la titular de los datos. Es importante que los y las estudiantes adquieran conciencia de los vulnerables que podemos llegar a ser ofreciendo tanta información sobre nosotros mismos en las redes sin ningún tipo de filtro o control.

Apoyo audiovisual:

Goi, Michael (2011). *Megan is Missing*. Estados Unidos de América, 86 mins.

Joost, Henry y Schulman, Ariel (Dir.) (2010). *Catfish*. Estados Unidos de América, 94 mins.

Knappenberger, Brian (Dir.) (2014). *La historia de Aaron Swartz. El chico de Internet*. Estados Unidos de América, 105 mins.

Apoyo literario:

Alonso, Ana y Pelegrín, Javier (2015). *El libro de los rostros*. Madrid: Editorial SM.

Couñago, Adoración (2011). *Princesa 7.0*. Córdoba: Arcopress.

Friedrich, Joachim (2015). *El caso de un cocodrilo en internet*. Barcelona: Edebé.



El mundo de Jimena

Texto de Úrsula Basset,

Profesora Titular de Derecho de Familia y Sucesiones de la Universidad Austral, Buenos Aires, Argentina.

Ilustración de Marta Llusà Oliván,

Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.

Jimena es feliz, aunque tuvo una vida triste. Cuando nació, en el hospital, la separaron de su mamá. Y es que la mamá de Jimena no sabía cómo cuidarla y entonces la dejó ahí pensando que alguien se ocuparía del bebé mejor que ella. Jimena no estuvo en brazos de su mamá sino en brazos de enfermeras. Después la llevaron al hogar de niños y niñas y, como estaba enfermita, nadie la quería adoptar. En el hogar no eran malos: la cuidaban, le daban de comer, le enseñaron a caminar y hablar. Pero Jimena no recuerda un nombre, un rostro, una mirada... Por el contrario le vienen a la mente una avalancha difusa de imágenes, entremezcladas unas con otras, que terminan desvaneciéndose como por arte de magia. El personal del hogar cambiaba y, cada vez que comenzaba a encariñarse con alguien, al día siguiente ya no estaba. Jimena vivió una infancia poblada de ausencias.

Pero en el hogar Jimena es feliz a pesar de todo eso. Tiene su camita, que hace todas las mañanas. Alrededor de ella, los dibujos que hizo y pegó en la pared. Tiene también una caja de colores en la que guarda recuerdos de excursiones, de cumpleaños y de navidades. Algunos libros que le dieron están en su estante. Cada tanto los abre y mira sus dibujos o los lee. El hogar tiene un parque y a Jimena le gustan el ruido que hacen las hojas secas cuando crujen bajo sus pies en otoño y el aroma del césped por la mañana en primavera. Le gusta bañarse en verano y tiene frío en invierno... Pero lo que más anhela, lo más lindo de su día a día, es el momento en que toca ir a dormir y las frazadas la abrigan: ahí tiene tiempo para soñar.

Ahora tiene once años. No sabe bien cómo se pasó el tiempo y tampoco tiene muchos recuerdos más allá de los que guarda en su caja. Está sana, es de contextura pequeña y tiene unos ojos negros vibrantes de ilusiones; su cabello es ralo, largo hasta los hombros, castaño oscuro y con reflejos cobrizos que se le hacen por estar a la intemperie. A ella le gusta eso. Siempre fue delgadita, pero ella se considera fuerte. Después de todo, vivió once años sola y sobrevivió.

En el hogar nunca ha podido hacer grandes amistades. Los chicos y las chicas tienen edades diferentes e historias muy dispares. Hay muchos niños y niñas que la pasaron mu-

cho peor que ella. Sus historias son tan difíciles... La mamá de Juan está en la cárcel y su papá también. A Esther su papá le pegaba tan fuerte que aún hoy no logra caminar bien, pobrecita. Jimena se acuerda del día en que llegó Esther, cubierta de moretones y con un ojo completamente cerrado. Jimena pensó: «¿cómo puede alguien volverse tan bestial de no ver más el rostro de su hija? Porque, si lo hubiera visto, no le hubiera hecho eso. Pero mejor no preguntarse». En el caso de Pedro la cosa es distinta: su mamá lo viene a visitar los domingos pero, cada vez que viene, le dice cosas feas y raras. Pedro es raro, es verdad, pero la mamá le hace llorar. Además viene vestida en forma extraña y las cosas que dice muchas veces no tienen sentido. Pedro llora sólo los domingos por la noche. Él piensa que nadie escucha, pobre, pero todos lo hacemos aunque no decimos nada. Claro, con todos esos problemas no sorprende que los chicos y las chicas no sean comunicativos ni quieran tener amigos. A veces, con todas las cosas que vivieron, son más bien peleadores u hoscos. Jimena entiende. En realidad (y dentro de todo) ella tuvo suerte.

El jueves a la mañana pasó algo totalmente nuevo, una revolución en el hogar: trajeron a un bebé. Sí, igual que cuando ella llegó al centro por primera vez. Tiene apenas unos días. Le pusieron José y lo van a bautizar el sábado de la semana próxima. Es tan dulce cuando duerme... Ahora, aunque es invierno, Jimena no quiere irse a dormir porque le gusta asomarse a la cuna y mirarlo. Varias veces al día, a escondidas, va, le toma la manita y le habla. A ella no le hablaron mucho y sabe que las palabras son una compañía. Las palabras son una familia que nos acuna cuando estamos despiertos. Y ella quiere acunar a José, aunque no le dejan tenerlo en brazos porque es muy chiquita (ya le pidió a Martina, que se ocupa de cuidar a José, pero no hay caso). A Jimena no le importa porque, a fin de cuentas, hay muchas formas de abrazar. Y ella lo abraza varias veces al día.

Ya pasaron seis meses y ¡José está tan grande! Ya sostiene su cabeza y se mantiene sentado. Balbucea cosas que nadie le entiende. Bueno, Jimena un poco sí que lo hace, porque pasa mucho tiempo con él. Antes de ir a clases, por la mañana, pasa a saludarlo y se queda un rato con él. Para eso se levanta antes, se lava los dientes, se viste y se peina más rápido y mejor que antes, para que nadie le diga nada. También mejoró en la escuela. Sabe que si lo hace todo bien nadie se va a enojar con ella. Y lo que más quiere es poder estar con José... ¡es tan chiquito y a esa edad se necesita tanto cariño! Ella no ve la hora de que se pase el tiempo y, cuando sale de la escuela, pasa antes del almuerzo para estar un ratito con él. Después, a la hora de la siesta, en lugar de dormir se lleva los útiles para hacer los deberes a su lado. A cada ratito interrumpe para contarle lo que está estudiando. Ella sabe que no entiende mucho todavía, pero también sabe que para José ella es alguien y es bueno tener a alguien. Los deberes le salen muy bien siempre y los termina rápido, así que una parte de la tarde la dedica a enseñarle a caminar. Jimena sabe que primero tiene que lograr pararse, así que le enseña de a poquito, con paciencia. Para el hogar, después de todo, es un alivio. Con tantos niños y niñas tan sufridos que atender, ¿qué problema puede haber en que unos se ocupen de otros como en las familias con muchos hijos? Es bueno para Jimena y bueno para José y, sobre todo, ¡cuánto alivia el trabajo! ¡Jimena aprendió incluso a cambiar los pañales!

Para el cumpleaños de dos de José, el hogar hizo una gran fiesta, con globos, torta de chocolate y dulce de leche, papas fritas y *Coca-Cola*. En realidad no se festejaba

solamente el cumpleaños de José, sino también el de Pedro y Ayelén. Y además había un grupo de visitantes de no-sé-qué escuela que habían ayudado. Y trajeron chicos de esos que van a esa escuela y que tienen sus familias, que los visitaron y jugaron con ellos, como si fueran iguales, hermanos. Fue un día inolvidable. Había un sol brillante y, aunque era pleno otoño, hacía calorcito. Hasta había una animadora y un payaso (los payasos no le gustaban mucho a Jimena, pero por esta vez estuvo bien). A todos les dieron cotillón y Jimena lo guardó en su cajita.

Lo mejor era ver a José: ya caminaba, aunque a veces todavía se caía. Y hablar, hablaba, aunque seguía llamando «coca-ola» a la torta, a la gaseosa y al chocolate. «Pero es cuestión de tiempo... es importante que aprenda a pronunciar bien», se decía Jimena. «Ya le voy a enseñar». ¡Y lo bueno es que era tan sociable...! Jimena se emocionaba cuando lo veía quedarse con cualquiera sin llorar. José sonreía siempre que veía una cara nueva, al revés de lo que pasaba con la mayoría de los niños y niñas del hogar. Confiaba. Desde luego que su sonrisa más linda era para Jimena. Le era difícil decir la «J», pero al menos había aprendido quién era ella. En su lengua balbuciente la llamaba «Inena» y a Jimena le agradaba casi más ese nombre inventado que el que tenía, porque la «J» es una consonante que no le gusta. Todo fue tan lindo que incluso la fiesta del cumpleaños de trece de Jimena, que estaba próxima, pasó de costado. En el hogar le preguntaron qué quería para su cumpleaños... y la verdad es que no quería nada. Tenía todo lo que quería: su tesoro en la cajita, sus pensamientos, sus proyectos y sueños y tenía que ocuparse de José. ¿Qué más podía pedir?

El lunes de la semana pasada hubo un nuevo revuelo en el hogar. Cada tanto pasan cosas, como cuando se escapó Jonathan y lo estuvieron buscando. Luego lo encontraron, pero lo cambiaron de hogar no se sabe muy bien por qué (o al menos a ellos no se lo contaron). O como cuando se pelaron Pedro y Ramiro... ¡qué locura ese día! Ramiro se había burlado de la mamá de Pedro y bueno... era obvio lo que iba a pasar. «No sé por qué Ramiro hace esas cosas», se lamentaba Jimena, como aquella vez en que le dijo: «a vos nunca nadie te va a adoptar». Jimena sabía que no era cierto, pero igualmente le dolió. El revuelo de esta semana fue distinto: la juez había encontrado una familia que podía adoptar a José. ¡Todos estaban tan contentos en el hogar! José es tan afable, siempre sonríe a todos, y ahora se ríe a carcajadas, incluso, cuando alguien hace una morisqueta. Sus ojos son vivaces y siempre está en comunicación con su entorno. Habla bastante bien para su edad y sabe jugar. ¡Se lo merece! «Sí, se lo merece», piensa Jimena. «Se merece tener una familia».

Hace ya quince días de la partida de José con su familia adoptiva. El hogar se quedó vacío, triste, pero Jimena (aunque un tanto apesadumbrada) tiene el corazón contento y lleno de alegría. Y es que en eso consiste el verdadero amor: en querer lo mejor para el otro, aunque al principio duela; en dar todo a cambio de nada y en alegrarse por la dicha de los que nos rodean. ¡Qué sabia es Jimena a sus doce años de edad!

Guía didáctica

Temas tratados: derecho a tener una familia, amistad, derecho a ser protegida, adopción.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 18, 19, 20 y 21.

Actividades:

1. *La caja de colores*

- Los y las estudiantes traen una pequeña caja de colores a clase y se imaginan que se encuentran en la misma situación que Jimena, es decir, que viven en un hogar con pocas pertenencias personales.
- Acto seguido, se les indica que escriban en una hoja qué «tesoros» guardarían en esa caja de colores (una carta, un dibujo, una fotografía, un colgante, etc.) y que expliquen brevemente el porqué de su elección. A continuación, deben guardar la hoja en la caja de colores e intercambiársela entre los y las estudiantes.
- Una vez leídos en alto el listado de recuerdos contenido en cada una de las cajas, se inicia un debate acerca de las principales cuestiones surgidas: ¿hay coincidencias? ¿Qué tipo de objetos se han guardado? ¿Ha habido alguna sorpresa?...

2. *Diseñemos el «Hogar felicidad»*

- Tras leer la historia, el profesor/a insta a sus estudiantes a que diseñen, en grupos o individualmente, un hogar para acoger a niños y niñas.
- Pueden plantearse las siguientes preguntas: ¿cómo sería arquitectónicamente? ¿Cuántos niños y niñas vivirían en el mismo y de qué edades? ¿Qué mobiliario incorporarían al centro? Además de las cuestiones vinculadas con la infraestructura espacial, también deberán tomarse en consideración aquellos elementos que se consideren como imprescindibles para garantizar el bienestar (material y afectivo) de los niños, niñas y adolescentes que allí vayan a residir. Un último detalle, pero no por ello menos importante: hay que bautizar (poner un nombre) al hogar diseñado y justificar el porqué de esa elección.
- Finalizar la actividad con un debate grupal acerca de los diseños propuestos por los diferentes estudiantes o grupos.

Apoyo audiovisual:

Burton, Tim (Dir.) (2016). *El Hogar de Miss Peregrine para niños peculiares*. Estados Unidos de América, 127 mins.

Cuarón, Alfonso (Dir.) (1995). *La princesita*. Estados Unidos de América, 97 mins.

Curtis, Simon (Dir.) (1999). *David Copperfield*. Reino Unido, 180 mins.

Spielberg, Steven (Dir.) (2016). *Mi amigo el gigante*. Estados Unidos de América, 117 mins.

Apoyo literario:

Bozzi, Ricardo y Zagnoli, Olimpia (2013). *El mundo es tuyo*. Barcelona: Editorial Juventud.

Damm, Antje (2016). *La visita*. Barcelona: Ediciones Tramuntana.

Soy Andrade, María Teresa (2017). *La mirada de Sara Nosly*. Madrid: Nueva Estrella.





René

Texto de Teresa Picontó Novales* y Blanca Picontó Calvo,**

**Profesora Titular de Filosofía del Derecho y Sociología Jurídica de la Universidad de Zaragoza, España; **Estudiante del Instituto de Educación Secundaria Miguel Catalán de Zaragoza, España.*

Ilustraciones de Anaïs Civit López,

Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.

Nada más abrir sus ojos vio los árboles recogiendo los pequeños copos de nieve que se dejaban caer suavemente sobre sus ramas, dando un aire frío y luminoso al paisaje invernal. Lucía se incorporó para observar mejor como caían los copos de nieve en su ventanilla, pero cada vez que uno tocaba el cristal se deshacía en pequeñas gotas de agua. No tenía claro en dónde estaban, pero sí sabía hacia donde se dirigían. Tenía tantas ganas de ver a su abuelo y de que éste le contará más cosas de ese niño, amigo de su infancia... No había visto al abuelo desde las vacaciones de verano: vivía en un pueblecito del pre-Pirineo, a unas tres horas en coche desde la ciudad. Sus padres iban en la parte delantera del coche hablando de sus cosas e Iván, su hermano pequeño, estaba dormido junto a ella.

El rostro del abuelo se iluminó al verlos llegar y los niños se lanzaron hacia él, compitiendo por ver quien llegaba primero. Abrazados a su abuelo entraron en la sala de estar. En la alfombra que había debajo de la mesita central de la habitación había algunos juguetes e Iván, al verlos, se abalanzó sobre ellos. Lucía se quedó callada junto a su abuelo y sus padres se dirigieron a la cocina a ver qué le faltaba al abuelo para poder ir a comprarlo. Cuando volvieron a la sala, el abuelo les dio una pequeña lista en la que había escrito, con una letra ya desdibujada por sus más de ochenta y cuatro años, las cosas que no vendían en el pueblo. Les insistió en que fueran más tarde a comprar, pero ellos decidieron irse ya, no sin antes pedirle a los niños que se portaran bien. Eso era justamente lo que Lucía estaba esperando: quedarse a solas con su abuelo. Total, Iván, enfrascado como estaba con los juguetes, era como si no estuviera. Y era mejor que sus padres se hubieran ido porque la madre de Lucía se enfadaba mucho con ella cuando la veía conversar bajito con el abuelo.

El abuelo no siempre contaba sus historias: a veces se resistía mucho cuando Lucía le preguntaba. Esas veces, hiciera lo que hiciera o dijera lo que le dijera, si su abuelo no estaba por la labor, Lucía no le sacaba ni una palabra. Su abuelo le bromeaba por lo intriga que la veía, eso era todo. Lucía nunca sabía cómo se lo iba a encontrar, si con ganas

de hablar o taciturno y hermético, así que trató de aparentar naturalidad y disimular lo ansiosa que estaba por saber más de ese niño, René.

—Yayo, no terminaste de contarme por qué se marchó ese niño sólo del pueblo.

—¡Ya no era un niño! ¡Casi tenía 11 años! —contestó un poco brusco el abuelo.

—¿Y por qué no fueron con él sus padres o alguien de su familia? —se atrevió a preguntarle Lucía. El abuelo hizo gesto de decir algo, pero apretó los labios mientras sus ojos se humedecían y su mirada se quedaba fija en el vacío. Lucía sintió una pena infinita y también una gran curiosidad. «Debe de ser una historia muy triste la de ese niño», pensó.

El abuelo se fue a las estanterías de la sala y al volver le mostró a Lucía una foto muy pequeña, en blanco y negro. Era una fotografía muy antigua, sobre un papel con un ribete blanco formando pequeños picos; en ella había dos niños, de medio cuerpo, de unos cuatro o cinco años. Guardaban un cierto parecido entre sí, pero era por lo corto —casi rapado— que llevaban el pelo y por sus blusas tan blancas. Por delante de uno de ellos asomaba el brazo de otro niño, también vestido de blanco —alguien había retocado la foto para que sólo aparecieran ellos dos— y parecían estar sentados en el suelo. El fondo de la fotografía era totalmente negro y no se vislumbraba ningún objeto o mobiliario, ni siquiera se podía adivinar si estaban al aire libre o en un interior. Uno de los niños se tocaba el lado izquierdo de la cabeza con su mano y miraba con cierta desconfianza hacia la cámara y el otro niño, un poco más pequeño, estaba serio, con la boca entreabierta, como si dijera algo. A Lucía le sobrecogió un poco la foto por la tristeza que desprendía, pero no dijo nada. Supuso que probablemente uno de los niños era su abuelo y el otro era René. Iván seguía jugando y Lucía repitió la misma pregunta:

—¿Por qué se marchó ese niño solo del pueblo?

El abuelo se tomó un tiempo y dijo:

—Lo que pasó es que René estaba muy enfadado cuando decidió escaparse.

Lucía hizo amago de decir algo pero dejó hablar a su abuelo, que le explicó que René era medio huérfano y que una tarde, mientras estaba jugando a fútbol en el patio del colegio, oyó como unos chicos mayores comentaban entre ellos haber oído decir a las hermanas religiosas que el padre de René acababa de morir de un ataque al corazón. Casi todos los niños que estaban jugando en el patio también lo oyeron. René salió corriendo en dirección a los edificios de las chicas. Al llegar a la puerta de la sección de las chicas René se acordó de que Rosa, su hermana, ya no vivía allí y se puso aún más triste.

Rosa se había tenido que ir a vivir a Barcelona, donde trabajaba como costurera en una fábrica, así que apenas la veía. René recibía una carta de Rosa cada mes y, en la última, su hermana le había dicho que pasarían juntos unos días en verano. Le contaba que estaba contenta porque se acababa de mudar, con otras compañeras, a un pequeño piso cerca del mercado de La Boquería y le pedía que le contestara pronto a su nueva dirección. Rosa era ocho años mayor que René y lo era todo para él... Bueno casi todo, porque René se sentía también profundamente amado por su padre.

¡Estaban en febrero y faltaba tanto para el verano! ¡Tenía que ver a Rosa cuanto antes, no podía más! El pensamiento de que nunca más volvería a ver a su padre era tan terrible que le faltaba el aire para respirar. El padre de René se había quedado viudo con dos hijos y trabajaba de jornalero «de sol a sol», como él mismo solía decir. Pidió ayuda a sus familiares para cuidarlos, pero los abuelos y tíos de René, pasados los primeros meses, se acabaron desentendiendo de los niños. Así que no tuvo más remedio que

llevarlos a la residencia con las hermanas religiosas que había en otro pueblo y dejarlos allí, internos. Les prometió ir a visitarlos siempre que pudiera, pero sólo tenía una semana libre al año, la fiesta del patrón, San Miguel. Esa semana su padre los sacaba de la residencia y se los llevaba a casa de una parienta lejana, la tía Manuela. Eran tan felices los tres juntos pero... ¡qué rápido pasaban esos días!

¡Y ahora que Rosa vivía tan lejos, va y se moría su padre! A ratos René lloraba y se desesperaba. Apenas comía y durante un par de semanas no bajó al patio ni a las clases. A finales de febrero hubo carnavales en el pueblo y los niños estaban tan alterados que las hermanas no daban abasto para controlarlos a todos. René aprovechó ese momento para colarse en la biblioteca que había en el primer piso y descolgarse por una de las ventanas hasta una tejavana. Se quedó allí esperando a que oscureciera y saltó al patio trasero, donde la tapia estaba un poco más baja. La escaló fácilmente y, una vez en la calle, decidió llevar adelante su plan: uno que sólo había contado a su mejor amigo –porque estaba seguro de que no se lo iba a «chivar» a nadie–.

—¿Eras tú? ¡Fue a ti a quién se lo contó! ¿Verdad, abuelo? —le dijo Lucía, dejando caer un suspiro de emoción.

El abuelo le explicó cómo hasta el día siguiente, en el comedor, las hermanas no se dieron cuenta de que René se había escapado.

—¡Vaya la que se organizó en el colegio! —dijo entre alborozado y divertido.

Después se quedó pensativo, lo que asustó a Lucía, pero continuó contando. René comprobó que llevaba consigo la última carta de su hermana y algunas monedas y se dirigió a la estación de ferrocarril. Era una pequeña, a las afueras del pueblo. Había un tren para Barcelona a las diez de la noche y cuando llegó se quedó cerca del andén, detrás de unos arbustos. Se esperó a que subieran todos los pasajeros, se metió en el vagón de correos, en el que había sacas apiladas por todas partes y se dispuso a partir. Se le hizo el viaje interminable hasta llegar a su destino, la Estación de Francia. Una vez allí, esperó a que el ruido y las conversaciones se disiparan y salió... pero cuando ya estaba bajando del tren un señor mayor, un tanto extrañado al verlo, fue a decirle algo. René echó a correr. El señor sospechó que era un ladronzuelo y fue directo a avisar a la policía de la estación.

Mientras, en el colegio, las hermanas habían llamado también a la policía y habían dejado un recado a Rosa en la fábrica, por teléfono, pidiéndole que se pusiera en contacto con ellas cuanto antes, preocupadas como estaban por lo que pudiera pasarle a René.

Antes de que todo esto hubiera sucedido, Rosa, nada más saber del fallecimiento de su padre, escribió a las hermanas pidiéndoles, por favor, que no le dijeran nada a René, que ya lo haría ella cuando fuera a verlo. Estaba tan preocupada por él que pasaba las horas ideando la mejor manera de llevárselo con ella a Barcelona. Sabía que una tía ya mayor, la hermana pequeña de su abuela, vivía en Barcelona y que no tenía hijos. No la había vuelto a ver desde que era muy pequeña pero, aun así, Rosa se decidió a hablar con ella para ver si podía ayudarla. Hizo contacto con familiares y conocidos por carta y por teléfono para poder averiguar el paradero de su tía Agustina –que era como se llamaba–. Le contaron que su tía se había ido muy joven a la ciudad, que no había vuelto por el pueblo y que, aunque había escrito alguna carta, hacía tiempo que no sabían nada de ella. Después de una serie de averiguaciones consiguió la dirección de su casa y le envió una carta en la que le decía que le gustaría visitarla. La tía Agustina, que había en-

viudado recientemente, contestó enseguida pidiéndole que viniera pronto y, finalmente, se citaron en su casa un domingo por la tarde. La tía, mujer muy sensible y cariñosa, se alegró mucho de conocer a Rosa y se interesó por cuanto le contó sobre René y sobre ella misma. Tras escucharla le propuso que fueran a vivir los dos un tiempo con ella y su con su perrito Pinocho en su casa.

Todo lo que sucedió desde que se escapó René, dijo el abuelo, fue como en una película: la policía de la Estación de Francia lo encontró, le hizo muchas preguntas y lo retuvo allí mientras localizaban a alguien que se hiciera cargo de él. Hicieron sus averiguaciones y se pusieron en contacto con la policía del pueblo, que había dado parte a varias comisarías tratando de encontrarlo. Rosa ya había hablado con las hermanas y estaba al tanto de todo lo sucedido. Cuando ya estaba empezando a anochecer se presentaron a recogerlo en la estación Rosa y una señora mayor –la tía Agustina–, a quien René todavía no conocía. Tras hablar con la policía y firmar algunos papeles, Rosa pudo abrazar al fin a René y llevárselo con ella y con la tía. Fue un encuentro muy emocionante... había tanto que contarse.

Lucía estaba tan atenta escuchando a su abuelo que no advirtió la entrada de sus padres en la sala. La madre de Lucía le dijo muy contrariada:

—¡Deja al abuelo tranquilo! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

El abuelo se quedó callado mientras Lucía contestaba:

—¡No sé qué tiene de malo que el abuelo me cuente historias!

La madre se puso nerviosa, pero se contuvo. Lucía entonces, más calmada, le explicó a su madre que estaban simplemente hablando de René, ese niño amigo del abuelo. Entonces la madre de Lucía se giró hacia su hija y le contestó:

—Supongo que sabes que René es el primer nombre de tu abuelo y que es así como lo llamaban en el orfanato.

Se hizo un silencio. Lucía enmudeció y miró entonces a su abuelo. Él, dirigiéndose dijo:

—Sí, cariño, es cierto. Tengo dos nombres. Lo que pasa es que mi padre, mi hermana y mi tía nunca me llamaron René... Yo lo odiaba. Me llamaban Fabián, que es mi segundo nombre.

—Pero y entonces... —dijo Lucía tartamudeando —¿Quién es el otro niño de la fotografía?

—Es mi amigo Antonio, al que has visto aquí algunas veces. Lo suyo fue peor porque lo dejaron en el orfanato nada más nacer. Yo tuve suerte: llegué allí con mi hermana, y ya con cinco años. Verás, Lucía... yo no quería que sufieras por mí: de niño tuve momentos difíciles, pero la vida me los ha devuelto con creces. Siendo muy joven conocí a tu abuela y ella me hizo muy feliz mucho tiempo... y ahora os tengo a todos vosotros. Os quiero tanto y me siento tan querido que ahora ya puedo hablar de cuando era niño. Antes no me salían las palabras. A tu madre no se lo pude contar... tan solo algunos detalles, ¿verdad, hija mía? —dijo, dirigiéndose a la madre de Lucía. —Tu madre cree que tú me sonsacas para que te hable de mi infancia, pero no es así. Soy ya tan viejo que quería contárselo a alguien sin que se pusiera muy triste. Y te la he contado a ti, Lucía, como he podido —prosiguió. —Me gustaría que no olvidéis nunca que lo más grande que un niño puede tener es una familia. Sea la que sea, da igual, lleve o no su propia sangre. Los niños necesitan sentirse especiales para alguien y que ese alguien los quiera y se ocupe de ellos.

Lucía y su madre se acercaron al abuelo Fabián y lo abrazaron. Iván, que no salía de su asombro por lo que estaba pasando, buscó la mirada de su padre y éste le sonrió.

Guía didáctica

Temas tratados: la importancia de ser cuidado, atendido y querido en la infancia; los niños de la Guerra Civil española y la posguerra (la llamada «generación del silencio»), la necesidad de no separar a los hermanos en contextos de orfandad y/o de falta de adultos responsables, la amistad, las dificultades que algunos niños, niñas y jóvenes que sufren o han sufrido, tienen para contar a otros lo que les ocurre o ha ocurrido.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 18, 19 y 20.

Actividades:

1. *La verdadera historia de René*

- Tras leer el relato de René, la persona docente invita a los y las estudiantes a tomar conciencia sobre la consideración social de los niños y niñas antes y después de la Convención sobre los Derechos del Niño de 1989.
- Se buscará información en internet sobre la Guerra Civil española y la posguerra, en mitad de la cual René y Rosa tuvieron que vivir. Se tratará de dar explicación a algunos de los hechos del relato: ¿Por qué abuelos, tíos y demás familiares de René y Rosa dejan de cuidarlos cuando pierden a su madre, aún cuando esto obliga a su padre, que trabaja «de sol a sol», a internarlos en un orfanato? ¿Cuál podría ser la razón de que el abuelo de Lucía haya esperado tanto tiempo para contar la historia de René? ¿Por qué no le ha contado a Lucía hasta ahora quién es realmente ese niño del que siempre le está contando historias?
- El o la docente puede hacer reflexionar también a los y las estudiantes acerca de los problemas que muchas familias afrontan en la actualidad (separadas a la fuerza por razones políticas, económicas, de seguridad nacional, etc.) en el contexto de las personas refugiadas que llegan a Europa a través del mar Mediterráneo o de las que atraviesan la frontera entre México y los Estados Unidos de América. ¿Qué pasa con los derechos de los niños, niñas y jóvenes cuando están viviendo en medio de estas situaciones?

2. *Historias de vida*

- El o la docente dividirá a los y las estudiantes en dos grupos.
- El primer grupo se encargará de comparar el final de la película recomendada *Oliver* (1968) con el final del relato de René y los caminos que toman sus protagonistas. También podrá hacerse la comparación a partir de la lectura recomendada de los capítulos 51 y 53 de la novela *Oliver Twist* (1998), en la que se basa la película.
- El segundo grupo, por su parte, se encargará de trabajar con el relato *El polizón de Ulises* (2014) de la escritora española Ana María Matute –niña de la generación de «los niños asombrados», que vivieron y quedaron profundamente marcados por la posguerra española– y comparar la aventura que emprenden el niño Jujú y René, así como los motivos para iniciarla.
- Ambos grupos generarán una pieza de creación literaria o audiovisual a partir de sus comparaciones y lo presentarán públicamente a los demás.

Apoyo audiovisual:

Reed, Carol (Dir.) (1968). *Oliver*. Reino Unido, 153 mins.

Apoyo literario:

Dickens, Charles (1998[1838]). *Oliver Twist*. Barcelona: Planeta.
Matute, Ana María (2014). *El polizón del Ulises*. Madrid: Anaya.



Llum – ¡Off! ¡On!

Texto de Carme Panchón Iglesias,

Profesora Titular de Pedagogía y Directora Adjunta del Instituto de Desarrollo Profesional-ICE de la Universidad de Barcelona, España.

Ilustración de Clàudia Niubó Bigas,

Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.

En una casa cualquiera de una ciudad cualquiera vive Llum con su familia. Sus padres trabajan, salen cada día a las siete de la mañana y no vuelven, como muy pronto, hasta las ocho de la tarde. Ella y su hermano Marc tienen un horario abarrotado: van a la escuela, a sus actividades extraescolares y viven una vida propia, paralela a la de la familia.

Como tantas otras niñas, Llum sale cada día de su casa para ir a la escuela. Cada día convive con mucha gente y cada día regresa a su casa y comparte su vida con sus padres y su hermano. Ve todas las cosas que le ocurren desde su propia perspectiva particular y se hace preguntas sobre todo. Indaga, reflexiona, se sorprende y se maravilla al descubrir el mundo en el que vive. El brillo de su mirada es como el de un machete que va desbrozando un camino en la selva, descubriendo un nuevo mundo en cada paso. Con cada fragmento de maleza despejada encuentra algo maravilloso que le permite ir avanzando en el reconocimiento de la realidad. Aunque no todo lo que encuentra es agradable y, a veces, ni tan siquiera comprensible, le sirve sin embargo para ir construyendo el álbum de su vida. A veces se encuentra con algún peligro inesperado y paralizante, pero nunca deja de resolver sus miedos y se enfrenta con alegría a todas las dificultades que le puedan surgir.

Durante este curso escolar, en la rutina de Llum se incluían visitas a casa de una amiga que vivía en el edificio de enfrente. Muchos días, cuando volvía del colegio y sus padres todavía no habían vuelto de trabajar, esperaba en casa de Elisa jugando o haciendo los deberes. Elisa vivía sola con su padre, quien siempre había tratado muy bien a Llum. A veces, incluso, se ofrecía a prepararle la cena si sus padres se retrasaban más de la cuenta. Lo que más le gustaba a Llum de aquellas visitas era cuando los tres se ponían a jugar al escondite –no es que la casa fuera muy grande, pero siempre encontraba algún rincón donde esconderse–. Así iban transcurriendo los días hasta que pasó algo que cambiaría su vida.

Un día su amiga Elisa no vino a clase, así que, al volver del colegio, Llum decidió pasar a visitarla, preguntarle por qué no había ido y esperar con ella a que llegaran sus padres.

Ese día la recibió el padre de Elisa y le explicó que ella se había ido unos días con sus abuelos. Le sorprendió que no le hubiera dicho nada, pero bueno, se quedó igualmente.

El padre de Elisa le propuso jugar al escondite, como habían hecho otras veces y, como siempre, Llum se refugió en un rincón de la casa y esperó. Esa vez, sin embargo, le extrañó que, de repente, se cerrara la luz. No pasó mucho rato hasta que sintió cómo se le acercaba alguien sigilosamente. Era el padre de Elisa, que susurraba algo en voz baja que Llum no podía entender. Notó una mano que se apoyaba en su hombro, como para decir ¡te pillé!, pero a diferencia de las otras ocasiones, esta vez la mano no se apartó tras el primer momento. Se entretuvo lo que para ella fue una eternidad y luego bajó despacio por su espalda, entreteniéndose. Llum se quedó petrificada, no entendía nada. ¿Qué estaba haciendo? Sintió que la manoseaba de arriba abajo y que no podía pronunciar ni una sola palabra. Se paró el tiempo.

De pronto una voz grave la despertó. Era como si hubiera estado dormida. La luz estaba ya encendida y el padre de Elisa le decía, con toda naturalidad, que ya podía irse a su casa. Sin pronunciar una sola palabra, Llum se levantó, abrió la puerta de la calle y se marchó. Bajó las escaleras como un autómatas, con los ojos muy abiertos, sin pestañear. Cruzó la calle y entró en su casa. Se fue directamente a su habitación sin escuchar lo que le decían sus padres. Y, allí, se puso a llorar.

Ese día la pequeña Llum dejó de brillar. Dejó de proyectar los maravillosos reflejos que salían de sus ojos, de su sonrisa y de su persona. De repente, parecía que alguien hubiera apagado el interruptor de la luz, ¡estaba *Off!* El cuarto había quedado a oscuras y, cuando estás a oscuras no ves bien dónde te encuentras, dónde están las cosas y dónde están las otras personas. No ves nada. No sabes quién te puede ayudar a seguir. ¿Quién te puede ayudar en la caída? ¿Quién te ayudará a levantarte? Eso le pasaba a Llum: estaba en el cuarto, a oscuras, y no sabía quién la quería de verdad. El padre de Elisa le había dicho que la quería, pero no se había portado bien con ella.

Así estaba: desorientada, perdida, sin saber qué hacer, cada vez más triste, más enco-gida, más demacrada... Y pensaba: ¿porqué no podía pasar como con el interruptor de la luz, que enciendo y –¡*On!*– todo ha pasado? ¿Acaso ha sido una pesadilla, una terrible pesadilla, y nada más? Pero no era así. Había sucedido de verdad, le había pasado a ella. No podía quitárselo de la cabeza. Repasando una y otra vez la misma situación, aquella mano por su cuerpo... una horrible sensación la envolvía. Se sentía muy mal, se sentía culpable...

Durante los días siguientes Pablo, un buen amigo y compañero de clase, se preocupó mucho. No veía a Llum como siempre.

—¿Dónde has dejado tu alegría y tu buen humor? —le preguntaba.

Llum no le contestaba. Se limitaba a bajar la mirada y a hacer ver que no le había oído. Sus padres empezaron a inquietarse al observar su cambio de comportamiento. También le preguntaban qué le pasaba:

—¿Hija, te pasa algo? ¿Por qué estás así? ¿Has tenido algún problema en la escuela?

Pero ella era incapaz de explicar nada, porque no entendía nada de lo que había ocurrido con el papá de Elisa.

Pablo no estaba satisfecho. Como Elisa estaba fuera durante esos días, aprovechaba para acompañar a Llum a su casa al salir de clase y pasar con ella un buen rato. A

veces, mientras estaban en la casa aparecía Marc, el hermano de Llum. Como era más mayor que ellos casi no les hacía caso:

—Hola *peques*, ¿qué tal? ¿Todo bien? Recojo unas cosas y me voy a deporte con mis colegas. ¡Portaros bien! —decía como de corrillo.

Llum actuaba ahora con su hermano de manera diferente a otras ocasiones. No le contestaba. Era como si nada, como si no hubiera le hubiera oído y eso aún preocupaba más a Pablo. Decidió insistir.

—Llum, si te pasa algo sabes que a mí me lo puedes contar. Soy tu amigo y te ayudaré en todo lo que pueda.

Entonces Llum rompió a llorar. Las lágrimas no paraban de brotar de sus ojos. Era un llanto desesperado y casi no podía hablar. Como pudo, entre lágrimas e hipo, le explicó a Pablo lo que le había pasado con el padre de Elisa. Pablo se quedó petrificado y muy afligido. Llum seguía el relato, llorando y mostrando su dolor y su gran preocupación.

—Además, el papá de Elisa es amigo de mis padres. Se ven muy a menudo. Y él siempre me ha tratado de una manera especial, como si también fuera hija suya... ¿Qué voy a hacer?

Pablo le dijo que lo mejor era explicárselo todo a sus padres. Llum decía que no, que no la creerían, que el padre de Elisa era su amigo y que, además, era mayor. Seguro que le harían caso a él y no a ella.

—Hmmm... —iba murmurando Pablo mientras pensaba. —Tranquila, encontraremos la solución.

Pero Llum no lo tenía tan claro. ¿Qué haría cuando se lo encontrara por la calle, o en su casa? ¿O cuando Elisa la invitara otra vez a merendar o a hacer los deberes? Llum estaba muy triste, se sentía muy mal. No podía olvidar la sensación que tuvo cuando aquella mano se paseó por todo su cuerpo, se sentía como si estuviera sucia. Aún tenía su estómago encogido, con aquella sensación de mariposeo que no la dejaba tranquila.

—¡Por eso tienes que contárselo a alguien! —le decía Pablo cogiendo su cara entre sus manos.

Llum se resistía, pero al final decidieron que al día siguiente Pablo la acompañaría a hablar con su profesora, Beatriz. Esa noche apenas pudieron dormir. A la mañana, en cuanto fue la hora, Pablo marchó a casa de Llum para recogerla, ir juntos a la escuela y ver si la profesora podía atenderles. Aquel día no la encontraron ni en el patio, ni por los pasillos y esto afectó mucho a Llum: la hizo retroceder en su voluntad de explicarlo todo, ya no estaba tan predispuesta a hablar y ahora se mostraba huidiza con Pablo. Cada día que pasaba estaba más triste y decidió echarse atrás. No quería contarle nada a la profesora:

—Pues si no vamos juntos a verla, —le dijo Pablo —seré yo quien hable con ella de lo que pasa.

Un día, en la clase de plástica, la profesora Beatriz les propuso un trabajo: tenían que hacer un dibujo sobre algún acontecimiento de las últimas semanas, algo que hubieran hecho.

—Algo que os haya impactado recientemente —les sugirió.

Llum se encontraba ante el papel en blanco y su mente parecía haberse quedado en blanco también. Cogió un lápiz y su mirada se perdió en el papel, como si éste fuera una gran superficie inabarcable. Pasó un buen rato dando pequeños golpecitos con la punta

del lápiz en el papel hasta que, de repente, brotó en su mente un torrente de imágenes que se empujaban las unas a las otras en un caos inexplicable. Se puso a dibujar precipitadamente sin saber muy bien lo que hacía.

Al final surgió en el papel un dibujo en el que se podía ver a una niña en un armario y rodeada de manos que la envolvían. Unas manos enormes, unidas a varios brazos que parecían de un monstruo, todo tachado. El papel estaba lleno de garabatos y solo se distinguían esas dos figuras atormentadas. La profesora cuando vio el dibujo se quedó estupefacta y exclamó aturdida:

—¡Madre mía, Llum! ¿Qué es esto?

La mirada que le dirigió Llum le dio a entender que pasaba algo. Rápidamente la profesora empezó a atar cabos: por eso estos días la había visto tan ausente. En alguna ocasión incluso le había preguntado si veía la televisión por la noche, si no dormía suficiente, si se encontraba bien. Beatriz le dijo que la acompañara, la cogió de la mano, salieron de clase y se fueron hacia su despacho.

El despacho era un lugar muy agradable. Además de su mesa de trabajo, Beatriz tenía unos sillones muy cómodos en los que podían charlar la una al lado de la otra.

—A ver Llum, cuéntame. ¿Qué te pasa?

Al principio Llum no estaba muy dispuesta a decirle nada, pero se acordaba de lo que le había dicho su amigo Pablo: si ella no hablaba lo haría él. Finalmente, Llum se desahogó con su profesora.

Beatriz le dijo que no se preocupara que ella llamaría a sus padres para que vinieran a recogerla a la escuela y que así lo podrían comentar todos juntos. Llum se preocupaba porque sus padres tenían mucho trabajo y, si los llamaba, se asustarían. Los padres de Llum acudieron de inmediato a la llamada de la profesora y, una vez allí, con mucha delicadeza, Beatriz les contó el desafortunado incidente que había sufrido su hija con el padre de Elisa. Por suerte, solo había ocurrido una vez y ella lo había podido comunicar.

La profesora les informó de los protocolos que existen en las escuelas para cuando se detectan situaciones como esta y que debían decidir como iban a actuar. Los padres agradecieron cualquier ayuda y asesoramiento que se les pudiera brindar: muchos eran los sentimientos y emociones que les embargaban. Estaban sorprendidos y muy preocupados por su hija. Querían saber cómo enfocar la situación para que Llum pudiera seguir con su vida y, poco a poco, superar tan mala experiencia.

Afortunadamente, se había puesto fin a la soledad en el sufrimiento de Llum. Cuando hubo contado lo que le pasaba, se pudo buscar la ayuda de especialistas que pudieran orientarla para avanzar hacia el futuro, segura, y superar lo sucedido. El silencio es cómplice de los agresores y culpabiliza a las víctimas. Es muy importante romperlo y pedir ayuda cuando la necesitemos.

Guía didáctica

Temas tratados: El dolor, el miedo, la desorientación, la necesidad de pedir ayuda, la amistad, el respeto, la confianza.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 19.

Actividad:

1. *La ciudad sin nombre*

- Es importante destacar la frase que da inicio al cuento («En una casa cualquiera de una ciudad cualquiera...») cuando se trabaje conjuntamente con grupos de niños y niñas. Esto se debe a que una circunstancia como la relatada en la historia puede suceder en cualquier lugar, en cualquier momento y en cualquier estamento social. Es decir, una circunstancia como la descrita *le puede ocurrir a cualquiera*. Se trata de estar preparadas y preparados para reconocer estas situaciones, que pueden suceder tanto con personas conocidas como desconocidas, tanto a las niñas como a los niños. Hay que estar alerta: quizás estamos preparadas y preparados para tener más precauciones con personas desconocidas que con las más cercanas.
- En un contexto como el descrito, proponer una dinámica de grupo a partir de la siguiente pregunta: *¿Conocéis a alguien a quien le haya pasado lo mismo que a Llum?* Se puede hacer, por ejemplo, una representación dramática del cuento y luego hablar con las alumnas y alumnos de cómo se han sentido, de qué les ha resultado más difícil interpretar y el porqué: *¿qué creen que habrían hecho ellas y ellos en una situación similar? ¿Les ha quedado claro que cuando les ocurra cualquier cosa que les preocupe y/o que les haga daño, han de comunicárselo a alguien (a su familia, a algún amigo o amiga, a alguien de su confianza)?*

Apoyo audiovisual:

Consejo de Europa (2015). *La regla de Kiko y la Mano* [Archivo de vídeo]. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=41mjgha1_VA.

Para los más pequeños, un vídeo que parte de una campaña del Consejo de Europa y que incluye una guía de trabajo sobre la temática.

Observatorio en Salud Sexual y Reproductiva de Guatemala (2017). *El libro de Tere* [Archivo de vídeo]. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=ldYS1mkNsVs>.

Para la población infantil, un vídeo en el que se mandan mensajes sencillos y claros a las niñas y niños para que puedan identificar estas situaciones.

Armendáriz, Montxo (Dir.) (2011). *No tengas miedo*. España, 90 mins.

Para adolescentes, una película sobre el abuso sexual intrafamiliar, una realidad que la sociedad tiene que reconocer y enfrentar.

Larrègola, Gemma (Dir.) (2010). *Infancia en riesgo*. España, 60 mins.

Para estudiantes universitarios, profesionales y ciudadanía en general, un documental de animación en el que se da voz a niños y niñas maltratados a través de testimonios anónimos en primera persona.

Apoyo literario:

Olid, Bel y Vanda, Martina (2008). ***¡Estela, grita muy fuerte!*** Ciudad de México: Fineo
Carranza, Maite (2010). ***Palabras envenenadas***. Barcelona: Edebé.



Sara, la «rara»

Texto de Inmaculada Vivas Tesón,

Profesora Titular de Derecho Civil de la Universidad de Sevilla, España.

Ilustración de Rafael Romero Pineda,

Profesor Asociado del Departamento de Artes y Conservación-Restauración de la Universidad de Barcelona, España.

Me llamo Sara. Vine al mundo en primavera y fue entonces cuando comenzó mi fantástica aventura. Al nacer era una hermosa niña que tenía de todo: dos ojos (tan verdes que parecían dos esmeraldas, como decía mi abuela), una nariz, dos orejas, dos brazos, dos piernas, dos manos, dos pies... ¡No me faltaba ningún trozo! Fui creciendo como cualquier bebé, pero cuanto tenía cuatro años mis padres empezaron a notar que tenía dificultad para moverme y, además, en el colegio no aprendía al mismo ritmo que mis compañeros. Empezaron a llevarme a un montón de médicos y, al final, uno muy alto y simpático les dijo a mis padres que yo tenía una enfermedad poco frecuente e incurable, con un nombre impronunciable. Es por eso que tengo que moverme en silla de ruedas y hablo de una forma un poquitín extraña. Hoy he decidido bajar al parque que está cerca de casa a dar una vuelta.

—¡Hola, soy Enma! Y tú, ¿cómo te llamas? —preguntó una niña que tendría su misma edad, delgada y de ojillos rasgados, mientras se sentaba en un banco justo al lado de donde ella se encontraba.

—¡Hola! Me llamo Sara. ¡Qué raro que me preguntes mi nombre! —respondió, algo extrañada pero a la vez loca de contenta. —Las personas cuando me ven, muchas veces, se ponen nerviosas. No saben cómo actuar ni cómo dirigirse a mí y se sienten incómodas... A veces, me llaman «minusválida», «subnormal», «retrasada», «loca», «pobrecita», «rara» y cosas así —continuó, bajando triste su mirada verdemar. —Incluso me dicen que me vaya... O son ellos quienes prefieren evitarme y se alejan de mí, porque no quieren estar cerca de una niña como yo... ¡Como si de un bicho raro se tratara! —siguió Sara en tono serio.

—Me desprecian por ser diferente, como un monstruo o algo así... ¿Sabes? Y, a veces, hablan de mí como si no pudiera entender lo que dicen y me hacen sentir como una cosa —dijo despacio y esforzándose para hacerse comprender por aquella niña, que le escuchaba con mucha atención y cierta complicidad. —Al principio me quedaba en casa, como una prisionera, pasando horas y horas mirando por la ventana. Pero un día, de repente, me di cuenta de que yo no tenía ningún problema. ¡Eran los demás quienes

lo tenían! ¡Eran los demás quienes se equivocaban al comportarse así conmigo! ¡Tal vez lo hacían por desconocimiento o, incluso, por miedo! Hay personas que no entienden que no sólo yo soy diferente, sino que todos, sin excepción, somos diferentes los unos de los otros. La discapacidad es sólo una característica más de la persona, lo mismo que tu pelo es oscuro y lacio y el mío rubio y rizado. ¿Tan difícil es de entender siendo tan obvio? —se preguntó Sara en voz alta. —Quien no se dé cuenta de ello sí que tiene una discapacidad. Una muy grave que afecta a su corazón: la incapacidad de amar. Yo no tengo que sentirme mal ni pedir disculpas por necesitar una silla de ruedas para moverme —añadió pausadamente, pero con gran convicción.

—Te entiendo, Sara, porque a mí me pasa algo parecido. Yo nací en China y mis padres me adoptaron cuando era muy pequeñita. En la calle y en el cole me han llamado con desprecio «chinita» y me han dicho muchas veces «vete a tu país». Este año, en el Instituto, el segundo día de clase me encontré un cartel en la puerta del aula que ponía: *Prohibida la entrada a animales y chinos* —relató Enma.

—Enma, hay gente con mentalidad muy estrecha y cerrada. ¡Ponen etiquetas a las personas sin saber que las etiquetas sólo se utilizan para la ropa! —afirmó Sara con rotundidad.

—¡Qué verdad más grande! —exclamó Enma, enseñando unos dientes muy igualitos y blancos.

—No es lo que uno tiene, sino lo que uno es. Debemos ser apreciadas no por nuestro físico o por nuestras capacidades, sino por ser personas. ¿Es que hay alguien que pueda hacerlo absolutamente todo? Cada persona es única. Tú eres única y yo también, no hay otra Enma ni otra Sara iguales a nosotras. Todos somos únicos, irrepetibles, imperfectos... —afirmó Sara.

—¡Ya lo creo! —contestó Enma.

—Por eso todos somos diferentes los unos de los otros. ¡Y menos mal! ¿Te gustaría ir al zoo y encontrarte muchos animales pero todos idénticos? ¿Y un jardín con las mismas flores? ¿Y una tienda de chuches donde sólo tuvieran un único tipo de caramelos y del mismo sabor? ¿Y una tienda de juguetes con cien muñecas iguales? ¡Qué aburrido! ¡Sería un rollo! ¿Verdad? La variedad es divertida, es bonita... Todas las personas somos diversamente válidas y capaces. Somos *diferentes* pero también *iguales* —proclamó Sara.

—¿Diferentes pero también iguales? —repitió Enma, algo extrañada.

—Claro. Porque todas las personas somos diversas, pero todas tenemos los mismos derechos. Ni uno más y ni uno menos —afirmó Sara, elevando ligeramente el tono de voz. —¿Sabes qué? Me encantaría poder llamar a una bruja buena para que hiciera un encantamiento que cambiara la forma de pensar y sentir de algunas personas. Y que se convirtieran en personas tolerantes y comprensivas con las que, por distintas razones, son más vulnerables... —dijo sonriendo y con gran dulzura.

—Y... ¿cómo te las arreglas para moverte con la silla de ruedas? —preguntó Enma con enorme curiosidad.

—Mi silla es mágica, ¿sabes? Tiene nombre: se llama Felicidad y le he puesto muchas pegatinas. ¡Mira qué chulas! —dijo Sara moviendo la silla para que su nueva amiga pudiera ver todos los adhesivos de los que presumía. —Le costó mucho dinero a mis padres —añadió con cierto tono de queja. —A veces salir a la calle es una auténtica odisea. ¡No te puedes ni imaginar! No sé cómo hacen las madres o padres con las sillitas de bebés o

Guía didáctica

Temas tratados: diversidad, respeto, autonomía, prejuicio, accesibilidad, inclusión, igualdad de derechos, dignidad, superación, doble discriminación de la mujer con discapacidad.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 23. Véase también la *Convención de la Organización de Naciones Unidas sobre los derechos de las personas con discapacidad* (disponible en <http://www.un.org/spanish/disabilities/default.asp?id=497>)

Actividades:

1. *La importancia de las palabras*

- Una vez leído el cuento, cada estudiante deberá hacer un listado de términos que se utilizan para referirse a las personas con discapacidad o diversidad funcional. Podrá tomar tanto los que aparecen en la historia como otros que averigüe en internet. Los y las estudiantes deberán encontrar el significado de las siguientes palabras: *discapacidad, dignidad, respeto, prejuicio, discriminación múltiple, esterilización forzosa, accesibilidad de los derechos, ajuste razonable, educación inclusiva*.
- A continuación, se podrán en común los términos hallados y se colocarán en una cartulina dividida en dos columnas: una para términos adecuados por ser respetuosos con la persona y otra para los no adecuados por tener connotaciones peyorativas o despectivas.
- Finalmente, la cartulina se colocará en un lugar bien visible del centro educativo, con la finalidad de que todo el alumnado conozca su contenido.

2. *La silla mágica*

- El centro educativo deberá disponer de varias sillas de ruedas para esta actividad. Se dividirá a los estudiantes en grupos de cuatro y a cada grupo se le asignarán una silla de ruedas y una parte del centro que recorrer con ella.
- Uno de los integrantes del grupo deberá sentarse en la silla, otro deberá vendarse los ojos y un tercero deberá taparse los oídos con auriculares. El cuarto miembro tomará nota de todas las barreras arquitectónicas y de comunicación que se encuentren en su recorrido: escalones, señalética, tamaño de los ascensores y si sus botones están en Braille, tamaño de puertas, adecuación de los servicios para silla de ruedas...
- Posteriormente, los y las estudiantes compartirán sus experiencias y debatirán acerca de las barreras y de la accesibilidad, así como de los derechos reconocidos a todas las personas sin excepción.

Apoyo audiovisual:

Fesser, Javier (Dir.) (2018). *Campeones*. España, 124 mins.

Nakache, Olivier y Toledano, Eric (Dirs.) (2011). *Intocable*. Francia: 109 mins.

Zemeckis, Robert (Dir.) (1994). *Forrest Gump*. Estados Unidos de América, 142 mins.

Apoyo literario:

Down España (2015). *Super Char y sus amigos. El experimento de ciencias*. Madrid: Down

España y Divina Pastora Seguros. Disponible en <http://www.sindromedown.net/wp-content/uploads/2015/05/Super-Char-y-sus-amigos-2-El-experimento-de-Ciencias.pdf>

Green, John (2012). *Bajo la misma estrella*. Barcelona: Nube de tinta.

Porras Navalón, María del Pilar y Verdugo Alonso, Miguel Ángel (2018). *La voz de la discapacidad en la literatura española*. Salamanca: Instituto Universitario de Integración en la Comunidad, Universidad de Salamanca. Disponible en http://sid.usal.es/docs/F8/FDO27373/Herramientas%2014_2018.pdf



<<La barrera mas grande entre las naciones, clases, color y credo es la falta de comunicaci3n, de tolerancia y de compresi3n.. La educaci3n es la respuesta>>

<<Con ellos tocas con los pies en el suelo porque te recuerdan qu3 valores son importantes te enseña que la vida es mucho mas sencilla lo que parece>>

Construyendo mundos

Texto de Marie Pagès Bru* y Blanca Borrell Pagès,**

**Directora del Departamento de Inspección y Evaluación Educativa del Principado de Andorra; **Estudiante de Educación Secundaria, Principado de Andorra.*

Ilustración de Iris Araceli Herráiz Batzín,

Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universidad de Barcelona, España.

El calor era asfixiante, el polvo entraba por la ventanilla y nos costaba respirar. El agua que nos habían repartido se estaba acabando... ¿Acabaría algún día este viaje? Desde aquella noche no habíamos parado de andar, de correr, de huir hasta perder el aliento, la fuerza y el ánimo. Hacía horas que viajábamos en este autobús atravesando paisajes monótonos, cuando, de repente, unos movimientos captaron mi atención. El chófer había reducido la velocidad y a ambos lados de la carretera un río de gente cada vez más caudaloso andaba en la misma dirección que nosotros. Gente de todas las edades: niños, niñas, jóvenes, padres, madres, abuelos, amigos, familiares, conocidos, compañeros de viaje. Finalmente, entrecerrando los ojos, deslumbrado por el sol de mediodía y enfocando la vista, vi un mar de tiendas perfectamente alineadas y separadas entre sí con exactitud matemática. Su color blanco me calmó. También vi la valla gris que delimitaría nuestro espacio vital y lo que sería nuestro mundo durante próximos meses. Eso me inquietó. Había llegado el momento de parar.

Los primeros días los dediqué a perderme por los mal llamados «callejones», buscando los límites del campo y resiguiendo la valla que nos aislaba del mundo. Necesitaba sentirme segura y protegida. Rápidamente tomé consciencia de su magnitud, de su forma y funcionamiento interno. La distribución de las tiendas seguía la lógica de un tablero de ajedrez, con números para las hileras horizontales y letras para las verticales. La combinación de cifras y letras delimitaba las zonas de tiendas y también los puntos logísticos: el registro de entrada, los puntos de agua, la distribución de alimentos y el centro médico. Nunca hubiera imaginado que los talleres de ajedrez que habíamos realizado en la escuela me podrían ser útiles hasta este punto... Me invadió un sentimiento de nostalgia.

Nuestra tienda se encontraba en la zona F8, no muy alejada del punto de agua. El bullicio diurno de la gente que se dirigía a la fuente rápidamente se convirtió en rutina: las mismas caras, siguiendo un mismo recorrido, con una misma expresión. De vez en cuando se añadían recién llegados al campo, que a los pocos días ya formaban parte del

grupo, como si siempre hubieran estado aquí, diluidos y uniformados como el resto de refugiados. En este ir y venir de personas, un día, unas chicas captaron mi atención: se distraían con una bola que habían fabricado usando bolsas de plástico unidas con gomas y cordeles. El «balón» rodaba bastante bien y yo me moría de ganas de ir a jugar con ellas. Hacía muchos días que mi mundo se había limitado a mi familia y que mi vida diaria se había convertido en un cumplir con las rutinas. El tiempo pasaba de forma lenta y aburrida, como un río de lava llegando al final de su recorrido. Me sentía angustiada, ahogada... ¡y tenía que reaccionar! Entonces decidí que debía ampliar mi mundo y que, para empezar, me apuntaría al juego del «balón». Cuando estuve lo bastante cerca para captar la atención de las niñas que estaban jugando ellas se detuvieron. Y tras quedar unos segundos sorprendidas e intentando descifrar mis intenciones, sin pronunciar palabra, me pasaron la bola para comprobar mis habilidades. Atrapé esta oportunidad al vuelo y rápidamente les convencí de que el juego sería más divertido si jugábamos juntas.

¿Y si añadíamos chicos al grupo? ¿Y si nos organizábamos por equipos? ¿Y si organizábamos un torneo? A los pocos días ya éramos una quincena de jugadoras y jugadores.

Paulatinamente, creamos un espacio en el que nos sentíamos un poco algo más libres y esto nos ayudaba a olvidar las limitaciones y la rutina de nuestro día a día. Era un espacio en donde cada uno de nosotros aportaba estrategias, técnicas de juego, experiencias, ideas y donde, sobre todo, compartíamos emociones. Cada día, tras cumplir con mis obligaciones comunitarias, serpenteaba los callejones del campo combinando las zonas del tablero de tiendas, imitando los movimientos de las piezas del ajedrez –en diagonal, como la reina; en ele, cual caballo...– hasta llegar al punto de encuentro y retomar el juego donde lo habíamos abandonado el día anterior.

A menudo pasaba por delante de una zona de tiendas que pronto captó mi atención. Ante sus puertas se encontraban sentados grupos de chicos y chicas, que conversaban animosamente esperando alguna cosa. Las conversaciones parecían de otro tiempo y otro lugar, desencajadas, fuera de contexto. Eran intercambios de ideas, de conocimientos, de experiencias, un paréntesis en esta realidad que podía leer en la cara de todos ellos: sus facciones relajadas, sus sonrisas perfiladas y sus pensamientos errantes. Mi paso por la zona E4 era cada día más lento, intencionadamente, hasta que un día decidí detenerme y aguardar. Quería captar todos los detalles y descubrir el mundo que se escondía en su interior. Sin seguir horario u organización concreta, había gente que entraba y salía de las distintas tiendas. Se juntaban personas de todas las edades. No eran familiares, pero había alguna cosa que les unía. Finalmente, decidí entrar en una de aquellas tiendas y el descubrimiento que allí haría cambiaría el resto de mi vida.

La parte posterior de las tiendas estaba abierta de par en par y comunicaba directamente con las otras de las zonas F4, F5 y E5. Las personas allí reunidas parecían responder a una lógica organizativa muy concreta, aunque en aquel momento no llegué a comprender cuál era. En un mismo grupo de niños y niñas también participaban jóvenes y adultos. Otros grupos parecían reunir personas de edad parecida, algunos mayores, otros más jóvenes, e incluso había algunos que parecían trabajar solos en grupos de dos o tres personas. Las paredes y techos de las tiendas estaban recubiertos de carteles, escritos y dibujos, unos pequeños y otros de mayor dimensión, en color o en blanco y negro.

El conjunto de tiendas formaba una especie de ágora donde, claramente, podían identificarse distintos ambientes. La zona central estaba delimitada por cajas con anotaciones en letras mayúsculas e ilustraciones relacionadas con los derechos de los niños, y se encontraban distribuidas en forma de círculo dando paso a distintos rincones y rincónsitos que eran un hervidero de actividad. Una gran mesa improvisada con materiales reciclados del campo, sin sillas a su alrededor, dominaba el lugar. Todo ello recreaba un universo paralelo pensado para que las personas pudiesen actuar, observar, experimentar, construir, inventar, imaginar, compartir, relacionarse y emocionarse en total libertad. Los distintos espacios pretendían ser una ventana abierta al mundo, con vistas al futuro. Nuestros orígenes, lenguas, diversidad de culturas y valores universales que últimamente habían sido maltratados, bailaban allí alegremente. Creando relatos, murales, canciones, jugando, revisando leyendas, recordando la historia, valorando el entorno y resolviendo enigmas, los y las jóvenes llenaban su bagaje y ampliaban sus capacidades, dando forma a una personalidad sólida que les permitiría, en el futuro, crecer más libres.

Sin darme cuenta, me dejé atrapar por la magia de aquel ambiente y, en un fugaz instante, perdí de vista el presente, la huida, el campo, las rutinas y los juegos.

Esta mañana está nevando y el timbre suena con menor intensidad que en otros días. Es el momento de regresar a clase. Un balón se detiene ante mí. El juego se ha terminado y esta vez el equipo azul ha conseguido su objetivo. Probablemente han comprobado que, compartiendo ideas y estrategias y valorando las cualidades y potenciales de cada uno se puede llegar más lejos.

Ordenadamente y sin silenciar las conversaciones animadas de mis alumnos, volvemos al aula. Como cada día, cuando entro en este espacio recuerdo la emoción que me invadió el día que descubrí la escuela del campo de refugiados. Y desde hace más de quince años me esfuerzo por recrear aquella magia y dar a mis alumnos y alumnas las herramientas que les han de permitir vivir libremente.

Guía didáctica

Temas tratados: aprendizaje compartido, diversidad, capacidades, conocimientos, lengua, cultura, valores universales, emociones, ventana abierta al mundo, libertad.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 28.

Actividades:

1. Construyendo la escuela

- Como en cita del texto («la distribución de las tiendas seguía la lógica de un tablero de ajedrez, con números para las hileras horizontales y letras para las verticales»), se organiza a los y las estudiantes en grupos de tres o cuatro. A cada grupo se le reparte una hoja/cartón sobre el cual se ha reproducido un tablero de ajedrez –también se puede pedir que lo dibujen ellos mismos–. Sobre el tablero, cada grupo deberá reproducir las distintas zonas del campo de refugiados (la entrada, las tiendas, las zonas sensibles y el campo de fútbol). También deben reproducirse las tiendas-escuela y el ágora con el máximo número de detalles mencionados en el cuento.
- En una segunda fase, los alumnos y las alumnas enumerarán los espacios, objetos, materiales, etc. de su propio centro educativo y establecerán un listado de los 10 que consideren imprescindibles. Una vez identificados, se les solicitará que prioricen cinco aspectos que consideren relevantes a la hora de organizar una escuela en un campo de refugiados, y que lo añadan todo al dibujo inicial.
- Finalmente, cada grupo presentará y justificará su propuesta ante el resto de estudiantes de la clase. Cada vez que se finalice una presentación se abrirá un turno de palabra para que los asistentes puedan plantear dudas o expresar su opinión.

2. Construyendo libertad

- Para esta actividad, se formula a los alumnos y las alumnas la siguiente cuestión: *En distintos episodios del cuento se habla de libertad. ¿En qué medida la educación permite vivir libremente?*
- A continuación, se dejan diez o quince minutos para que, individualmente, anoten en una hoja de papel sus primeras para responder. Así mismo se les pide que identifiquen en una escala de 0 a 10 el posicionamiento global de su respuesta: el 0 significa que *la educación no tiene ninguna relación con el hecho de vivir libremente*, y el 10 significa que *la educación es imprescindible para poder vivir libremente*.
- Se pide a los alumnos que se agrupen en función de su posicionamiento en la escala de valores y se configuran, por ejemplo, cuatro grupos: 1) alumnos que han contestado de 0 a 3; 2) alumnos que han contestado 4 o 5; 3) alumnos que han contestado de 6 a 8... El número de grupos puede modificarse en función de las respuestas y del número de alumnos.
- Finalmente, se deja a cada grupo quince minutos para que efectúe una puesta en común de las ideas iniciales y construya argumentos en su favor. Finalizado el tiempo indicado, se propone hacer un debate con toda la clase, moderado por el docente, en donde se pongan en común y discutan los distintos posicionamientos.

Apoyo audiovisual:

Daldry, Stephen (Dir.) (2000). ***Billy Elliot***. Reino Unido, 111 mins.

Leder, Mimi (Dir.) (2000). ***Cadena de favores***. Estados Unidos de América, 122 mins.

Plisson, Pascal (Dir.) (2013). ***Camino a la escuela***. Francia, 75 mins.



Hada Luz y el Señor Buho

*Texto de Laura Montañés, Karina Pérez, Luz Chávez y Gustavo Nunes,
Estudiantes del Máster en Derecho de la Familia, Niñez y Adolescencia de la Universidad del
Pacífico, Paraguay.*

*Ilustración de Alicia May Antón Carreras,
Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universidad de Barcelona, España.*

Érase una vez en Ypacaraí¹, un bonito pueblecito situado a orillas de un hermoso lago azul en un pequeño país del corazón de América del Sur, vivían dos hermanitos: Kuarahy («sol»), de siete años, y Jasy («luna»), de cinco.

Los dos pasaban sus mañanas y sus tardes rodeados de naturaleza. Eran compañeros de juegos, de aventuras y de risas... aunque no todo era felicidad, no todo era positivo. Por el contrario, cuando el sol caía y Kuarahy y Jasy tenían que regresar a casa, las cosas se volvían feas. Sus padres discutían y peleaban por cualquier motivo, lo que hacía que nuestros niños estuvieran muy tristes. Los dos hermanos sufrían al escuchar los gritos constantes y más aún cuando su madre les decía que su papá no los quería; o cuando su papá les insinuaba que su mamá estaba aburrida de ellos. Eso les generaba gran confusión, inseguridad y sentimientos de impotencia, pues no podían tomar partido a favor de ninguno. Los amaban a ambos.

Cierto día, Kuarahy despertó muy temprano a su hermanita Jasy y le dijo: «Jasy, ya no puedo seguir escuchando estas peleas, me duele mucho que se griten todo el tiempo». A lo que Jasy contestó: «a mí también me duele y quiero salir de esta casa». Los dos hermanos se sentían culpables, ya que la noche anterior habían escuchado a su mamá diciéndole a su papá que se habían portado mal y ese simple comentario había desembocado en una nueva riña entre la pareja. La tristeza invadía los corazones de ambos y, finalmente, decidieron abandonar la casa. Tal vez si ellos no estaban, pensaban, sus padres volverían a ser felices. Cansados y acongojados dejaron el hogar y, con lágrimas en los ojos, tomaron un camino que debía alejarlos definitivamente de todos sus sufrimientos, con la esperanza que sus padres pudieran rehacer sus vidas.

Caminaron y caminaron por varias horas a la búsqueda de un poco de paz y, sin darse cuenta, se vieron en medio de un tupido bosque oscuro y desconocido. En su lento andar se cruzaron con un guyrá campana² y quedaron muy sorprendidos cuando éste los saludó. Se acercaron a él con cierto temor y le preguntaron: «¿Nos puedes decir

dónde estamos? Hace horas que caminamos y no encontramos a ninguna persona. Ya estamos cansados, tenemos hambre y también mucho frío». «Están en la Cordillera de Ybytypanemá... y no deberían andar solos por estos lugares: ya está cayendo la noche y podría ser peligroso», contestó el guyrá campana. «Es que nos escapamos de la casa. Nuestros padres pelean mucho porque nos portamos mal y ahora no sabemos qué hacer ni cómo volver», replicó Jasy, tratando de justificarse. «Lo cierto, es que sentimos nostalgia de nuestro hogar, extrañamos mucho a nuestros padres, y tenemos miedo al escuchar tantos ruidos extraños en este bosque», añadió Kuarahy, al tiempo que él y su hermana rompían a llorar desconsoladamente.

Ante tal estampa, el guyrá campana sintió compasión por los hermanitos y decidió ayudarlos: «los voy a llevar junto a la *Ka'ajarýi Tedy* («Hada de Luz»). Ella sabrá que hacer». Así, caminaron nuevamente y llegaron a un diminuto lago situado dentro del bosque. El sitio estaba muy iluminado con lucecitas que se prendían y apagaban de forma intermitente y había un sonido estridente. Los dos se quedaron maravillados al ver que quienes lo provocaban eran las *muã* (luciérnagas) y las *ñakyrá* (cigarras) que se cruzaban, como danzando, alrededor de ellos. El lugar estaba lleno de flores cuyo aroma embriagaba el ambiente.

En ese momento apareció la *ka'ajarýi*: era deslumbrantemente hermosa, vestía un traje vaporoso blanco y tenía el pelo largo y ondulado, coronado con una guirnalda de flores en la que habían margaritas, jazmines y azucenas. La *ka'ajarýi* miró al guyrá campana y le preguntó: «¿por qué has traído a estos niños hasta el bosque y más aun de noche?». El pájaro explicó al hada el motivo de que estuvieran allí y acto seguido, con lágrimas en los ojos, voz angustiada y suplicante, Kuarahy relató también a la *ka'ajarýi* los tristes días vividos con sus padres y su decisión de abandonar el hogar. «Y todo fue culpa nuestra, así que nuestros padres estará mucho mejor lejos de nosotros», concluyó su relato. «¡No!», contestó el Hada de luz, «Los niños no son responsables de los conflictos que hay entre los adultos. Los adultos a veces se equivocan y reaccionan en forma inapropiada porque están desorientados y no saben cómo actuar ante ciertas situaciones. Pero eso no es por falta de amor», prosiguió. «Les voy a presentar al *Karai Ñakurutũ* (Señor Búho), quien es amigo de los niños. Él siempre tiene la respuesta para todos sus problemas y es un sabio consejero, capaz de ver en la oscuridad», finalizó la *ka'ajarýi*.

Felices y esperanzados de poder encontrar alguien en quien confiar, siguieron al hada. Luego de caminar un buen trecho se encontraron ante un ser imponente, de quien les llamaron la atención los movimientos giratorios de su cabeza, la grandeza de sus ojos y la penetrante mirada con la que parecía examinarlos de pies a cabeza. Pero lo más importante de todo es lo que desde el primer momento les transmitió: confianza y seguridad. Los niños contaron al *Karai Ñakurutũ* los motivos de su huída de casa y el sufrimiento por el que estaban pasando y, cuando los dos hermanos hubieron terminado de narrar su historia, el búho sabio les dijo: «niños, vamos a traer a sus padres y encontraremos una solución, pero ustedes me van a prometer que nunca más van a marcharse de su hogar y que ante cualquier problema que se les presente van a recurrir a cualquier persona en quien ustedes confíen. Y si no la encuentran, siempre me tendrán a mí».

El *Karai Ñakurutũ* era un ser mágico y transportó a los padres a ese mismo lugar utilizando su poder. Luego de escucharlos de forma cortés, sabiamente habló con ellos y con mucha prudencia les dijo: «ustedes no se han percatado del daño emocional y

psicológico que le están causando a sus hijos. Está mal involucrarlos en sus pleitos, y lo único que están generando en ellos es confusión, ansiedad y sentimiento de culpa». Las palabras del búho consiguieron ablandar los corazones de la pareja y ambos, arrepentidos, se abrazaron y le aseguraron haber aprendido la lección. Y así fue como el Karai Ñakurutũ, con inteligencia, logró reunir nuevamente a la familia.

Con este cuento se busca ilustrar la perfecta triangulación que se da dentro de todo proceso judicial: el pájaro es la persona que ayuda al niño o la niña al verlo en peligro, el hada representa a la figura del Defensor del Niño y la Niña y el búho al Juez de la Niñez que se encarga de resolver el conflicto. Los niños y sus padres requieren el auxilio de la Justicia.

Notas:

1. Ypacaraí («Lago conjurado» en guaraní) es una ciudad del Departamento Central de Paraguay, localizada en las cercanías del macizo de Ybytypanemá en la cordillera de los Altos, cerca del lago Ypacaraí –de quien toma el nombre– y muy próxima a la ciudad de Caacupé. El lago fue llamado así porque en el año 1603 el beato Luis de Bolaños lo bendijo para contener sus aguas, pues éstas inundaban con frecuencia el Valle de Pirayú.

2. El guyrá campana o pájaro campana, también denominado campanero de garganta desnuda o *gyrá póng* (en guaraní), es una especie de ave paseriforme perteneciente al género *Procnias* de la familia *Cotingidae*. Es nativa del centro-este de América del Sur y está amenazada por la pérdida de hábitat y por su captura intensiva destinada al mercado de mascotas. El pájaro campana es el ave nacional del Paraguay desde el año 2004.

Guía didáctica

Temas tratados: derecho a no ser separado de sus padres, derecho a ser protegido, derecho a tener una familia.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 9, 18 y 19.

Actividades:

1. *El árbol de la vida*

- En el aula se colocará un mural en que aparezca representado un árbol con varias ramas. En cada una de estas ramas deberá haber el espacio suficiente como para que cada estudiante del grupo coloque una imagen fotográfica o ilustrada. Cada rama representará una tipología de familiar (abuelos, padres, hermanos, tíos...).
- Cada estudiante deberá colocar en las distintas ramas tantas imágenes como familiares tenga y situará, también, una fotografía suya junto a los familiares con los que viva. Luego, podrá indagar en las familias de sus compañeros y compañeras y compartir las diferencias tipológicas entre ellas.

2. *El frasco de la felicidad*

- Cada estudiante traerá a clase un bote transparente de cristal o de plástico, que permita ver lo que hay en su interior, y lo rotulará con su nombre y apellidos. Una vez hecho esto, lo devolverá a su casa y lo conservará durante una semana.
- Durante cada noche de dicha semana, cada uno de los miembros de la familia del o de la estudiante deberá escribir una nota sobre aquello positivo que le haya sucedido durante su jornada e introducirlo en el tarro.
- Finalizada esa semana, los y las estudiantes que quieran compartir voluntariamente el contenido de su frasco de la felicidad, leerán los mensajes en clase y los comentarán con el grupo.

Apoyo audiovisual:

Maneglia, Juan Carlos y Schémbori, Tana (Dirs.) (2012). **7 cajas**. Paraguay, 105 mins.
Salles, Walter (Dir.) (1998). **Estación central de Brasil**. Brasil, 115 mins.

Apoyo literario:

Albert, Melissa (2018). **La puerta del bosque**. Barcelona: Molino-RBA.



El tesoro

Texto de Txus Morata García*, Eva Palasí Luna* y Lourdes Ventura,**

**Profesoras de la Facultad de Educación Social y Trabajo Social Fundación Pere Tarrés de la Universidad Ramón Llull, España; **Profesora del Grado Superior en Animación Socio-Cultural y Turística del Centro Bemen 3 de Barcelona, España.*

Ilustración de Micaela Botelho Ferreira,

Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universidad de Barcelona, España.

Max es un chico algo característico: tiene la nariz asimétrica, las orejas algo salidas y grandes; además de una peca en la parte inferior del labio, que hace que su cara sea algo peculiar. Es bastante patoso, pero muy imaginativo y atrevido. Respecto a sus orejas, ha tenido algún que otro problema: en la escuela le llaman *Soplillo* y le dicen «¡agárrate al suelo... ¡Cuidado qué, si hace viento, saldrás volando!». El intenta no darle demasiada importancia, pero claro, a pesar de todo, le afecta cuando no le dejan jugar.

Max no acaba de adaptarse a su nueva manera de vivir. Se ha trasladado temporalmente a casa de sus abuelos, ahora ya hace dos meses. Al principio le pareció que todo sería genial: él siempre se había entendido bien con ellos. Disfrutaba jugando al ajedrez con su abuelo y preparando pizzas con él. Con la abuela también era genial: es una *crack* jugando al ping-pong y al *Catan* y a *Super Mario* con la *Nintendo*. Sin embargo, últimamente, no está demasiado a gusto. No sabe muy bien qué es lo que le está pasando. Siente que le falta algo y no sabe qué es... o tal vez sí y no quiere admitirlo. Ya no se divierte tanto como antes jugando solamente con los abuelos. También necesita amigos.

Hace un par de semanas, su prima Raquel vino a pasar el día y le presentó a dos de sus amigos, Pol y Luna. La verdad es que Max no se sintió del todo cómodo. Ellos sólo hablaban con Raquel y le dio la impresión de que eran muy serios y perezosos: a todo lo que él proponía para jugar le encontraban algún defecto. Solamente les apetecía hablar y hablar, sentados en las escaleras de la entrada. Estos últimos días han venido todas las tardes y Max se ha esforzado en plantear distintas cosas para jugar: al teléfono y a hacer carreras de cangrejos o de sacos; a tener una guerra de globos o a buscar el tesoro; a maquillarse a ciegas..., incluso, al *Monopoly* o al *Catan*... ¡Y nada, a todo encuentran defectos! Max cada día se siente más extraño, está triste y no acaba de estar a gusto; pero no quiere preocupar a sus abuelos y por eso no se lo explica. No es un chico que se conforme fácilmente y, ante las dificultades, siempre busca solución: «¡No puedo seguir así! ¡Tengo que hacer algo! ¡Tengo derecho a divertirme, a jugar y a disfrutar en compañía de mis nuevos amigos! ... No solo no les gustan mis propuestas si no que me están haciendo el vacío. ¡Tal vez ellos no se dan cuenta, pero a mí no me gusta! No aprovechan las oportunidades para disfrutar.

Tengo que idear un plan que les motive... Solo tengo que poner algo de imaginación».

Así que, sin pensarlo dos veces, se puso manos a la obra. «Tiene que haber alguna manera de que quieran jugar conmigo. Voy a pensar cosas que les gusten», se dijo. Cogió una hoja y un bolígrafo y empezó a hacer una lista: «A Pol le gusta leer, estoy seguro. Han hablado con Raquel un par de veces sobre historias que han leído. Además, se le da bien dibujar: siempre está dibujando en el suelo con un palo, sobre la tierra. Luna es una estupenda pastelera. Un día nos trajo madalenas y *cookies* hechas por ella y su madre. También le gusta ir al campo a coger flores y hacer guirnaldas, el otro día llevaba una».

Continuando con sus pensamientos, se dio cuenta de que a los dos les gustaba la intriga y las películas de héroes. Explicaban que se ponían nerviosos hasta el final. Max esbozó una sonrisa mientras se le iban ocurriendo mil cosas para hacer. Ayer por la tarde estuvo concentrado, en silencio y haciendo quién sabe qué en su habitación. Esta mañana se ha levantado especialmente nervioso, pues sabe que vendrá su prima con sus dos amigos. Sobre la mesita de la sala de estar ha dejado un mapa medio gastado y roto, que al parecer es la ruta para encontrar un tesoro. Al llegar sus amigos rápidamente lo han visto:

—A ver qué tontería nos has preparado —dice Pol, con cierto tono de desprecio y burla. Raquel inquiera, con algo más de curiosidad:

—¿A ver, a ver...? No me creo que siguiendo estas pistas vayamos a encontrar nada interesante...

Max, con cierta mirada desafiante expresa:

—¡Pues tú verás qué quieres hacer!

Inmediatamente, las dos chicas y Pol se agachan sobre el mapa y empiezan a leer.

—Parece el camino que da al prado —dice Luna.

—¡No, no! —grita Raquel. —¡Yo sé dónde es! Es el caminito que pasa por detrás de la casa de Juan, ese chaval que va con hierros en las piernas.

—¡Pues vamos! —exclama Pol.

—¡Esperad! Nos llevamos la merienda y la cantimplora. Tenemos para un par de horas —dice Max esbozando una gran carcajada.

Entre carreras e inspecciones van pasando las pistas: unas piedras que recoger, una flor que encontrar, una foto que hacer, una lagartija que dibujar, un caracol que buscar. La tarde va pasando de manera divertida. Al llegar cerca de la casa de Juan, éste sale a recibirlos y les pide ir con ellos,

—¡No, iremos demasiado despacio! Seguro que no nos puedes seguir —dice Luna.

—Se viene con nosotros, no hay prisa —contesta Max. —Nos repartiremos las pistas y nos dividiremos. Lo importante es encontrar el tesoro. Somos un equipo.

Con una sonrisa Juan agradece el gesto y los cinco continúan la aventura.

Al final del recorrido, con la última pista, han de hacer una danza al Rey Sol como agradecimiento por haber encontrado el tesoro. Entre risas y cogidos de las manos giran en círculo, alrededor de un árbol. A sus pies está ahora la caja que contiene el tesoro. Todos la quieren abrir a la vez. «A la de tres. ¡Una..., dos... y tres!», exclama Max. El cofre contiene cinco pulseras, cada una de un color, y una nota que dice lo siguiente: *Habéis llegado al final del trayecto y esta es la pulsera de la amistad. Os recordará que siempre podéis encontrar un momento para jugar y disfrutar.* Hoy han vuelto a casa haciendo planes para mañana y con una sonrisa de complicidad.

Guía didáctica

Temas tratados: juego, comunicación, diversidad, empatía, amistad, diversión, imaginación y creatividad.

Artículos de la Convención a tomar en consideración: 31.

Actividades:

1. *Para reflexionar sobre el cuento*

- La persona dinamizadora lanzará las siguientes preguntas al auditorio conformado por chicas y chicos: a) *¿Cuándo hay algo que te preocupa o te sientes mal lo explicas a alguien de confianza? ¿A quién?;* b) *¿Alguna vez no te han dejado jugar? ¿Qué pasó? ¿Cómo te sentiste?*
- La dinamizadora lanzará las preguntas de una en una y dejará tres minutos entre ellas para que cada persona del público las responda individualmente en una hoja de papel.
- Una vez respondidas las preguntas, se iniciará un debate moderado grupal acerca de las principales cuestiones surgidas.

2. *Todos somos iguales, pero también distintos*

La actividad consta de dos momentos: el primero para trabajar el gusto al juego y el segundo para explorar el derecho a jugar.

a) *Primer momento*

- La persona dinamizadora empezará lanzando la siguiente afirmación en plenario para motivar el pensamiento: *Cada uno tiene su manera de jugar y compartir.*
- A continuación, y después de dejar algo de tiempo para que las chicas y chicos comenten entre sí, la persona dinamizadora solicita que hagan recordatorio de los juegos que aparecen en la historia en una lluvia de ideas. Cada participante deberá escribir un juego que sea de su agrado en una nota adhesiva.
- Tras cinco minutos, los y las participantes deberán levantarse de uno en uno de su asiento y pegar su nota adhesiva en una superficie de papel destinada a tal efecto, un mural con el título *¿A ti a qué te gusta jugar?*
- Cada participante deberá comentar alguna cosa significativa sobre el juego que ha elegido al público: por qué le gusta, con quien juega, alguna anécdota... Se valorarán las coincidencias y diferencias de gusto.

b) *Segundo momento*

- Se hablará sobre el cuento y se preguntará a las personas participantes qué les parece lo que ha pasado con Pol, que no dejaba participar del juego a Juan. ¿Y cómo ven la actuación de Max? La persona dinamizadora vigilará los turnos de palabra.
- Se realizará una lluvia de ideas sobre los beneficios de jugar y se valorará si los chicos y las chicas participantes lo consideran un derecho.
- A continuación, se les invitará a ver el cortometraje de *Cuerdas* (2013) de Pedro Solís. Una vez visualizado, se realizará un debate sobre lo que les ha parecido la histo-

ria y qué relación puede tener con el cuento de Max. Puede plantearse la siguiente cuestión: *¿Creéis que Max y María tienen una manera parecida de actuar? ¿Por qué?*

3. **Jugar inventando**

- La persona monitora invita a los y las participantes a hacer grupos de cinco personas y a inventarse un cuento en diez minutos. El cuento debe desarrollarse en un país imaginario y sus personajes principales deben jugar a un juego inventado.
- Transcurridos los diez minutos, un portavoz de cada grupo leerá el cuento al resto de la clase.

4. **¿Cuál sería tu tesoro?**

- Se pregunta a chicos y chicas si les ha gustado el tesoro que había dentro de la caja del cuento y se les propone que piensen, durante tres minutos y sin comentarlo con los demás: *Si tú hubieses escondido el tesoro, ¿Qué habrías puesto dentro de la caja?*
- Pasados los tres minutos, se les invita a dibujar su tesoro en un folio y a compartirlo con los demás en un mural colectivo.

5. **Cambiando el punto de vista del otro**

- El o la docente pregunta a las chicas y chicos si ellos hubiesen actuado como lo hace Max en el cuento, cuando no está a gusto con su situación: no se conforma y quiere cambiar las cosas. A continuación, se les pide que se distribuyan en parejas y se expliquen mutuamente cómo hubiesen actuado durante diez minutos.
- Transcurridos los diez minutos, las parejas comentan en plenario sus conclusiones.
- Con posterioridad, se invita a todos a leer el cuento *El hombre de la flor* (2012) de Mark Ludy. Tras su lectura, se hace un nuevo plenario y se reflexiona de nuevo sobre si pueden cambiarse nuestras realidades y las de los demás, la manera de interpretar y de ver las cosas.

Apoyo audiovisual:

Solís García, Pedro (Dir.) (2013). *Cuerdas*. España, 10 mins. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=4INwx_tmTKw

Apoyo literario:

Ludy, Mark (2012). *El hombre de la flor*. Madrid: Editorial Edaf.



Este libro digital fue compuesto con cuerpos de las familias tipográficas libres *Lato* (de Łukasz Dziejczak) y *Coiny* (de Marcelo Magalhães). Fue terminado de *maquetar* en el barrio de Poble-Sec de Barcelona el 28 de octubre de 2018.

